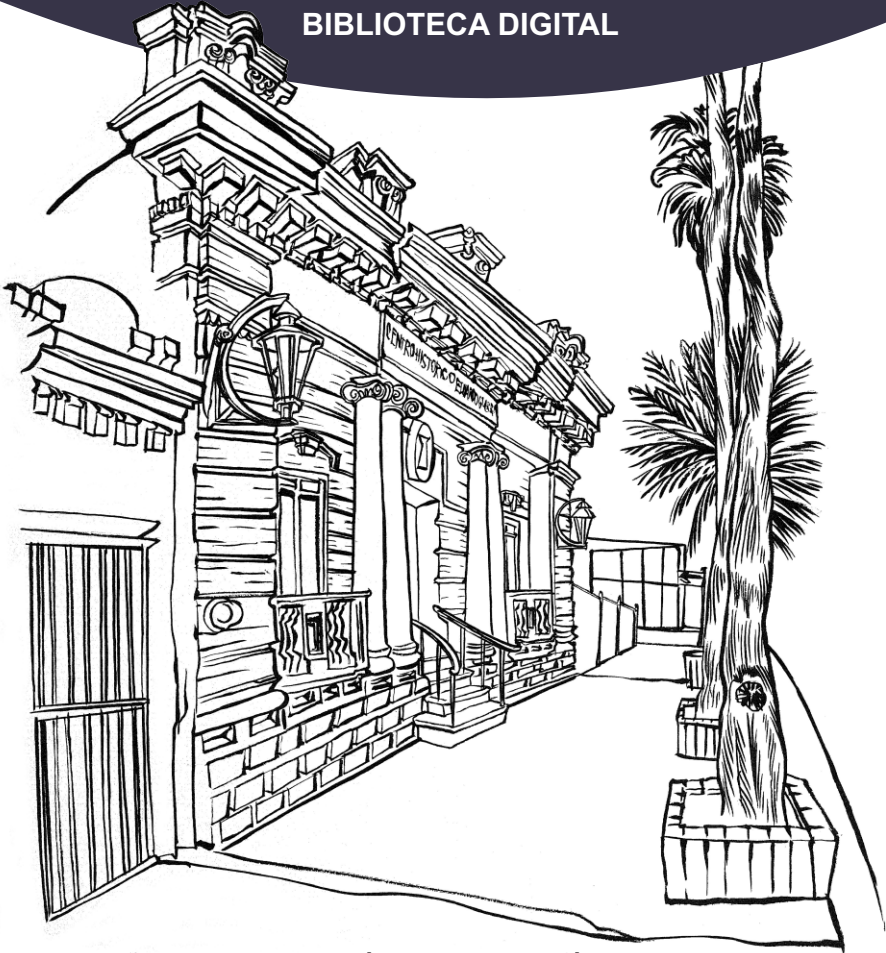




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



---

Magdalena  
Mondragón  
El vertical silencio

# Siglo XX

## Escritores coahuilenses



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA

Magdalena  
Mondragón

El vertical silencio

PQ 7297.M57 2003 Magdalena Mondragón : el vertical silencio / Mondragón, Magdalena; diseño de la colección Nadya Garza ; coordinación editorial Gerardo Segura ; prólogo Edgar Valencia. – México : Universidad Autónoma de Coahuila, 2003.

xvii, 184 p. –(Siglo XX Escritores Coahuilenses)

Contenido: Puede que'lotro año... novela de la Laguna – Si mis alas nacieran – El mundo perdido [Obra en tres actos].

ISBN 968-6628-43-6

ISBN de la colección 968-6628-37-1

1. Autores Coahuilenses. 2. Novela Mexicana – siglo XX. I. Mondragón, Magdalena 1913-1989 II. Garza, Nadya, diseño de la colección. III. Segura, Gerardo, coordinador editorial. IV. Universidad Autónoma de Coahuila, editor. V. Valencia, Edgar, Pról.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

© Universidad Autónoma de Coahuila. 2003  
Blyd. Venustiano Carranza esq. González Lobo.  
Col. República. Saltillo, Coah.  
CP 25000

© Siglo XX. Escritores coahuilenses.  
U. A. de C. por la presente edición.

Diseño de la colección: [www.vozgrafica.com](http://www.vozgrafica.com) D.C. Nadya Garza  
Coordinación editorial: Gerardo Segura.

ISBN de la colección 968-6628-37-1  
ISBN de este título 968-6628-43-6

HECHO E IMPRESO EN MÉXICO

## *PRÓLOGO*

### *EL VERTICAL SILENCIO: notas sobre la obra de Magdalena Mondragón*

*Édgar Valencia*

#### I

El canon de la literatura mexicana pareciera en ocasiones arbitrario, circunstancial o perteneciente a cofradías. Siempre faltan nombres, antologías o estudios críticos que justiprecien la obra literaria y rescaten obras fundamentales, quizá olvidadas entre los anaqueles, para situarlas de nuevo en su lugar exacto. No olvidemos que toda obra tiene una lectura diferente a medida que el tiempo y las generaciones avanzan. Se deshacen los antiguos compromisos que detenían a obras ya proscritas, ya incomprendidas o discretas. La literatura es un oficio ingrato para los que buscan sólo el reconocimiento, es una carrera de fondo en la que perduran sólo las vocaciones dispuestas al olvido y la disciplina. En la mayoría de las ocasiones esta labor se torna más difícil cuando la ejerce una mujer, los obstáculos aumentarían para ser aceptada en ámbitos literarios o periodísticos. Agreguémosle el hacerlo a mitad de los años treinta, cuando las mujeres ni siquiera tenían en el país el derecho al voto. Todavía por esas fechas se escuchaban

declaraciones de algunos escritores que pugnaban por una literatura “viril”, con polémicas que cuestionaban lo más destacado de nuestras letras por no reflejar lo que sólo algunos pensaban como lo “nacional”.

Por esos años Magdalena Mondragón llegó a la ciudad de México para trabajar en un oficio en el que dejaría su vida y en el que acumuló logros inusuales para su época y condición. Proveniente de Torreón, donde había nacido en el verano de 1913, ya había comenzado ahí su relación con las rotativas; a los nueve años se hizo cargo de un periódico escolar, a los 20 ingresaba a trabajar como secretaria en el diario *El siglo de Torreón*, donde en poco tiempo demostró que sus intenciones no eran quedarse tras un escritorio pergeñando cartas y contestando teléfonos, sino que su escritura aspiraba a casi todos los géneros literarios y periodísticos, como también a otras geografías.

Si quisiéramos encontrar un caso en la literatura mexicana en que una escritora haya cultivado el teatro, la crónica, el cuento, la novela, la biografía y la poesía con extremada solvencia, pocos nombres podríamos colocar a la par de Magdalena Mondragón. Pionera por los más variados flancos, su obra quedó registrada tanto en la literatura como en el medio al que le dedicó todos sus esfuerzos: el periodismo. Bastaría con decir que fue la primera mujer en México asignada a la fuente informativa de la Presidencia de la República, para el diario *La prensa*, en el que colaboró por 30 años y donde dirigió la edición vespertina. Fue también la primera reportera

en tener a su cargo la sección policiaca, donde colectó historias que pensó llevar a la ficción. Dirigió revistas y otros proyectos editoriales, destacando su extensa labor al frente del *Boletín cultural mexicano*, publicado en tres idiomas, que por casi 20 años consolidó como un importante rostro de México ante el mundo. Pero esto no sería relevante si no fuera por el trabajo que la respaldó. Su nombre puede verse bajo la tutela de los mejores diarios y periodistas de su tiempo.

## II

Si en el periodismo su labor fue reconocida con amplitud, en la narrativa y el teatro consiguió de igual manera el pronto reconocimiento de los más enterados. Bertram D. Wolfe, crítico de arte y autor de una de las más importantes biografías de Diego Rivera, no dudó en señalar a *Yo, como pobre* (1945), con motivo de su publicación en inglés, como la más mexicana de las novelas.

Los episodios, el acceso a la vida, al sexo, política, corrupción cívica, la Revolución, México mismo, y sobre todo la muerte, son tan intensamente mexicanos que este libro no podría concebirse escrito en España o en ninguna otra tierra latinoamericana.

La voz narrativa de Magdalena Mondragón, iniciada con *Puede que 'l otro año*, en 1937, continuó preocupada por cuestiones sociales e indigenistas.



*Más allá existe la tierra* (1947), mereció una halagadora nota de José Vasconcelos, quien escribió:

Le envió mi enhorabuena. Ha logrado usted mucho. Su libro está escrito con sencillez y vigor expresivo. Tiene sustancia; aborda los problemas nacionales: el hambre, el abuso, con verdad y con piedad severa, sin sensiblería. Su tipo de indio es, quizá, el mejor de nuestra literatura, por lo menos hasta donde yo he leído.

Sus novelas alcanzaron lectores en distintas latitudes. Traducida por una de las más importantes editoriales norteamericanas, *Yo, como pobre* fue seleccionado el libro del mes en Nueva York, e incluso una de sus obras de teatro —*¡Porque me da la gana!* (1953)— fue estudiada en escuelas de Estados Unidos y Filipinas por los alumnos de español, dada la claridad y contundencia de su estilo.

Por el contrario, su poesía tuvo un recorrido silencioso, una callada prudencia que quizá obedezca a la materia amorosa que sólo aquí nos muestra. Encontramos en este género a una escritora diferente, con otras inquietudes temáticas y formales. Mostrándose una lectora de poesía concienzuda y conocedora de sus recursos. No improvisaba. La mayoría de los poemas que integran el libro *Si mis alas nacieran* (1960), son composiciones en verso blanco y sonetos. Se observa una preocupación por la forma y el ritmo, alternando con imágenes

audaces pero totalmente diferentes de las empleadas en su producción en prosa.

Sabemos que su matrimonio con el pintor jalisciense Manuel González Serrano fue difícil y efímero, duró un lustro. Quizá producto de ese desprendimiento su poesía amorosa contiene un lamento interno, un rastro elegíaco que predomina sobre cualquier otro tema. La separación es un signo presente en su obra poética: ya sea definitiva, por la muerte, o parcial, por el alejamiento. Y curiosamente, quizá porque el azar tiene caminos ignotos, el libro apareció publicado el mismo año del repentino deceso del artista.

En ellos aparece la muerte como un reclamo, pues ama la vida pero es consciente de que somos, consonante con Heidegger, seres finitos. Así advierte:

Mi vida está en la comba de mi lengua,  
como un dulce aquí está, mas derritiéndose  
con el gusto de todos mis sentidos.  
Me penetra su ardor hasta la sangre  
y potros desbocados me atraviesan  
cabalgando sin límite ni espacio.

Conoce la fatalidad, lo que la sitúa en el desamparo, como continúa diciéndonos en *Canto de amor y muerte*:

Desnuda estoy así, a toda muerte,  
con mi muerte desnuda y descarnada,  
hecha de azúcar mi osamenta frágil  
derretida en el vino de mi sangre.

Existe, entre los versos, una idea muy realista de la condición humana, una idea de la cual no se separaba la autora ni en su narrativa ni en su teatro; quizá alimentada esta angustia por su labor de periodista que la colocaba directamente en medio de los conflictos más cotidianos y acaso penosos. Pero el lenguaje en sus versos es otro, sabe que su búsqueda es la poesía y que no se consigue sólo en el poema, éste es sólo una ruta para llegar a ella.

En varias de las poetizas coetáneas a nuestra autora existe un ambiente místico vinculado al tema amoroso, tal es el caso de Concha Urquiza y Pita Amor, incluso Enriqueta Ochoa —aunque pertenezca a una generación posterior—; en Magdalena Mondragón el amor aparece desafiado por la vida, que implica la muerte, un final no enemigo, al contrario: la dicha eterna, al igual que el infortunio perpetuo, conjeturamos en sus obras, provocaría un inmenso hastío.

La poesía de Mondragón es una evocación de instantes, de silencios y genealogías. En el poema escrito a propósito de un aniversario de la muerte de su madre, las imágenes brotan en un largo recorrido en el que es destacable la respiración que otorgan sus versos, así nos dice:

Y este lunar que me enjoraba el cuello  
como obsidiana oscura cual pupila  
vigilante de mis perdidas alas  
¿no es el mismo que brillaba  
en la espalda de mi padre?

La poesía en Magdalena Mondragón es una obra fabricada con un lenguaje no utilizado en otros géneros, con una musicalidad que demuestra en su prosa pero que en la poesía cobra un matiz primigenio, un preguntarse acerca de nuestros temores más antiguos por medio del canto original.

### III

La obra dramática de Magdalena Mondragón cruzó con fortuna los límites entre el texto y el escenario, siendo representadas en los mejores foros varias de sus obras. Desde *Cuando Eva se vuelve Adán*, en la que cuestiona la imposible felicidad de la pareja en el mundo moderno, comenzó un tema que seguirá en *El mundo perdido* (1946), historias alternativas para la pareja bíblica donde la mujer cuestiona su papel y el de la felicidad que se supone deberían disfrutar en el edén. Encontramos un simbolismo recurrente en varias obras, donde destaca la serpiente. En *El mundo perdido* ésta simboliza al amor, como después la vería en el cuarto soneto de la serie de poemas *Nueve gritos y un alarido*:

Tú sabes del amor que se desliza,  
serpiente tentadora que pasea  
tu corazón enhiesto en clara liza.

Y si la serpiente seduce; el hombre es su oposición, su rival. Los personajes masculinos en sus obras, y me refiero aquí a las dos ya mencionadas, así como a *La sirena que llevaba el mar* (1945), desafían inútilmente la razón de la mujer que tiene consigo una verdad siempre terrible y definitiva, aunque logre resolver sus finales con humor. En esa obra figura una serpiente marina que recuerda su condición de sirena a la protagonista, el cuerpo del animal es un signo de interrogación y desencadena el conflicto. La serpiente se rearticula en cada obra bajo simbologías complementarias. Cuestiona pero cede, es una causa y un instrumento para conjurar los males que generó o en los que intervino y se encontrará expectante.

Existe también una preocupación poética por el lenguaje en sus textos dramáticos en los que consigue, al igual que en la poesía, un gran dominio del ritmo. El primer parlamento de Adán, en *El mundo perdido*, destaca por sus cuestionamientos, además de ser otro testimonio de las preocupaciones de la autora respecto al carácter del ser humano arrojado al mundo:

Siento la vida en llamaradas y su fuego que me abrasa pone  
lumbre en mis ojos. Oigo los sonidos circundantes y mi voz no  
es más que el eco de mi ser que se estremece; mi alma se iguala

con la hoja temblorosa, cuyo leve rumor me asusta por la noche. ¿Qué me pasa? Ah, no lo saben los montes ni las rosas ni el cielo ni la tierra, pero lo saben mi cuerpo y mi corazón. Estoy solo. Aquí estoy: solo, solo, solo.

Y la euritmia no sólo la pensamos en los parlamentos, también debió haber sido la puesta en escena, pues las obras de Magdalena Mondragón exigen y otorgan, las instrucciones precisas para aproximarse a la imaginación de la autora. Tal como fueron pensadas. La narradora se abría paso entre acotaciones y didascalias extensas que indicaban de la manera más prolija desde el comportamiento de un actor hasta la manera en la cual conseguir un efecto o el sitio dónde conseguir la pieza musical exacta para determinada obra. El carácter de la dramaturga sobresale entre las líneas, nada podía írsele de las manos, era precisa. Sus obras, junto con toda su producción literaria, da facetas complementarias, como si a cada género correspondiera un lugar específico, ninguno más importante que otro, el oficio será el mismo, la escritura. Podríamos asegurar que sabía las magnitudes expresivas de cada uno de ellos y los ocupaba para cada propósito.

En su teatro todos los elementos poseen un carácter pleno. El diálogo es fluido y rítmico, en resumen: poético; así mismo lo son los elementos visuales. Es consciente de las posibilidades que le otorga la escena y realza la puesta proponiendo la más variada utilería para lograr una alta significación visual, donde

la teatralidad surge como algo natural a su creación. No sólo presenta historias. Presenta teatro, con todos los planos que esto implica, lingüísticos, icónicos y musicales. Su público lo sabía y por ello, *Cuando Eva se vuelve Adán* fue elegida como la mejor obra de 1938, y *La sirena que llevaba el mar* se estrenó en Bellas Artes y al poco tiempo inauguró el teatro Virginia Fábregas, en enero de 1951.

Entre su obra narrativa se encuentran las novelas *Norte bárbaro* (1944), *Más allá existe la tierra* (1947), *El día no llega* (1950), *Tenemos sed* (1956), con la que ganó el premio nacional de novela convocado por el diario *El nacional*, y *Mi corazón es la tierra* (1967). Su escritura se extiende en libros como *Los presidentes dan risa* (1948), *Saludo a la vida* (crónica de un viaje alrededor del mundo, 1960), *Cuando la Revolución se cortó las alas: intento de una biografía del general Francisco José Mugica* (1966); y *México pelado... ¡pero sabroso!* (1974).

Para esta antología he seleccionado su segundo libro de poesía, *Si mis alas nacieran* (1960), el cual contiene una voz depurada y precisa, además de mostrar temáticas que no abarca en ningún otro género que cultivó. Se incluye la obra de teatro *El mundo perdido*, que se publicó en conjunto con *La sirena que llevaba el mar* en 1951. Y como una muestra de su narrativa, equiparada por José Luis Martínez bajo la tradición del narrador mexicano Ángel de Campo y su novela *La rumba*, figura aquí su primera novela, *Puede que l'otro año* (1937), que presenta una composición fragmentaria en donde su protagonista, doña

Eustaquia, busca hacer llegar la justicia a su tierra aun sacrificando su propia libertad. Esta obra es una interesante ventana al Torreón de los años treinta, un vívido testimonio de las dificultades y las costumbres de la ciudad y el campo.

Los tres libros son de difícil localización, agotados hace tiempo, pero a la vez fundamentales para comprender un rostro valioso y esforzado de nuestra mejor literatura, atenta, esperando en un vertical silencio a su lector.

Comarca Lagunera, verano de 2002.



*PUEDE QUE'LOTRO AÑO...*  
*NOVELA DE LA LAGUNA*

## I

Se escuchaba el ajeteo en la pieza vecina, mientras que los niños se miraban asustados, los labios convulsos por el miedo, al oír los gritos de la madre; sin embargo, las personas que salían y entraban de la estancia contigua estaban tranquilas, sonrientes y, a las preguntas inquietas y a los acercamientos tímidos de los niños a la puerta, las manos se tendían implacables en un deseo de separación, para detener su avance.

—¿Sabes tú qué tiene mamá? —preguntaba la más pequeña al niño que era mayorcito.

—¿Sabe usted qué tiene mamá? ¿Por qué se queja?— preguntaron, al fin, obsesionados por el dolor y la curiosidad, a la tía materna, que acababa de salir de la pieza misteriosa. Ella contestó malhumorada:

—Nada, nada, es que acaban de traerles un hermanito de París.

Desde aquel día, ya sabían los niños que los pequeñuelos de París, tal vez por lo lejos que quedaban de la casa, siempre ocasionaban en ella grandes trastornos. La primera impresión de los niños fue de desánimo.

Al fin pudieron al día siguiente ver a la madre, que, tendida y muy pálida, les sonrió con una sonrisa marchita.

Ellos, amontonados desde el borde del lecho, inspeccionaban a la mamá, curiosamente, con la tranquilidad de los que no tienen responsabilidades.

Luego pidieron ver al hermanito traído de París. Uno de ellos alargó la manecita, tímidamente, queriendo coger aquella cabeza enrojecida, hinchada, del recién nacido, y la mano se detuvo un instante, con miedo.

—Cógelo, cógelo —instaba la mamá.

El niño la contempló asombrado y, tímidamente, posó las manos inquietas sobre el recién nacido, retirándolas de inmediato.

—¿Cómo se llama? —preguntó la niña.

La mamá sonrió; una sonrisa pálida, descolorida.

—¿Cómo quieren que se llame? —preguntó.

Uno propuso el nombre que tenía el gato; otro dijo que el pequeño huésped se llamara Alberto.

—No —dijo la mamá—, se llamará León.

Los niños se estremecieron, y la más pequeña dijo:

—Pero, mamá, si el león que hay en el circo se llama Sansón...

—Sí, hijita; pero tu hermano es un león y se llamará solamente León.

Desde ese instante, los niños vieron como un desconocido a aquel hermano traído de París, que su madre afirmaba que era un León, por más que ellos no le hallaban semejanza con aquel animal.

La tía Eustaquia entró con el ceño fruncido y las manos como aspas de molino, diciendo como quien espanta a los pollos: “Niños, niños, al comedor fuera de la pieza, fuera.”

La tía Eustaquia era todo un carácter: con la nariz corva, la mirada serena, tras de la grosería y la rudeza, escondía un buen corazón lleno de miel. Jamás la habían visto llorar ni enojarse, y en los casos de apuro era la que asumía el mando. A los niños no se les ocurrió nunca besar a la tía Eustaquia; pero a la hora de sus apuros, no ocurrían a otro lado; y es que la tía Eustaquia imponía como una catedral.

Contábase de ella cosas curiosísimas, por lo que muchos suponían que doña Eustaquia estaba chiflada; una vez, en plena Revolución, sacó una silla a la puerta de su casa, encendió un farol como si fuera día de verbena y se sentó en la banquetta, importándole un comino las balas revolucionarias.

Doña Eustaquia había quedado viuda precisamente cuando entró a Torreón Francisco Villa. Su esposo era un rico agricultor y fue hecho prisionero, exigiéndole Villa cierta cantidad como rescate. Doña Eustaquia, que entonces sólo sabía amar buenamente a su marido, pero que ignoraba los negocios, sólo pudo juntar 5,000 pesos de los 10,000 que le pedían; los llevó solicitando ver a su esposo, pensando que si la dejaban hablar con él, le sería fácil reunir los dineros pedidos, ya que él sabía muy bien cómo tenía prestado e invertido su dinero; pero no la dejaron ver a su marido. Desesperada doña Eustaquia pero mujer de recursos, pidió aquí, tocó una puerta más allá, vendió una vaca, una casa, hizo miles de cosas, pero juntó los otros 5,000 pesos, y ya triunfante, con su costal de dinero, pidió ver al general. El general la recibió sonriente.

—¿Ya me trae el resto del rescate, señora?

—Sí, señor; y ahora quiero que me entregue a mi esposo.

—Mañana será, porque está prisionero en Lerdo, y hoy daré la orden de libertad.

—Gracias, general, pero yo quisiera que fuera ahora mismo.

—No puede ser, señora.

—Bueno, general.

Salió doña Eustaquia llena de esperanzas, pero en la puerta, un soldado la detuvo y le dijo:

—Señora, me da usted lástima. Don Eduardo, su esposo, fue fusilado ayer en la mañana, en el panteón, porque usted no trajo pronto los 5,000 pesos que faltaban del rescate. Le digo esto, porque fui peón de don Eduardo y lo conozco.

Doña Eustaquia no protestó, no se quejó, siguió su vida sin vestir de luto, ordeñando sus vacas, silbando viejas canciones, y dando sus gritos roncós de costumbre. Cuando alguien tímidamente le preguntaba: ¿Y don Eduardo?

—Muerto está —contestaba.

—¡Cómo que muerto!

—Sí, hija; ¿qué quiere? Sea por Dios, ya estaría de Dios. ¡Epa, tú! —gritaba al mozo— Trae la pastura para este animal; da de comer a esos patos, quítate de allí, criatura, no te vayas a caer en l'agua. Pos sí, señora —continuaba—, ya ni supe dónde quedó Eduardo: pero qué le vamos a hacer...

—¡Doña Eustaquia!

—¿Qué quiere usted? Vamos, se hizo lo que se pudo por

salvarlo; pero otros pueden hacer lo que quieren. ¡Sea por Dios! ¡Ya estaría de Dios!

Todos recordaban a don Eduardo en el rancho. Hombre bonachón, sí que nunca fue de pleitos. Enamoradizo como el que más, se contaban sus conquistas por numerosas entre las lugareñas necesitadas que, considerándose halagadísimas con que el patrón fijara en ellas sus ojos, cedían, unas de buen modo, y otras a la mala. Alguna vez, don Eduardo, coqueteando con alguna muchacha, cuando las mujeres iban a traer el agua al río, con la tinaja en la cabeza, él, parado en el campo, les tiraba un balazo, que hacía que la tinaja llena de agua se partiera en dos y empapara de agua a la mujer que, más muerta que viva del susto, era el hazmerreír de la chusma. Don Eduardo se acercaba entonces a la cuitada, la abrazaba en la cobija de colores, la subía a su caballo y, riendo, le entregaba 50 pesos, para que se comprara una tinajita nueva y se curara del susto.

Todos festejaban sonriendo estas humoradas del amo. A veces se llevaba a alguna muchacha prometiéndole tal y cual cosa, que después, ya saciado, se olvidaba de que había prometido obsequiar. Las mujeres del rancho aconsejaban a la ofendida y a su madre: “Vayan con doña Eustaquia”.

—¿Cómo?

—Sí, vayan con doña Eustaquia, y díganle lo que el amo les prometió.

Así las cosas, se acercaban madre e hija a la casa grande, tocaban la puerta, se les abría, y preguntaban por doña Eustaquia.

—¡Pasen! —solía gritar doña Eustaquia desde adentro—. Vamos a ver, ¿qué traen?

La muchacha, como si esto fuera un pésame, solía soltar el llanto sin poder hablar y la madre lo mismo.

—Vamos, vamos, no es para tanto —decía con su voz ronca doña Eustaquia—. A mí, con lagrimitas, no. Vamos, serénense. ¿Qué es lo que les pasa?

—Don Eduardo...

Con este solo nombre, ya sabía doña Eustaquia de lo que se trataba.

—Te fuiste con mi marido, ¿eh? —exclamaba con una voz tronante que hacía que se suspendieran las lágrimas como por encanto.

—Sí, señora —contestaba la muchacha toda asombrada y llena de susto.

—Y te prometió algo, ¿eh?

—Sí, señora.

—Y no te dio lo que prometió, ¿eh?

—No, señora.

—Bueno, ¿qué te prometió?

—Un bulto de maíz, una máquina de coser, un bultito de frijol, y 50 pesos.

—¿Nada más?

—Sí, señora; pero no se enoje l'ama, yo vine con usted...

—Calla, criatura, cállate; aquí tienes la orden para el mayordomo, y lo que no te cumpla mi viejo, aquí estoy yo

para cumplírtelo, pues no quiero que digan de mi viejo que no cumple lo que ofrece, ¿sabes? Porque don Eduardo es puro hombre...

—Gracias, señora.

—Vayan con Dios.

—¿Qué jué amita? ¿Otro “volado” del amo? —preguntaba el lechero, o cualquiera otro de los que estaban cerca.

—Sí, Casimiro, otro “volado” del amo, ¿qué le vamos a hacer? Sea por Dios, ya estaría de Dios... Andaba mi hombre como chivo suelto. Sea por Dios...

Ya sabiendo de esta bondad eterna de doña Eustaquia, a pesar de su voz tronante y de sus ademanes bruscos, mucha de la gente del rancho abusó, y hubiérase ido la muchacha o no con don Eduardo, iba con doña Eustaquia, y como una recitación, aprisa y como carrereada por el susto, pedía:

—Un bultito de maíz, una máquina de coser, un bulto de frijol, 50 pesos...

Muerto el amo, doña Eustaquia se encontró de pronto sola en la hacienda, con los asuntos de su marido todos embrollados, con dinero que estaba regado no sabía dónde, pues todos se negaban a pagar y negaban que debían, y con una hermana que, para colmo de males, vino viuda y cargada de hijos.

Esta hermana siempre había sido el día nublado de doña Eustaquia; era fina de remos y de manos; había llegado a la casa con su cara de dolorosa y sus manos juntas sobre el regazo grávido por un nuevo fruto de amor de un marido lejano que



poco sabía cumplir sus obligaciones, con excepción, naturalmente, de la que atañía al amor, que cumplía a las mil maravillas, y con una religiosidad que parecía no darse cuenta de las responsabilidades que entrañaba procrear.

La hermana llegaba llorando, prometiendo separarse de aquel marido molesto, y en cuanto engordaba un poco y los chicos tenían lo necesario, emprendía el vuelo como las golondrinas en la época propicia.

Ahora ya había venido otro niño, gordo y colorado, traído de París, y doña Eustaquia sólo pensó, sin valor para indignarse, porque amaba demasiado a esta hermana fina de remos y de manos, que parecía una figurita de biscuit: “¡Sea por Dios! ¡Ya estaría de Dios! Lo bueno es que ya el indino de mi cuñado, al fin estiró la pata”.

—Eustaquia —pidió tímidamente la parturienta— lleva a los niños al teatro, porque me duele horriblemente la cabeza con el ruido que hacen.

Doña Eustaquia iba a contestar en forma airada, pero en virtud de las circunstancias, se guardó su sermón para otra oportunidad y, alisando los pelos de una, y componiendo el pantalón del otro, se fue al teatro del rancho, formado con cómicos de la lengua, que hacían no sólo milagros para actuar, sino para vivir. Entraron al teatro, como pomposamente se le llamaba, y después de empujar con el codo como si fuera remando en un río revuelto, logró doña Eustaquia abrir paso hasta colocarse casi debajo del foro.

El calor era insoportable y los olores de establo persistían a pesar de que los lugareños vestían el traje de los domingos.

Doña Eustaquia saludaba a todos lados, mientras daba un pellizco al niño que estaba cerca de ella, que lloraba porque quería comprar una charamusca.

Al fin, amortiguando la ola de murmullos, se alzó el telón: un pedazo de manta negra por el polvo de los tiempos, y empezaron a salir los actores que iban a interpretar *El gondolero*.

Muchos de los rancheros, por el calor, sacaban de su bolsa trasera los paliacates rojos para limpiarse el sudor que a chorros les manaba del rostro, y parecía que más que función pacífica estaban en una asamblea comunista.

Todo transcurría en calma, apenas si interrumpida la función por uno que otro llanto de criatura y una que otra tos persistente e indiscreta, de esas que siempre saben encontrar eco entre la concurrencia que ocupa desde los primeros asientos hasta los últimos.

El “artista” principal, se deslizaba rítmicamente sobre un barco que se suponía que atravesaba un mar pintado en el escenario del fondo, mientras entonaba la canción que decía: “Soy gondolero que cruza el canal veneciano...” con unos gritos que partían el alma... Alguien desde adentro tiraba de la barca sobre la que se suponía iba parado el actor, al par que éste avanzaba poco a poco, entonando la canción; pero de pronto, debido quizás al

entusiasmo de los que tiraban de la barca y del que estaba cantando, ni unos ni otro se fijaron ni en los pasos del artista, ni en los avances de la barca, y de pronto, con gran regocijo de los lugareños, quedó el artista parado sobre las tablas del foro, con sus medias rojas y su remo tocando el piso, mientras que su voz desgañitada seguía entonando la canción, poniendo los ojos en blanco; cuando terminó esta parte emocionante y el actor volvió la vista hacia el público y hacia el suelo, se encontró, ¡oh, sorpresa!, con que la barca que surcaba el canal veneciano ya había atravesado Venecia y que él estaba parado, en la forma más desairada, sobre el mismo suelo, con el mar por fondo... pero el actor, que por lo visto era hombre de recursos, ante la hilaridad del público, tuvo una salida de ingenio:

—¿Ven ustedes? —exclamó— Ahora sí que me quedé como Jesucristo: caminando sobre las olas...— Y siguió cantando como si tal cosa, a pesar de los silbidos de los concurrentes; sólo doña Eustaquia pensaba: “Pobre, pobre”, y su alma buena se compadecía de aquel ridículo y de las mejillas rojas del cómico, rojas, rojas, como sus rojas medias.

Terminada la función, caminó por el campo hacia la casa; y entonces contó la estrellas con la mirada, y al escuchar los gritos y las preguntas de sus sobrinos, miraba a lo alto soñadoramente, mientras sus pies se enterraban

en la tierra recién abierta bajo la herida impiadosa del azadón.

Cuando estaban cerca de la casa, se oyó gran ruido, y miraron cómo Encarnación, la criada, iba a su encuentro dando grandes gritos.

—¿Qué ha pasado, tú? —Dijo doña Eustaquia, con su ademán brusco de costumbre.

—¿Cómo qué, mi ama? Que mientras usted estaba en la función, dejamos a su hermana durmiendo, y endenantes, que si'acercó la Cleta a darle una güeltecita, la encontró blanca, con blancura de muerta, se acercó a tocarla y está fría, sin gota de sangre ni por fuera ni por dentro, como si la hubieran matao por brujería

—¿Muerta?

—Sí; yo creo que jué el mal parto...

Doña Eustaquia sólo oprimió las manecitas de los niños, que con ojos asombrados, sin comprender, miraban la casa, a Encarnación y a doña Eustaquia.

Ésta, sin perder la serenidad, apretando los labios, sólo murmuró: “Sea por Dios, todo sea por Dios...”

—¿Bueno, ahora qué me miras?—dijo doña Eustaquia. Corre a preparar el café para el velorio, viste a la muerta, y haz todo lo que sea necesario.

—¿Podemos llamar a las lloronas, mi ama?

—¿A cuáles, a esas mujeres que no son nada de la muerta, y lloran por costumbre en todos los velorios del pueblo? No.

—¿Entonces, la música?

—Pero vamos, Encarna, qué fuerza es que haya músicas ni llanto? Cuando Dios lo ha dispuesto así, hay que conformarse, sin escándalo. Acuesta a los niños.

Cuando ya la fámula se alejaba, doña Eustaquia gritó:

—¡Encarnaaa...!

—¿Mande, mi ama?

—Diles a los peones que mañana, antes del entierro, aren la tierra, como siempre.

—Está bien, mi ama.

## II

¡Aren la tierra como siempre! También, como siempre, ararían la tierra, para sembrar el cadáver de su hermana que no produciría copos de algodón, sino gusanos. A doña Eustaquia se le amargaba la boca. Más se le amargó con el pensamiento de que se tendría que arar porque el tiempo se echaba encima, y había que sembrar, sucediera lo que sucediera. Sus pies se movieron impacientes sobre la tierra casi negra, y sus ojos, involuntariamente, la recorrieron hasta que se perdieron en el infinito. Un puño de tierra se filtró por entre sus dedos sarmentosos, y sonrió con tristeza. ¡La tierra! ¡La Laguna! ¡Ironía del nombre donde sólo se veía aridez tremenda de desierto, tachonada de estrellas! ¡La Laguna! ¡Qué jugar de

los agricultores a la lotería con la tierra, que les devolvía en frutos sus anhelos o los acicateaba con la ruina hasta desmadejarlos, hasta quererlos romper sobre sí mismos, sin salvación, pero los hombres se enderezaban, en lugar de inclinarse al latigazo, y comenzaban de nuevo... Y era como si de verdad la Laguna tuviera agua que licuara, como terrones de azúcar, los anhelos y las esperanzas de un año, en cosa tremenda de ruina o como si les regresara en pesos estrellados los anhelos hechos realidad. La Laguna está formada por pueblos de dos estados, Durango y Coahuila, y como centro comercial y destacado, está Torreón, cuyo nombre significa fortaleza; se debió este nombre a don Pedro Santa Cruz, constructor de la presa de El carrizal, quien construyó el torreón que dio origen al nombre de la ciudad, para vigilar los trabajos de la presa.

¡Quién había de pensar que estas tierras consideradas realengas, y que se convirtieron en centros de prosperidad, fueran vendidas al marquesado de Aguayo en la irrisoria suma de 250 pesos! ¡Quién había de decir que la casa que se agregó al Torreón que diera lugar al nombre de la ciudad, había de servir después para albergar a militares enfermos, en lugar de servir de hospital a los campesinos!

Cómo recordaba doña Eustaquia el pequeño rancho de Torreón, allá por el 1907, en que había unas cuantas casas y unos cuantos habitantes, pero no obstante la pobreza de la población, ya entonces había movimiento ferroviario tremendo,

por la cosecha de algodón, la entrada de carros con minerales y los trenes de pasajeros, que colocaban a Torreón en el país en el tercer lugar como centro ferrocarrilero de importancia, siendo superado solamente por México y por Veracruz. Si no hubiera sido por el tren, Torreón aún seguiría siendo villa. El espaldarazo de ciudad lo recibió del licenciado Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila, que al ver el movimiento de Torreón y su rápido progreso, comprendió que la villa era digna de ser ciudad.

Los ojos de doña Eustaquia se humedecieron al recuerdo de los años de lucha. Recordó nombres de amigos, viejos aventureros unos; otros de rancio abolengo, como don Andrés Eppen, que tenía grabado su escudo nobiliario en el frontispicio de su casa, en la hacienda Del coyote. Hombre noble, no sólo por abolengo de raza, sino de corazón, sembró su sangre generosa en acciones inolvidables; pero si los hombres fueron nobles y esforzados, no lo fueron menos las mujeres, como aquella doña Luisa Ibarra viuda de Zuloaga, que administró sus tierras por más de 19 años, siendo dueña absoluta de espíritu justo.

Don Leonardo de Zuloaga, esposo de doña Luisa, vasco de nacimiento, el fundador de la riqueza agrícola en la Laguna; sólo la altivez de la raza vasca podía dar tan bellos frutos.

Vasco fue el fundador de la riqueza agrícola y españoles de distintas partes de España siguieron siendo los que

continuaron por muchos años cultivando la riqueza regional, a pesar de revoluciones y de sacrificios.

Se acordaba especialmente doña Eustaquia del éxodo doloroso de los españoles, cuando la estancia del general Villa en Torreón, quien llegó a los sótanos del Banco de la Laguna, donde había reclusos más de 300 españoles con todo y sus familias, y les dijo en forma perentoria, aunque en lenguaje torpe, que debido a que los consideraba enemigos del pueblo y por ende de la Revolución, les daba un plazo de dos días, cuando más, para abandonar la ciudad, sin excusa ni pretexto, y bajo pena de la vida.

El señor Felicitos Villarreal se dirigió al general Villa pidiéndole que ampliase el plazo de la salida, para que pudieran arreglar un tanto sus asuntos y adquirir algunos elementos con que subsistir en el extranjero, demanda a la que Villa se negó terminantemente, pues estaba disgustadísimo por las quejas que los campesinos le habían dado sobre la actuación de los hacendados españoles, quienes trataban a peones poco menos que como animales, cosa que en parte es cierta, pero no todos los patrones son de esta misma condición, aunque a la hora del exilio, no sólo eran condenados los patrones, sino los españoles en general, no importando si eran empleados o amos.

Al pasar Villa por el departamento en que se hallaba un español apellidado Serrano, de proverbial bondad, se acercó a él y le dijo que ya sabía quién era, y que podía quedarse



en el país si gustaba; don Joaquín señaló a su sobrino y preguntó a Villa si podría quedarse, pero él le contestó:

—Puede quedarse pero no respondo de su vida. El pueblo está muy “picado” con los españoles y lo matarán. A usted no porque ya lo conocen y saben que es un hombre bueno.

Tal como lo había dispuesto Villa, el 7 de abril salió la colonia española en carros de segunda clase de los llamados de “caja”; como no alcanzó un tren, se pusieron en servicio dos, que llevaron hacia la frontera a más de 500 españoles.

Como entre los pasajeros iban empleados, los ricos velaron por las necesidades de sus compañeros en desgracia y carentes de fortuna.

Se supo después que este grupo de exiliados se dedicó a buscar trabajo en Estados Unidos, y tuvieron que efectuar desde los más rudos; y que en cuanto pudieron, se regresaron a México por distintos puntos de los no controlados por Villa, dirigiéndose a varias partes de la república.

El algodón de ese año, 1913, fue confiscado por Francisco Villa y exportado a Estados Unidos, siendo muy pocos los que pudieron recobrar sus cosechas. Para que el algodón propiedad de agricultores mexicanos pudiera ser exportado, Villa decretó un impuesto extraordinario por paca, y fue maravilla cómo abundó aquel célebre año el algodón de cosecheros mexicanos.

Las haciendas fueron puestas en manejo de la oficina de Bienes intervenidos, y a duras penas pudieron terminarse los

cultivos del año agrícola y la cosecha de 1914 fue también a engrosar los fondos de la División del Norte.

Para 1915, no había quien pudiera llevar a efecto la magna tarea agrícola y ya Villa estaba menos apasionado contra los españoles, y, necesítándolos, llamó a los exiliados, que noblemente regresaron casi en su totalidad, entre ellos aquel don Joaquín Serrano, que era el único a quien Villa había perdonado del exilio, pero que no aceptó, por solidaridad con sus compañeros en desgracia, quedarse; este don Joaquín Serrano era pintoresco y bondadoso, como su tierra. Su generosidad sin límites le había creado tales simpatías, que doña Eustaquia recordó sonriendo aquel desfile memorable del 15 de septiembre de 1893, en que los colonos celebraron jubilosamente el doble acontecimiento de la erección de la colonia en villa, y la conmemoración de la Independencia nacional.

El desfile se efectuó en forma clamorosa, gritando como se acostumbraba entonces, en forma enfurecida: “Mueran los gachupines”.

Don Joaquín Serrano, formaba parte, impertérrito, del desfile, y su sonrisa no se esfumaba cuando oía los gritos de: “mueran los gachupines”, hasta que, de pronto, una voz cortó por lo sano: “¡Mueran los gachupines, pero don Joaquín Serrano no!” Múltiples voces y aplausos respondieron a este grito, y como un eco, se oyó repetido: “¡Don Joaquín Serrano no!”, grito que perduró hasta cuando Villa quiso exiliar a todos los españoles.

Las meditaciones de doña Eustaquia fueron cortadas por la aparición de don Luisito Vázquez, que venía a caballo, como su madre lo echó al mundo.

—¡Pero hombre, por Dios, se necesita cachaza!

—¡Ay, patroncita, dispense asté pero es que ya ni de vestirme me acuerdo: imagínese lo que me pasó!

—Pero, hombre...

—Pos sí, imagínese nomás, que mi padre mi invitó para que lo acompañara un trechecito y que yo iba camino de Matamoros, para ver a la novia, y cuando íbamos más a gusto, que se suelta un aguacero. Ya adivinará su mercé que llevaba puesto el traje de “catrín” y mi padre que se las gasta buenas, me dijo: “Con un... tal, ¿por qué diablos no te quitas el pantalón brinca charcos y te dejas en cueros? Cuando llegues a ver a la yegua de tu novia, los pantalones esos de dril te van a llegar a la rodilla.” Comprendiendo que tenía razón, me los quité y los guardé en la cantina de la silla. Mi padre me dijo:

—Güeno, ahora tómate un traguito, para que no te enfries con el agua, y para no enfriarme, seguí tome y tome, sin medida, hasta que nos separamos, cerca de Matamoros, pero yo en condiciones que ya no supe lo que hacía. El caballo endino que conocía las veredas de capricho, me llevó hasta la merita puerta de la casa de María, quien, como me esperaba, salió a la puerta. Ya se imaginará mi ama, el grito que pegaría: parecía que vio un fantasma, y no era para menos; pues desnudo, con la tempestad y a caballo, ya se afigurará su mercé la figura que hacía.

—¡Ah, qué hombre! Pues háblele usted, ya vestido, y explique las cosas.

—Eso es fácil de decir, pero ya verá usted como no es fácil de hacer. Se niega a hablarme, me ha degüelto mis cartas, que me aventó por la ventana, y ni siquiera quiso escucharme, porque cerró con chapa y aldaba... no sea que la juera a forzar.

—Bueno, hombre, bueno, ya se le pasará. ¡Mire usted que presentarse desnudo! Y vaya y vístase, porque tiene que trabajar luego, y eso lo hará olvidar.

—Tiene razón la ama, voy a tratar de olvidar, porque esa es chiva que ya no brinca; pero ¡ay, virgen de Guadalupe! las veredas quitarán... pero las querencias, ¿cuándo?

—Oiga, Luis.

—¿Mande, mi ama?

—Y prepárese para el entierro de Elvira, mi hermana, que será dentro de un rato.

—Reciba su mercé mis condolencias. ¿Quién lo dijera, al verla, así, tan tranquila?

—Con un... tal, como dice su padre, vaya póngase los pantalones brinca charcos, y no pase la botella de tequila, porque no quiero borrachos a la hora del trabajo.

—Oiga, mi ama.

—¿Qué?

—¿Sabe su mercé lo que se cuenta?

—¿Qué se cuenta?

—¿Que la agua ya viene, y que no nos van a dejar cogerla,

y sin agua, no hay aniego, y sin aniego, no hay siembra.

—Pero si tenemos arreglado el derecho a agua.

—Pos sí será, pero ya sabe usted qué inquina nos han tomado los Martínez, que también tienen derechos sobre este canal, y dicen que aunque haya pleito y lo pierdan, pero que por lo pronto, el agua no se toma.

—Lo veremos. Dígales a los muchachos que ensillen, que tomen los rifles y que me esperen; que se salgan todos del velorio y que se queden sólo las mujeres. Sea por Dios —dijo doña Eustaquia—, pero no seré yo quien se deje tomar el agua. En cuanto a la muerta, no podré acompañarla, qué le vamos hacer.

Sus pies removieron la tierra en cada paso, mientras sus pensamientos movieron tierra de recuerdos. Se acordó de sus padres allá en Cuatro Ciénagas, tenían ganados de numerosas cabezas. Su padre platicaba riendo que continuamente eran asaltados por bandoleros y los del pueblo tenían que defenderse con sus propias uñas. Cuando se tenía noticia de que estaba próximo a llegar un grupo de bandoleros, o cuando se oían los primeros disparos, inmediatamente los hombres del pueblo se reunían y comenzaba la lista de presente: “los Martínez, tantos hombres; los de Arrevillaga, tantos hombres; los Requejeo, tantos hombres”; pero en cuanto llegaban a su familia y decían: “los Miramontes”, el que pasaba lista exclamaba sonriendo: “hombres y mujeres, tantos...”

Y era cierto, porque allí hombres y mujeres manejaban el

rifle y el valor con maestría, y ahora no sería menos.

Las tierras ya preparadas, tendrían que anegarse; la tierra negra estaba con los terrones removidos, entreabiertos como bocas insaciables, ya con el agua bebida, habría tierra suficientemente preparada para sembrar, y las tierras ricas, responder como siempre. No sólo por la tierra, sino por los hombres que de ella vivían se tenía que luchar. No sería la primera vez que hubiera tiros por el agua: menos mal ahora, con los derechos arreglados, pero antes eso era cosa que sucedía todos los días.

La Comarca lagunera constituye una pequeña fracción del gran plano inclinado que, partiendo de la región de los valles del estado de Durango, forma la gran depresión de la Meseta central del Norte, conocida con el nombre de Bolsón de Mapimí. Hidrográficamente, la Comarca lagunera es la parte más baja de la cuenca de los ríos Nazas y Aguanaval, sobre todo del primero, abarcando cerca de 500,000 hectáreas, en las que la mano del hombre, iniciando la obra a la mitad del siglo pasado, y acentuándola vigorosamente en el transcurso de los años, estableció un sistema de irrigación con las aguas de avenidas del Nazas y Aguanaval, integrado por numerosas presas, canales primarios y una extensa red de canales secundarios distribuidos, que en conjunto, forman uno de los sistemas más admirables de riego en México, principalmente el derivado a lo largo del cauce del río Nazas, que tiene su descarga natural en la depresión llamada Laguna de Mayrán.

Cupo a Zuloaga, el vasco insigne, aprovechar las periódicas avenidas del Nazas, construyendo las presas de El carrizal, Coyote, y Jiménez o Calabazas. El sistema de irrigación reglamentado consta de nueve presas y 22 canales por la margen izquierda, y siete por la derecha; de estos canales toman agua los agricultores de “arriba y los de abajo”, o sea los de tierras más altas y los de tierras más bajas, y antes de la reglamentación de las aguas y aún después de ella, principalmente en Matamoros, muchos odios de familia en que se destruyeron sus miembros integrantes, tuvo lugar no por otro motivo más que por el agua. ¡Bendita agua, cómo cobraba sus tributos, en vidas!

Era necesario, no obstante, luchar por el agua, porque la necesitaban para vivir.

Los hombres del rancho se acercaron a doña Eustaquia, con los caballos ensillados; y el de ella, ya listo.

—Suba la ama.

—Habrà que estar pendientes día y noche, muchachos.

—Sí, mi ama.

—A la primera vista del agua, abrirán ustedes las bocatomas de los canales que nos pertenecen, y no se detengan, aunque haya tiros.

Nadie pensaba en detenerse; sin agua no habría siembra, y sin siembra no habría dinero. Por el camino calcinado, en que no se veía ni una flor ni un árbol, se alejó el grupo, no viéndose en la lejanía más que el polvo confundido de blancura,

con la blancura sucia de los calzones de manta y el sombrero de petate, cortados en vertical los hombres por la línea negra de las carabinas...

### III

Cuando llegaron doña Eustaquia y su hombres al lugar donde el canal se dividía en dos y se hacía el reparto del agua, ya estaban allí los Martínez, encarabinados, dispuestos a pelear por el agua con más denuedo aún por la enemistad reinante.

—¡Oigan —gritaron a los hombres de doña Eustaquia—, despejen!

Doña Eustaquia no respondió, pero continuó inmóvil, parada en el mismo sitio.

—Conque quieren jarabe, ¿no? Pos lo tendrán. Antes de que los otros siquiera pudieran preveerlo, los hombres de doña Eustaquia, como uno solo, dispararon una andanada de tiros que tumbaron desde luego a dos hombres.

—¡Jijós de la...!

Exclamó el bando contrario y sonó otra descarga.

Doña Eustaquia ordenó seguir tirando sin compasión, habiendo en esta vez, heridos y muertos por ambos bandos.

Al fin, los de doña Eustaquia lograron pasar el canal, disparando desde los caballos, y defendiendo desde allí el paso del agua que necesitaban, dejando a los Martínez sin el precioso



líquido hasta que no se llenara por completo el canal que pertenecía al rancho de doña Eustaquia. Los caballos nadaban desesperadamente, y los hombres tiraban sin descanso, hasta que pasaron a la otra orilla y pusieron en desbandada a los Martínez. Sobre el río se divisaba un caballo solo nadando, y de hombre, ni rastros...

Al fin tomaron el agua que necesitaron, y ya satisfechos, alzaron sus muertos, vendaron a los heridos con pedazos de camisa sucia, poniendo los cuerpos de muertos y heridos sobre las cabalgaduras, y emprendieron el regreso, disparando aún, de regocijo, tiros al aire.

Los hombres se pusieron alerta cuando a lo lejos se oyeron algo así como tiros también, pero doña Eustaquia les dijo:

—Sígale al gusto nomás, muchachos, que esos no son tiros, sino cuetes; los cuetes con que se alegra el entierro de mi difunta.

—Ya se les llegará su turno a éstos —señalando a los muertos que llevaban— por lo pronto, alégrenles la muerte con balazos.

—¿Y el otro que se llevó la corriente, mi ama?

—Ahí aparecerá dentro de tres días cuando lo haga flotar la hinchazón.

Todos rieron el mal chiste, con alegría. ¡No, no iban tristes! Unos habían muerto, otros estaban heridos pero estaba asegurada la cosecha, el pan, la tierra. En lugares donde todo depende del agua para que haya bonanza o miseria, la gente se vuelve

así, ruda, inmisericorde; no hay nada tan eficaz para despertar a la fiera como que se intente quitarle el pedazo de pan de la boca.

—Mañana irán a la escuela nocturna, murmuró tibiamente doña Eustaquia.

—¿Y pa' qué, mi ama'?

—Para que se enseñen a leer y a escribir.

—Ay, mi ama, ¿y para qué queremos saber eso? Cuando pizcamos ya ve asté qué bien hacemos los ñudos y así llevamos las cuentas: tantos ñudos, tantos kilos, a tanto el kilo de algodón... y sale exacta la cuenta, si contamos con los dedos. No nos va a servir eso ni pa' contar los chistes. Le aseguramos que Venustia, el administrador, que los sabe contar tan bien, no sale ganando nada con leer libros. ¿Se acuerda asté de la procesión de Cristo, el año pasado?

—Sí.

—Güeno, pos Toribio el rayador, la hizo de Cristo, y cuando lo descolgamos de la cruz y lo llevamos dizque a enterrar, en camilla que cargábamos entre cuatro, se le ocurre al ingrato hacer una necesidad de las mayores y nos decía tristemente:

—Ay, hermanos abájenme un rato, no importa que vaya muerto, pero me quiero cagar.

—Espérate hermano, ¿no ves que eres Cristo? Espérate a la resurrección—. El hombre, desesperado, se zurró en la camilla, y ya se imaginará su mercé el jedor.

—No les valen chistes, hijos. Mañana, sin remedio, después

del día irán a la escuela nocturna y en el día mandarán a los chicos.

—Pero, mi ama, si los muchachos hacen falta en la labor, y para ayudar a las madres a cortar la leña. Además al administrador todo eso le parece mal, dice que son puros cuentos del ama, y que los libros nos ponen extrañas ideas en la cabeza. Pero si su mercé lo manda... Ya ve asté para qué sirven los libros, si un libro dice tal cosa y nosotros lo desmentimos a balazos... Menos mal que los Martínez son puros machos y no irán con el cuento, porque ya sabe asté, todos estamos dispuestos a morir, y ellos lo saben: el que pudo más, pudo más... la enemistad es antigua, y eso no se arregla con leyes. ¿Cuántos de los Martínez se han muerto, mi ama?

—¡Muchos! Pero también de los González, ya ves tú, me mataron a mi padre, a mi hermano, a mi tío, a mi abuelo. Cada muerte tenía que tener venganza, aunque yo, personalmente creo todo eso cosa estúpida.

—Pero de todos modos viene a echar su agüita, ¿verdá? Bien que disparó la ama, y tenía certero el ojo.

—Ya vamos llegando, mi ama. Los muertitos los dejaremos en sus casas, para que los tiendan en su cruz de cal, ¿y a los heridos?

—Al pueblo.

—Al pueblo no.

—¿Por qué?

—Porque preguntarán lo que pasó.

—Bueno, como gusten, pero no quiero que nadie se muera por mi culpa.

—¿Qué dijera la ama, si por los muertos y por el gusto del agua, nos pusiéramos una borrachera?...

—Jálensela, pues, pero nada de escándalos.

—Descuide l'ama.

Doña Eustaquia, parsimoniosamente, se dirigió a la casa grande, y los sobrevivientes del tiroteo, que estaban sanos, se dirigieron al jefe de cuartel que era el que, a espaldas de la autoridad, y como negocio particular, vendía el vino. De esta manera, no era nada extraño que jamás se terminara con la embriaguez en los ranchos. Además, de nadie era desconocida la vieja enemistad entre el juez y el jefe de cuartel. La enemistad comenzó por una hembra que prefirió al juez, porque no tuvo miedo de disputársela a balazos, y ya se sabe lo que a las mujeres siempre les ha gustado la valentía y la audacia: parece que si no su alma, esto despierta en grado superlativo su sensualidad.

El juez, por no tener mayores dificultades en que iba de por medio la vida, hacía de la vista gorda sobre el comercio del alcohol; el jefe de cuartel, por su parte, salvaba las apariencias.

Uno a uno de los deseos de embriaguez, fueron llegando a la puerta, tocándola con gran misterio, mirando a uno y otro lado, y embozando la sonrisa con los sarapes. Aunque ya sabían que todo era pura comedia, les encantaba la comedia.

Cada quien compró dos o tres botellitas de tequila y las pasaron liberalmente a todos los hombres del rancho, hasta que no quedó uno en pie. Muchos se fueron a dormir, pero a otros se les despertaron los deseos bélicos, y atravesaron las calles en zig-zag y a balazos. Las mujeres, ante esta balacera tremenda y regocijada, tomaron como protección barriles de vino vacíos que había en las esquinas, puestos allí especialmente para recoger la basura, y esperaban que pasara el valiente o los valientes, para atravesar corriendo la calle y meterse en la casa y cerrar la puerta. Después de cinco horas de angustia, las mujeres entreabrían la hoja de la puerta y “arriesgaban” un ojo para ver si ya todos los hombres ahitos de vino se habían ido a dormir.

La calma, aparentemente recuperada, volvía a inquietarse con el tránsito de las mujeres que salían de compras. No caminaban una cuadra, cuando se encontraban heridos o muertos.

Acudieron desesperadas al juez, tanto para recoger a los heridos, como para dar fe, pero el hombre, aunque valiente, sabía que no se podía luchar con la multitud, y rotundamente se negó a salir, y menos a ir a detener a los presuntos responsables, que como decían las comadres:

—En la bola, ni se supo.

—Señor juez, señor juez —decían— venga usted, y aprehenda a los que alteran el orden.

—Cállense ya, viejas escandalosas, y vayan a dormirse; mañana temprano lo iremos a saber a Lerdo.

Convencidas con este último razonamiento, las mujeres angustiadas, principalmente las que no tenían ya en su hogar a su hombre, hacían un gesto de estoica resignación y se iban a su casa a rezar porque todo se arreglara en Lerdo: preferían en todo caso, que su hombre hubiera matado, y no que lo hubieran matado. Al día siguiente, al cantar los gallos, comenzaba el juez su recorrido, tocando puerta por puerta.

—¿Qué quiere asté? ¿Quién es? —solían contestar, desde adentro.

—Soy la autoridad, abran la puerta.

Ante semejante orden dada con voz de barítono, salía la mujer con el traje deshilachándosele, como los cabellos.

—Háblele a su marido.

—Te hablan, tú.

El hombre, generalmente todavía adormilado por no pasársele aún los efectos del vino y sin acordarse mucho de los acontecimientos de la noche anterior, salía con la mirada dándole vueltas en asombro, el calzón entreabierto, y la camisa desabotonada, con miedo a la autoridad, por instinto; con ese ancestral miedo y repugnancia que le tiene nuestro pueblo a todo lo que huela a juzgado.

—Mande su mercé.

—Vamos a Lerdo.

—¿Por qué?

—No lo pregunte; allá lo iremos a saber, camine. La forma de obrar el juez, dejaba a todos sin cuidado. El

hombre caminaba sin responder, y sin recordar lo que había hecho la noche anterior. Caminaba resignado, con el sarape sobre los hombros.

El juez, muy satisfecho, después de levantar el “acta de los acontecimientos” que no quiso ni pudo remediar, comenzaba un interrogatorio pintoresco en el juzgado, y allí, los que creía culpables eran encarcelados, para soltárseles a los cuantos días, en vista de la imposibilidad de probar nada absolutamente sobre los muertos y heridos en el jolgorio. Otras veces, el asunto se arreglaba así: “¿Señor juez, puedo decirle unas palabritas, a solas?” Relampagueaban los ojos del juez, envueltos en codicia, y concedía de buena voluntad una entrevista cuyos resultados preveía.

—¿Quiere su mercé hacerme el favor de echarle tierrita a mi asunto? Ya recompensaré a su mercé.

—Calla y no digas tonterías, te haré una “valedura” porque soy muy hombre y porque me gusta servir a mis amigos. Venga esa mano y todo quedará arreglado.

El peón de la Laguna, ladino por naturaleza, bien sabía que no era por la amistad, que era por el interés, y se hacía esclavo del juez, hasta que el gobierno mandaba otro, mientras, regalaba, regalaba... es decir pagaba... En otras ocasiones, el juez recibía un aviso: “Fulano de Tal, de estas y estas señas, que sea buscado por tal delito”... Pero tal cosa era imposible, era como buscar una aguja en un pajar. En las numerosas haciendas, en el montón anónimo del campesinaje, se esconden tipos tremendos;

por lo regular asesinos, ladrones, gente maleante de Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, etc., buscan refugio en la Laguna, donde saben que casi es imposible localizarlos disfrazados de peones, ya que los peones en las haciendas dejan de ser personas y sólo son medios de trabajo, sin importarles al dueño del rancho la vida, ni menos la intimidación de esta vida de sus trabajadores.

El juez buscaba entonces entre el campesinado, pero casi siempre ya tarde, porque el secretario del juzgado, como en todo centro de acción pequeño, tenía nexos con los campesinos y corría la voz rápidamente, de suerte tal, que cuando se buscaba al individuo del retrato, ya éste estaba oculto en alguna de las casas de los amigos, y pasada la revista volvía, como de costumbre, a su trabajo, sin inquietarse más.

¡El juez! Casi nunca se da en los ranchos cuenta de sus funciones. El juez es un tipo que termina casi siempre por embrutecerse entre el alcohol, el billar y la baraja. La única nota sonriente, la da, por lo general, un casamiento.

Al día siguiente de la tremenda embriaguez de todo el pueblo, se supo la última noticia que corrió con la rapidez de las malas nuevas en los centros de acción pequeños.

—¿Sabe asté? La Rosa, la maestrita, se fue con Ambrosio el caporal.

—Cuando yo le decía...

—Güeno, habrá boda.

—Cuando los pesquen... Mire asté, allá vienen.



En efecto, venían los dos tórtolos con la cabeza baja, y echando miradas de soslayo a todo el rancho sonriente y curioso, la novia, toda arbolada, y el hombre engallado, aunque con una ligera mirada de miedo en las pupilas pues en la espalda sentía el rifle del padre de su novia, que ceñudo y todo, sin decir una palabra, le picaba despiadadamente las vértebras, hasta que llegaron a la puerta del juzgado.

—Padre, decía tímidamente la novia. Yo no me quisiera casar así, sino con velo y coronita...

—¡Cállese, jija... qué velo ni qué la co... aquí nos lleva a todos el tal si este desgraciado no cumple! ¿Qué dice, sí?

Y como ironía, el novio aquí es el que tiene que dar el “sí”, y no es el de la ansiedad sino el padre de la novia.

Y esto, como lo de la compra de vino, todos saben que es comedia y la desempeñan con gusto; todos tienen íntimamente la convicción que en los ranchos hay que llevarse primero a la novia, y después, casarse; la novia tiene que dar la “prueba” y cuando el novio dice que “no era señorita”, van a relucir hasta los calzones de la novia sobre la mesa del juez. La pareja entró y después de dos o tres malas razones, la boda se efectuó sin novedad, y la novia se fue para su casa.

Después de esta pareja, entró al juzgado una madre atribulada, y le contó al juez que Chón, uno de los del rancho, se había llevado a su hija, pero como ella no tenía marido, no podía ir en su busca y traerlos, que así que le suplicaba que mandara a alguien a localizarlos.

El juez, que no tenía más ayudantes que el secretario y que cuando estaba de vena era guasón, preguntó:

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Diecisiete.

—¿Y se la llevó Chón?

—Sí, señor.

—¿Con qué se la llevó, eh? ¿Cómo, con todo y cuna?

La madre avergonzada y al mismo tiempo echando vigas hasta por los codos, salió del juzgado; pero al rato la pareja se presentó sola en el juzgado y se casó sin mayores ceremonias, pagando unos cuantos centavos a los peones que pasaban para que les sirvieran de testigos.

Pero la boda más rumbosa fue la de Anastasia Gordillo, huérfana, y en quien se fijó, para su buena suerte, uno de los rayadores, Ledesmo Torrijos, quien era hijo único, y tenía un poco de dinero.

Todas las muchachas del rancho asistieron a la boda por “lástima”, porque la pobre novia era huérfana, y al terminar como Dios manda de casarse, la novia y la comitiva se dirigieron a la casa de Ledesmo, donde ya la madre de éste había preparado una comida compuesta de barbacoa y mole; pero al ver el número de gente que llegaba, y por la carencia de muebles, les gritó: “¡Epa, apárense; vayáanse acomodando como puedan, y a la mesa sólo pasen de dos en dos... los novios al último!”

Naturalmente, la comida se prolongó en forma tremenda, y cuando tuvieron que esperar, por cortesía, que los novios

acabaran, la suegra toda envalentonada, golpeó una mano contra otra, como quien se sacude la polilla, y exclamó en forma solemne:

—Señoras y señores: ya se acabó la poquedad que había, ahora, cada quien lárguese pa' su casa. Y ustedé, novia, abájese el velo, coja la tinaja y vaya a trair agua, que no se casó para estar chula.

Y de esta manera pintoresca se suceden las bodas en los ranchos de la Laguna.

Pero si esto sucede por lo que toca a las bodas, lo de los noviazgos es una cosa chusca; siempre, cuando hacen el amor, los campesinos expresan sus sentimientos con música; y como en este ramo hay amplísimamente canciones para todos los gustos y las necesidades, resulta que cuando quieren insultar a la novia, le dan un “gallo”, cantándole su despecho en insultos, y si es de amor... ya inventarán las más dulces palabras que ya quisieran para sí los más grandes poetas.

El comienzo de un noviazgo se inicia con cualquier pequeñez como en todas partes. Así se dio el caso de que en un baile se encontraran Francisco el vendedor de pájaros y Felipa la aguadora; él le pidió el pañuelo y la muchacha, de buena fe, se lo concedió, este hecho fue suficiente para que Francisco pensara que era correspondido, y se “lanzó” como los buenos, en términos de amor, esperando, naturalmente, no ser desairado; pero resulta que la pretendida en todo pensaba menos en corresponder, porque era una ingenua que no había entendido

el significado de la petición del pañuelo y creyó que Francisco lo necesitaba única y exclusivamente para sonarse las narices. Nunca hubiera contestado ella que no, allí fue dónde; Francisco profundamente ofendido, platicó en todo el pueblo que le había puesto a la coqueta un pasquín, clavándole este pasquín en la puerta de su casa y con el pañuelo hecho tiritas, como bandera en desgracia...

—¿Y qué decía ese pasquín? —preguntaban las comadres regocijadas, mientras que miraban los pájaros.

—Pos como sigue: “A la berrenda Jelipa, hija de tía Jelipa la cabezona, comprometedora de hombres”:

Tengo pecho de cantera,  
corazón de piedra dura;  
me he burlado de otras mejores,  
“conti más” de ti, basura.

Y por este tenor seguían unos versos más que eran todo un monumento de despecho. Todo el rancho festejó graciosamente esta ocurrencia, y en lo sucesivo, cuando alguna muchacha a otra le contaba de sus pretendientes, decía cerrando un ojo: “Fulano me pide el paño...”.

#### IV

**P**ero no todo es vida y dulzura en los ranchos de la Laguna; en todos ellos se agita al supremo anhelo del campesino: poseer un pedazo de tierra; en todos ellos se agita el deseo de liberación, de caminar por su pie, pero tienen que ser ayudados por el gobierno, porque la Laguna no se cultiva sólo con las manos; el cultivo del algodón, que ellos conocen superficialmente, necesita no sólo conocimientos especiales, sino también, especialmente, dinero y sobre todo, corazón; nadie ignora los riesgos que corre el agricultor que puede hacerse millonario en un año, si hay buena cosecha, o limosnero, si fracasa en su empeño. No sólo hay el problema del agua, sino el de las plagas del gusano rosado, que devastan los campos cuando ya el agricultor cree que ha vencido ampliamente en su combate despiadado y riesgoso con la tierra; no solamente el gusano, sino el granizo, las tolvaneras tremendas, que como en toda zona desértica, se abaten sobre la Laguna, y son un peligro constante que tienen a los hombres perpetuamente pendientes del cielo.

Lo maravilloso es que estos hombres que saben de las tristezas de la espera, de la lucha, de la derrota y también de la alegría del triunfo, siguen poseyendo íntimamente el corazón del aventurero, y así como juegan al azar con la tierra, juegan con la vida; la vida se ve aquí con desprecio; lo atestiguan bien los hombres revolucionarios que de Coahuila salieron; si no constaran más nombres, dos de ellos son suficientes para

cubrir la de gloria: Francisco I. Madero y Venustiano Carranza; el primero, legítimo hijo de la Laguna, donde sus supervivientes todavía residen. Esta tierra ha dado hombres de ideales, de corazón y de bondad; no podía ser menos, ya que aquí se libra, a diario, una batalla tremenda con la vida.

Así como en la Laguna se ve con desprecio la existencia, también se ve con desprecio el dinero; no hay hombre quizás más espléndido en todo el país que en la Laguna. Es el tipo clásico del despilfarrado más tremendo. En las fiestas corre la champaña con profusión y se respira alegría, aunque no elegancia. Todavía los hombres de la Laguna no pueden ser otra cosa que aventureros.

Cuando las cosechas son abundantes, todo el mundo, aunque no sea algodonero, se alegra y se regocija con que fulano haya obtenido buena cosecha, porque saben que en ninguna otra parte de la república, como en ésta, depende el bien general tanto del beneficio particular. Si hay dinero, éste se derrama entre los campesinos en lluvia de oro, y por ende en el comercio, en la industria, que no toma mucho incremento porque aquí la fuente principal de riqueza es la agricultura.

Cuando el hombre de la Laguna ha ganado bastante dinero, deja una parte aquí, y otra va a tirarla en viajes a España, si es español, y si es mexicano, comienza el éxodo hacia el Norte, nunca hacia el Sur y esto es lo malo. En la Laguna pocos son los hombres ricos que conozcan muchas partes de la república, con todo y que ésta tiene cosas interesantísimas que ver; el

dinero va a dejarse a San Antonio, a Dallas, a Nueva York, y a Europa; los que van a México, en las excursiones especiales, son los empleados, y ocasionalmente, los agricultores, cuando tienen que ver al presidente de la república por asuntos que se convierten en problemas regionales. De otro modo, no; a Estados Unidos no sólo va a dar el dinero de los padres en forma de paseo, sino de estudio; casi todos los hijos de la Laguna presumen de hablar inglés, y están educados en Estados Unidos; si no en partes más cultas de la América del Norte, en los pueblos fronterizos y bárbaros de Eagle Pass, Laredo, Brownsville o El Paso, o los que desean alejarse más y aprender mejor el inglés, en Dallas o en San Antonio. Estos hombres no saben oír de que sus hijos vayan a Europa o a México, que indudablemente tiene mucha más civilización que Eagle Pass o Brownsville; en cambio, los hijos de los campesinos, de los peones, apenas si tienen en cada hacienda una mala escuela en donde poco se enseña y poco se puede aprender. Los hacendados en cambio, siempre llevan buena vida y se gastan el dinero en forma liberal, confiando, aunque estén llenos de deudas, que podrán cubrir las, si la cosecha es buena; y en esta espera confiada, no sólo envuelven a sus familiares y amigos, sino a los comerciantes, que extienden créditos amplios, esperando la cosecha; es proverbial que en esta tierra los hombres de dinero paguen con “vales”, que se les admiten para hacerlos efectivos “cuando se levante la cosecha”, o al menos así lo entienden los comerciantes, que aceptan el vale

que se le extiende por un día o dos y que no se paga hasta unos meses después, hasta los meses de pizca.

De todos modos, aunque no se tenga dinero, se aparenta que se tiene, y se vive como si se tuviera. Todo el mundo lagunero puede acordarse de un tipo español pintoresco y espléndido, jugador, mujeriego, que trajo a la Laguna a muchos españoles, y que hacía el transplante de sus coterráneos, telegrafianto a sus amigos de España: “Mándeme un barco de gachupín chico”, es decir, de español pobre que pudiera trabajar y fructificar en la Laguna; y así el “gachupín chico”, como mercancía, como nueva venta de esclavos, era traído a la Laguna, donde poco a poco y a base de esfuerzo, de trabajo, y otras veces de estafa, se logra hacer fortuna.

Este mismo español pintoresco y despilfarrador, a pesar de todos sus defectos, es visto con simpatía porque no hay fiesta de caridad, ni petición alguna que se le haga de dinero, que no conceda sin regatear, y dándolo todo con gestos de gran señor, cierto que este dinero poco costaba y la gente quedó pasmada cuando se supo que este gran señor adeudaba nueve millones de pesos y aún quería un nuevo empréstito del gobierno del general Calles, para sembrar en sus numerosas haciendas, y lo pidió con altanería, con garbo, y cuando se le ofrecieron tímidamente 500,000 pesos, se rió de los prestamistas en sus barbas y contestó en forma olímpica:

—¿500,000 pesos? Por Dios, señores, esa cantidad apenas si cubriría mis diversiones particulares; apenas si, en un año,



me los gastaría en tabacos para mí y para mis amigos.

Después se supo, además, que todos los millones prestados estaban combinados en forma de repartición entre este español pintoresco y un político que era figura de relieve como representante público, a nadie le extrañó, así, que de los nueve millones el español no tuviera gran cosa.

No sólo este español, sino todos los agricultores laguneros siempre recibieron ayuda del presidente Calles, cuando estuvieron necesitados de dinero, y cuando Calles llegó a la Laguna para estudiar los problemas comarcanos y hacer un nuevo empréstito, con sorpresa se supo que el agricultor Fulano y Zutano, que creíase eran millonarios, tuvieron que empeñar hasta su menaje de casa para garantizar el pago... y la gente se alegró, y lo que es más: confió; la ruina de la Laguna todavía estaba lejos, mientras se tuvieran hombres...

Sólo que en la Laguna el dinero que se necesita fieramente para vivir vuelve a los hombres casi primitivos; todavía se recuerdan dramas tremendos, porque no todo es alegría y música, que se escuchaba alegremente por todas partes, cuando el año ha sido “bueno”; se recuerda ampliamente el matrimonio de dos hermanos que se casaron no por amar, sino por no repartir el dinero.

¿Cual fue el final de esta unión? El suicidio de él, y los hijos de este matrimonio que compró la bendición católica hasta Roma, a fuerza de dinero, aún viven y son vistos con menosprecio; hay incestos que no pueden perdonarse, más aún

sobre bases tan materialistas. La viuda y hermana es la única que rinde culto a su muerto; todos los laguneros se dieron cuenta que el cuerpo del hombre embalsamado estaba en la capilla del panteón, a la vista; y llegó el desequilibrio de la viuda a tal grado, que en esta capilla suntuosa, se puso ajuar de sala, lujosos macetones con plantas raras, y la viuda iba cada ocho días a vestir a su muerto, y a quitarle la ropa sucia; hasta que la autoridad tomó cartas en el asunto y suspendió esta cosa trágica de vivir con un muerto, atada más que por el corazón, por el remordimiento.

Todos recuerdan también aquel banquete famoso en que resultaron envenenados varios de los comensales, siendo el móvil del crimen, la posesión de dinero; el responsable de la tragedia ante la acusación pública, era un doctor; culminó este drama con la muerte de conocidísimo abogado en céntrica cantina, donde se le acribilló a balazos sin darle oportunidad de que se defendiera, sólo porque era él el apoderado o tutor de los herederos del dinero causante de la discordia de la tragedia.

Hay que ver con qué ferocidad pelean unos con otros por la tierra, por el dinero, y cómo los padres entablan pleito con los hijos, y los hijos con los padres.

Lo dueños de las haciendas, señores y amos, era público y notorio que violaban a las mujeres de los campesinos, sin importarles nada el dolor del marido, del padre o del hermano.

Sobre las espaldas de los peones cayó muchas veces el

látigo del capataz, y más de un español fue asesinado a mansalva y por venganza, sin que se supiera jamás quién lo había matado, ante el silencio estoico y cómplice de los campesinos, que están siempre dispuestos a todo, menos a delatar.

Por todo lo anterior, se notaba el ambiente impregnado de la inquietud que precede a los grandes acontecimientos, y al cambio del alma, por las emociones.

Los peones organizaban los festivales de costumbre, el baile, y era de ver con qué gusto danzaban, alzando, al pisar la tierra, grandes nubes de polvo. El regocijo y el vino corrían parejas iguales. Las mujeres miraban a lo lejos disimuladamente, pero con el rabillo del ojo observaban a sus hombres. Así se formaron las parejas muchas veces disparejas, que en esto del bailar hay sus igualdades, y la señorita, hija del amo, baila con el último de los peones; y la última y más humilde de las mujeres baila con el señor de la hacienda.

Se cantaron corridos, se dedicaron canciones y por último, todo mundo se apartó formando corro, para dejar el sitio a Lázaro Córdoba, señorito de ciudad, y Rosa la tamalera, bonita como una onza de oro, según decían los campesinos. Todo mundo llevaba el compás con los pies y con la cabeza y Rosa, toda arrebolada por el calor que ponía en sus venas el taconeo cimbrante no sólo en los pies, sino en las notas del jarabe, tenía en los ojos un remedo de sol y en los labios un color de grana.

Lázaro era su enamorado galán de siempre; venía desde

Torreón a verla para contemplar su hermosura, y quería que ella guardara siempre silencio, lo cual festejaban los amigos.

—¿Pero por que no quieres que Rosita hable?

—¡Ay, mis cuates, si Rosa no hablara, con Rosa me casara! Esta muchacha es una decepción desde que comienza a abrir la boca.

Esa noche, en lo más apretado de la fiesta, Rosita dejó oír un ruido que no era precisamente el de una nota musical, ni el de un taconeo del jarabe: era otro ruido distinto y único que la hizo correr espantada, buscando refugio entre todas las mujeres que estaban en la cocina; el pretendiente se quedó desconsolado ante el poco tacto y talento de la novia, parado en mitad de la pieza, escuchando las risotadas de los concurrentes, pero ni tonto ni perezoso, se fue en busca de su pareja, y cogiéndola de la mano, la estiró hacia la sala de baile, mientras ella se afianzaba con todo su cuerpo en la cocina. Lázaro, todo ingenuidad, preguntaba:

—¿Pero Rosita, por qué no viene usted?

Ella no contestaba, y los ojos se le licuaban en llanto.

—Vamos, mujer, no sea tonta, anímese.

—Oh, ¿pero no se dio cuenta su mercé lo que me pasó?

—Venga usted, yo lo arreglaré todo, tenga confianza en mí.

La estiró de la mano y, casi a viva fuerza y con palabras de convencimiento, la hizo de nuevo colocarse en mitad de la pieza, mientras le susurraba al oído “tenga confianza, yo lo arreglaré, verá qué bien lo arreglo”.

—Señoras y señores —gritó—, la señorita Rosa se aflojó, pero no se aflojó ella, me aflojó yo.

Con esta aclaración heroica, la ingenua muchacha se dio por convencida, creyó que estaba salvada del ridículo y siguió la danza con más ímpetu, mientras el corro entusiasmado aplaudía.

En uno de los rincones más apartados de la fiesta, algunos de los hombres murmuraban:

—De verdad se rumora que se comenzará el reparto de tierras; que la primera colonia agrarista será la de la Goma.

—No puede ser.

—Sí que lo es, nuestra salvación está en unirnos, ¿comprenden? En unirnos.

El que hablaba de este modo era un hombre disfrazado de charro, compañero inseparable de un político de fuste, y que andaba por los ranchos haciendo campaña en favor de su candidato, y de paso, politiqueando también con los campesinos sobre los repartos de tierra, sembrando el desconcierto, la inquietud, la duda. Hasta aquel día los hombres casi habían vivido como bestias, él les proponía en forma poco inteligente que vivieran como hombres, y ellos tenían miedo.

—¿Cómo nos uniremos?

—Formando un sindicato.

—Pero el patrón no nos dejará.

—No necesitan consultarlo al patrón; la obra de la Revolución está llegando a todos los rincones, el gobierno

está apoyando y dando facilidades al campesino, para que trabaje, la hora de la libertad está cercana.

—¿Cuál libertad?

—La libertad, si ayudan ustedes a mi candidato, y si éste sale triunfante, hará que su amo les construya casas mejores, y sobre todo, apoyará al sindicato en sus peticiones, pero antes, necesitan organizarse y formar un “frente único”.

—¿Y qué es eso de frente único?

—¡Ay, qué brutos!, pos frente único es que todos tengan una sola idea y un solo ideal, que...

—¿Un ideal?

—Sí, hombre; un ideal, es decir, que luchen desde ahora por su mejoramiento.

—¿Y cómo favoreceremos al amo? ¿Cómo saldrá su candidato triunfante? ¿Cómo votaremos por él?

—No votarán de favor, irán ustedes por 50 centavos, un vaso de cerveza y un plato de barbacoa, y tendrán que gritar: “Que viva Ledesma”, y si triunfa Ledesma, ustedes tienen asegurado también su triunfo.

—¿Quedará el amo que váyamos?

—Yo arreglaré eso con el amo.

—Muchos no sabemos ni siquiera escribir.

—Da lo mismo, harán una cruz sobre la papeleta.

—¿Cuál papeleta?

—El papel donde votan, hombre, ya allí les dirán...

—¿A dónde iremos a votar?

—A Torreón. De allí regresarán en camiones, luego que termine la votación.

—A la mejor, nos está asté vacilando —expresión muy lagunera, que significa: “Nos está tomando el pelo”.

—Bueno allá ustedes, ya saben, un tostón, el pasaje de ida y vuelta, un plato con barbacoa, y un vaso de cerveza.

—¿Y si hay tiros?

—No sean tontos, Ledesma es el candidato del gobierno.

Interrumpió esta labor de convencimiento un grito de mujer, tremendo.

—¿Qué pasa?

Cuando voltearon, vieron en mitad del patio, en un charco de sangre, el cuerpo de Lázaro Córdoba, teniéndose con las manos los intestinos, que estaban de fuera.

—¿Quién lo acuchilló?

—En la bola, ni se supo.

Interrogatorios del juez, amenazas, castigos, nada hizo que los campesinos despegaran los labios.

Cuando al día siguiente se encontró el rayador con un peón flaco, enteco, callado, le dijo:

—¿Eh, tú no comes?

—Sí señor, pero nada que engordo.

—No hay gavilán que engorde, hijo, todo se les va en volar.

—¿Qué jijos me dice asté? ¿Qué quiere darme a entender? ¡A mí con habladas, no; si quiere, como los hombres!...

—Cálmate si es por lo de la Rosa, no hemos hablado todavía,

me parece, y para que engordes, no vueles tanto jijo.

El peón se quedó flaco, enteco, paralizado, mientras en una de sus manos la hoz relucía como un espejo...

## V

Cuando el líder logró convencer a los rancheros, ya cerca de las elecciones hubo un movimiento tremendo en todas las rancherías. La mayor parte de los campesinos tomaban parte en la elección, por paga, y en la generalidad, estaban para votar por el candidato González. Los dueños de las haciendas, por su parte, permitían este éxodo perjudicial, por un día, interrumpiendo sus labores, porque no descaban malquistarse con el gobierno; pero doña Eustaquia dijo que sus hombres no irían, si no iban por convicción y sin paga, y que no le importaba nada de las amenazas de los líderes, porque a ella no la compraban con un plato de lentejas.

—Pero mi ama, si estamos sindicalizados, y es orden del líder.

—Pues estarán sindicalizados pero si no van por convicción, no van. ¿Quién es Ledesma? ¿Qué cualidades lo adornan? ¿Cuáles son sus promesas y qué posibilidad hay de que las cumpla.

—No lo sabemos, sólo sabemos que es Ledesma, y que es el candidato del gobierno.



—¿Cuánto les pagan por ir? ¿Cincuenta centavos y una barbaoca? Toda eso tendrán, pero no vayan.

—El sindicato...

—Ya sé, me plantarán la banderita, ¿no? Pues plántenla; hijo, plántenla; los desocupo a todos, les pago tres meses de sueldo, y arreglados.

—Mi ama, usted no hará eso.

—Ya saben que sí.

—Se quedará usted sin trabajadores.

—Los traería de otra parte. A todos ustedes los he visto crecer, ya estoy vieja y sólo tengo este par de sobrinos que ya están mayorcitos y pueden caminar por su pie; en último caso, les obsequio el rancho y hagan de él lo que quieran; más bien dicho, se los he obsequiado ya; mañana les leerán públicamente mi testamento: una parcela, una casa, una vaca, un caballo para cada uno de ustedes; cuando me muera, mis sobrinos no vivirán aquí porque no tienen la vocación del campo. Ya verán ustedes por sus propios ojos si los quiero o no, y si son ustedes como unos hijos para mí, o no; déjense de sindicatos, ya saben ustedes que conmigo lo obtienen todo, siempre que lo que pidan sea justo.

—Pero ahora hemos prometido ir.

—¿Quieren ir? Pues vayan, pero no acepten dinero, convénzanse de que los hombres tienen que cometer el acto de votar por voluntad propia, por convencimiento de que el candidato que prefieren es digno de regir a un pueblo. Si no

es así, no voten, y menos acepten paga encima. ¿Cuándo saldrán?

—Mañana.

—Bien, se llevarán los camiones del rancho, se llevarán la barbacoa que prepararán hoy en la noche, y no aceptarán dinero; si no se portan como les digo, peor para ustedes. Ya saben que conmigo no hay juegos.

Los peones desfilaron en silencio, y les interrumpió la marcha el grito de doña Eustaquia:

—¡Oigaaan!

—¿Mande, nuestra ama?

—Comiencen los aniegos, aunque duren toda la noche trabajando, ¿me oyen?

—Sí, mi ama, después de cenar. Habrá necesidad de trabajar toda la noche.

—Hay luna.

De nuevo continuó la caminata, y cada hombre se perdió en su casa, hasta que el patio quedó limpio, en silencio, envuelto en las luces del crepúsculo. Doña Eustaquia también entró a la casa grande, y se dirigió al comedor. Allí estaban los sobrinos. Gracias a Dios que únicamente quedaron dos. El recién nacido murió. Tenía que pensar en sus hijos, porque para ella, estos dos sobrinos, rubia la una, moreno el otro, eran hijos.

Lo dos la atendían solícitos, se miraban y se sonreían. A ésta la molestaba y la halagaba al mismo tiempo tanta solicitud.

—Vamos, vamos —exclamó—, parece que los niños se

sienten personas mayores, y que yo he vuelto a la infancia; menos arrumacos y tomen sus sillas; coman por su cuenta, que yo todavía tengo manos.

Por un instante, sólo se escuchó el sonido de las cucharas en los platos. Doña Eustaquia de pronto, levantó la cabeza y miró a sus sobrinos.

—¿Qué quisieras ser tú? —preguntó de repente, a Manfredo.

—¿Yo? —respondió sorprendido.

—Sí, tú; ya después le preguntaré a la mocosa. Les hago esta pregunta para que vayan pensando en la respuesta.

—Si usted no lo toma a mal, yo quisiera ser médico. Quizás se pudiera establecer en el rancho un sanatorio donde acudirían todos los enfermos de los ranchos vecinos. Además, si usted nos va a dejar el rancho, estaré en condiciones de poder atenderlo, si al par que la medicina, tomo un curso de agricultura.

Doña Eustaquia guardó silencio, pero bien sabía ella que tenía su testamento arreglado de tal modo, que el rancho sería de todos, porque ella se había anticipado con mucho tiempo a la aplicación práctica de las teorías socialistas, y era esto último por convicción: la riqueza excesiva siempre le había estorbado. No tenía hijos y estaba vieja; pero quería que el rancho fuera repartido entre gente que pudiera trabajarlo y hacer algo por él. Si el sobrino resultaba con sus mismas ideas todo terminaría maravillosamente, pero si se le metía el diablo de la ambición, o a la sobrina...

—¿Y tú?—preguntó doña Eustaquia a Elvira.

—Tía, yo... quisiera casarme.

La muchacha se puso roja y no dijo ya nada, sólo sabía que era muy mujer y que deseaba un hombre, eso era todo.

—El matrimonio es carrera difícil, créemelo.

—¿Tienes novio?

—No.

—Poca prisa te has dado.

La muchacha guardó un penoso silencio y se puso más arbolada aún, cuando miró a su hermano con una mirada húmeda, y articuló:

—Tía, ojalá y encontrara con quién casarme, y ojalá pudiera tener muchos hijos, para que ellos fueran los peones del rancho; me apena ver gente extraña aquí; sólo quisiera que fuéramos una enorme familia.

La tía Eustaquia se quedó con la boca abierta, mirando asombrada a su sobrina, demasiado ambiciosa, demasiado egoísta... y quería casarse. Sólo pudo murmurar:

—Como todavía no te casas, y no hay candidato de tu agrado, o al menos hombre que hayas escogido, el único problema es tu hermano. Mañana mismo saldrá para México a estudiar en la preparatoria.

Al muchacho le rebrillaron los ojos, mientras Elvira, con las pestañas bajas, tuvo enredados los ojos en ovillos de lágrimas.

—Por lo pronto, hijo mío, vamos a ver el aniego y ayudaremos.

Manfredo y doña Eustaquia salieron de la estancia, y en el

cuarto callado, se escuchó música de sollozos, como la voz de una marimba lejana.

La tía y el sobrino escucharon y caminaron en silencio; los pasos bordaron el camino con la inquietud que se decía sin palabras...

En el patio ya esperaban los peones aglomerados en deseos de servir. Doña Eustaquia con la linterna de mano, avanzó y se puso a la cabeza de sus hombres, que en multitud, se dirigieron a los lotes preparados.

El campo bañado por la luna, tenía semejanza a un tablero de ajedrez; perfectos eran los cuadros, y perfectos eran los bordos que los separaban, perfectas las pequeñas divisiones por donde pasaría el agua.

Los hombres se pararon diseminándose en los cuadros, y el agua empezó a salir del canal, a llenar el primer cuadro hasta los bordes, y a pasar al segundo. Los hombres, descalzos, con los pantalones hasta la rodilla, remaban con las palas.

Doña Eustaquia se repartía con sus hombres y con las linternas.

Los hombres avanzaban a lo largo de los cuadros, con las linternas en la mano, como luciérnagas. La luna seguía poniendo tonalidad de plata en el agua y los hombres alargaban la sombra, hasta hacerla gigantesca, sobre la tierra removida.

Las horas avanzaban lentamente, y los hombres pasaban de un cuadro a otro, como si se alejaran de la laguna, y el agua les pisara los talones. Otros asemejaban naufragos con las manos

estirando el pantalón, hacia arriba, y el agua alcanzándoles las rodillas; cuadro inundado, y preparado, cuadro dejado atrás, en avance de hombres que con las piernas al aire estaban dispuestos a surcar kilómetros de tierra para luchar con la vida.

El tiempo transcurría monótono, y el agua parecía no avanzar nunca...

Al fin, a las cinco de la mañana, quedó un lote completo anegado, los hombres con los miembros inferiores rígidos de cansancio y de frío, emprendieron la caminata de regreso, afirmando los pies sobre la tierra, por vía de masaje.

Doña Eustaquia, los cabellos blancos al aire, y la linterna en la mano, regresó como siempre a la cabeza de sus hombres. Eran las cinco de la mañana. Se rompió el silencio por la voz tronante de doña Eustaquia.

—Mañana, el otro turno inundará el otro lote; si no se acabala con el agua del canal, se utilizará el agua de las norias.

Los hombres quedaron en silencio, con la cabeza inclinada, mirándose los pies.

En la mañana, de acuerdo con las órdenes, se oyó el zumbido de los motores de las norias, puestas en movimiento, vomitando el agua.

Los hombres, con las camisas empapadas, como si en lugar de los pies se hubieran metido todo el cuerpo en el agua, rindieron su informe:

Había tres lotes anegados.

Eran las siete de la noche.

estirando el pantalón, hacia arriba, y el agua alcanzándoles las rodillas; cuadro inundado, y preparado, cuadro dejado atrás, en avance de hombres que con las piernas al aire estaban dispuestos a surcar kilómetros de tierra para luchar con la vida.

El tiempo transcurría monótono, y el agua parecía no avanzar nunca...

Al fin, a las cinco de la mañana, quedó un lote completo anegado, los hombres con los miembros inferiores rígidos de cansancio y de frío, emprendieron la caminata de regreso, afirmando los pies sobre la tierra, por vía de masaje.

Doña Eustaquia, los cabellos blancos al aire, y la linterna en la mano, regresó como siempre a la cabeza de sus hombres. Eran las cinco de la mañana. Se rompió el silencio por la voz tronante de doña Eustaquia.

—Mañana, el otro turno inundará el otro lote; si no se acabala con el agua del canal, se utilizará el agua de las norias.

Los hombres quedaron en silencio, con la cabeza inclinada, mirándose los pies.

En la mañana, de acuerdo con las órdenes, se oyó el zumbido de los motores de las norias, puestas en movimiento, vomitando el agua.

Los hombres, con las camisas empapadas, como si en lugar de los pies se hubieran metido todo el cuerpo en el agua, rindieron su informe:

Había tres lotes anegados.

Eran las siete de la noche.

El otro turno trabajó de nuevo hasta las cinco, y los hombres, como bestias cansadas, tirados en el suelo de su casa, estiraron los miembros doloridos sin ánimo de abrazar a las esposas.

Otro día, a las 10 de la mañana, fueron entrando uno tras otro, como los borregos que llevan al matadero, en los camiones del rancho, para ir a la votación.

El sol caía sin piedad y hacía redondeles en los sombreros de petate, que ponían sombras siniestras en los rostros de líneas convexas.

Uno tras otro, los camiones acarrearón hombres.

El rancho quedó en silencio, turbado sólo por el palmotear de las mujeres que, inquietas, lanzaban a la canasta los discos blancos de las tortillas.

Doña Eustaquia contempló desde su casa cómo avanzaban los camiones, como elefantes magníficos, perdiéndose en el camino polvoso y sonrió con tristeza; no había nada en el mundo que pudiera detenerlos, eran más ignorantes que los animalitos del campo, y más pobres aún, porque se habían olvidado del instinto.

Dos horas de camino, al fin se divisó el campamento militar, y a los hombres les brincó el corazón de alegría: habían llegado a Torreón, los campesinos, desde la altura del camión, como fieras enjauladas, veían asombrados las calles asfaltadas, las mujeres vestidas a la moda, los hombres de tez pálida y pantalón de casimir.

Avanzaba en línea recta el camión por la avenida Juárez,



y se pasó en azoro de hombres el hospital civil, donde seres como bestias, con las batas al aire, miraban con desesperación a los transeúntes, que no se detenían... Los hombres, en rápida visión, sólo vieron que aquellos enfermos tenían camisa de manta, como ellos, pero un poco más larga; les llegaba a la rodilla, y sin querer, los compadecieron, aunque no comprendían que aquella casa de paredes blancas y de rejas escuetas, fuera el hospital. El camión siguió avanzando por la misma avenida, luego torció por la avenida Morelos, donde estatuas desnudas, hicieron relucir en los ojos miradas de lascivia.

Se detuvo por fin la caravana frente a la plazuela Juárez. Fueron bajándose los hombres uno a uno, y contemplaron el sitio: la plaza Juárez, con la estatua del Benemérito, toda en granito negro; enfrente de la estatua el palacio municipal, con dos leones pomposos a la entrada; entre el palacio municipal y la estatua de don Benito, un kiosko donde estaba de pie un orador.

Los hombres se alinearon, entre la multitud, vigilados por el líder. Se revolvían impacientes, no querían oír. ¿De qué hablaba aquel hombre? De libertad, de justicia, de reivindicación social, de más sueldos, de... el calor insoportable hacía que de los hombres se escapara el sudor en manantial incontenible y los pañuelos rojos, comunistas, limpiaban el sudor y al limpiarlo, con fastidio, parecía que los hombres se sacudían las palabras, que de antemano, por instinto, consideraban falsas...

Los hombres fueron mandados a votar, y desfilaron uno

por uno frente a la casilla, poniendo en la papeleta su cruz. Parecía que esta cruz, como el rip de su hombría, su ciudadanía, de su dignidad... sin saber por qué, se sentían desconsolados.

Después de la votación, allí mismo, calcinándoseles el buen carácter, por la impiedad del sol, les repartieron los lonches de sardinas y barbacoa; por la tarde, uno por uno, subieron de nuevo a los camiones y regresaron, cabizbajos, al rancho. Llegaron al anocher, y ante el camino iluminado por la luna, no tuvieron valor para contemplarse en silencio las caras...

Cuando entraron a sus casas, las mujeres preguntaban tímidamente:

—¿Ya votaste?

Y los hombres, fingiendo suficiencia y satisfacción, contestaron enfáticamente:

—Sí; prepare la cena, vieja, que vengo muy cansado.

La mujer, humilde, caminó en puntillas, y el hombre tieso sobre la piedra que le servía de asiento, se sintió el amo como siempre, y comió tranquilamente a dos carrillos...

## VI

Al día siguiente, doña Eustaquia arregló, con los ojos secos y las manos temblorosas, el equipaje del sobrino, le compró el boleto en la estación, y lo fue a dejar a ella. Manfredo iría a la capital; sería médico, como eran sus deseos. ¿Para qué

era el dinero, pues? La familia caminó en silencio, horadando la tierra las mujeres con sus tacones, y Manfredo, el paso largo del que quiere huir de un lugar que molesta. Llegaron a la estación y el tren se miró a lo lejos, negro, imponente. La tía Eustaquia miró acercarse la máquina; miró el penacho blanco como una pluma de sombrero antiguo, y en sus ojos secos se retrató la conformidad. Elvira, no; Elvira con los ojos relumbrantes en lágrimas, que parecían cristal, todo lo vio empañado; vio en neblina cómo se iba el hermano; vio en neblina los carros verde olivo y la máquina negra; y, como si viniera de muy lejos, el ruido del tren al ponerse en marcha. Cuando regresó a la casa, parecía una sonámbula.

La tía Eustaquia, apresuraba su paso ya viejo, y sus manos sarmentosas dejaban entre sus labios el cigarro de hoja con el mismo gesto ingenuo con que los chicos ponen entre sus labios un silbato. Pensaba: “será médico”. Luego miró distraídamente las norias. Allí estaban con sus motores de potentes caballos de fuerza eléctrica, consumiendo energía que costaba un ojo de la cara a los laguneros. El kilowatt estaba por las nubes. Si los agricultores quisieran, en un año de abundante labor, podrían unirse e instalar planta eléctrica propia, pero no; como en la Laguna la mayor parte de los agricultores son extranjeros, este proyecto no pasaría de quedarse en eso; mientras tanto, que los siguiera explotando yanquilandia, que se siguieran llevando los extranjeros el dinero; que siguieran dominando al país por medio de la dictadura comercial inescapable.

Estas cosas sucedían al agricultor que era propietario como al infeliz que tenía la mala fortuna de convertirse en arrendatario, tenía que pagar sumas exorbitantes, en forma de pago anual, al arrendador, y encima tenía la obligación ineludible de construir norias, hacer mejoras, etc., y todo se quedaba en beneficio de la hacienda al terminar el contrato. Al arrendador no le importaba el mal o el buen tiempo; él tenía que recibir el precio de su arrendamiento anual, sin moverse de su asiento, sin hacer nada más que poseer unos buenos pedazos de tierra para sembrar algodón. Otros agricultores tenían más lotes de los que podían sembrar. Allí estaban los Arrieta, que en un año dejaron cuatro lotes anegados, inmisericordemente, y no los rentaron, porque se les quería pagar únicamente el 15 por ciento y ellos querían el 30 por ciento sin hacer nada, y prefirieron que las tierras quedaran negras, inertes, y los hombres con los brazos caídos, pero la tierra no se sembró, y a ellos no les importó perder unos cuantos miles de pesos, ni les importó un camino que otros no pudieran ganarlos, y que los hombres no trabajaran.

Por otro lado, estaba el problema agrario tremendo. Doña Eustaquia no había tenido huelgas, ¿para qué? Trataba a los peones como hijos, les tenía casas acondicionadas en forma moderna, pero los hombres, de acuerdo con sus viejas costumbres, a pesar de que había sillas, se sentaban aún sobre piedras; esto entristecía a doña Eustaquia. Ojalá algún maestro competente quisiera venir desde México a instruir a sus peones;

contratando los servicios de alguna de las compañías de cemento y haber pagado estas casas en el plazo de cinco años; pero la avaricia podía más que la razón, y los peones seguían desnudos, escuetos, tristes... pidiendo justicia.

Ella no tenía por qué inquietarse, quería poco, y vivía con poco; siempre procuró el bienestar de los demás, porque supo de la inmoralidad de la ambición desmesurada de bienes terrenales, y sabía más por intuición que por cultura, que el mucho poseer cambia el sentido de la vida verdadera en el alma de los hombres.

Sí, que se repartiera su hacienda a sus campesinos, sin distinción, su reparto no sería un fracaso, ella evitaría que fuera semejante al desastre de la colonia agraria de la Goma, donde repartió el gobierno las tierras a quienes no podían laborarlas, a quienes no las amaban; en cambio, el Perímetro Lavin, que no había producido verdaderamente lo que debía, nunca fue repartido, comprándose en cantidades liquidables en el transcurso de los años, entre hombres de actividad y de trabajo, y producía a manos llenas.

Si las autoridades fueran un poquito idealistas, si el presidente municipal y el gobernador del estado ayudaran, las haciendas podrían ser otra cosa que hacinamientos de hombres miserables; pero ni la ciudad misma, a pesar de todo su modernismo, podía ufanarse de mucho; contaba con dos o tres avenidas asfaltadas, largas, como pistas de carreras, con parques pelones de céspedes, con fuentes de aguas legamosas, circundada toda por un anillo de barriadas miserables, infectas, que necesitarían quemarse

ya que la hacienda tenía que pagar al maestro, que éste fuera bueno de verdad; que viniera y les despertara la inteligencia, para que pudieran apreciar lo que les dejaría a su muerte, y aprovecharan como era debido esta herencia: una casa, un lote, un caballo, una vaca...

Ella siempre había creído, como su marido, desde hacía muchísimos años, desde que recién llegaron a la Laguna, que la tierra debía de ser para todos. Nunca tuvieron deseos de acaparar, de atesorar... Su hombre fue lo mismo: un peso, jamás fue sol que le alumbrara la vida.

Vio transcurrir desde un principio la vida en la Laguna, caminando al paso de aventureros entre los que no faltaron hombres de corazón y de nobleza, pero aventureros al fin; vio cómo la ciudad se fue engrandeciendo, y el anillo de haciendas ensanchando; vio cómo los ferrocarriles cooperaron en forma grandiosa a esta riqueza; contempló cómo la tierra devolvió al hombre, con creces, sus esfuerzos; supo del capital repartido en unas cuántas manos y del campesinaje enfermo que clamaba una poca de clemencia, un poco del dar de migajas ricas, un poco del dar, del buen dar, de pequeñez de justicia.

Ahora, los hacendados temblaban ante la labor del gobierno; temblaban ante los líderes; no vacilaban en dar miles y miles de pesos a estos hombres impíos, para arreglar sus conflictos, y sin embargo, les dolía el corazón dar todas estas cantidades a sus campesinos en forma de mejoría para su salud y su vida; en forma de hogares, que bien pudieran haberse construido

para hacer de Torreón una ciudad nueva, con perfiles de ciudad, que sólo de nombre tiene.

Pueblo pequeño, un rancho más, en que a pesar de todo el dinero, no se cuenta con una sola biblioteca, con una sola escuela de artes y oficios, con una cultura ya no sólida, sino siquiera rudimentaria. Ciertamente, la ciudad es joven; pero los gobiernos que le han tocado en suerte han sido desastrosos; los políticos, como los agricultores, tienen sed de dinero. Dinero, dinero, dinero... pero aquí el poderoso caballero, sólo lo es de relumbrón.

Con los hombres de trabajo que cuenta la Laguna, y con un buen gobierno, la ciudad se transformaría en cosa nunca vista, ya que los laguneros dan dinero para todo, como se les pida; pero se pierde miserablemente, como cuando dieron su millón de pesos para que se petrolizara la carretera de Torreón a San Pedro; se dio el millón, se comenzó la obra, pero la petrolización, a pesar del millón de pesos, no se vio nunca...

Administraciones hubo que no hicieron nada, y otras que por toda obra de gobierno dejaron como recuerdo dos fuentes llenas de azulejos horribles, en que el agua se veía en el fondo turbia de tierra. Tanto costaron esas fuentes, que el caricaturista de la ciudad, un muchacho Aranda, con grandes disposiciones, las dibujó en caricatura y, en parodia de cierta canción, escribió:

Dichosas fuentes  
que aunque corrientes

¡ay!, nos costaron  
cincuenta mil.  
El muy ingrato  
se fue, y nos dejó,  
¡ay!, este recuerdo  
qué caro costó.

Pero siquiera este funcionario dejó dos fuentes, otros, ni eso; los balances mensuales que publica en el periódico *El siglo de Torreón*, el presidente, con la confesión más cínica de la malversación de fondos y no importa que el periódico diga todos los días la verdad, nadie oye este clamor, porque todo el mundo pone oídos de mercader. Y es que los hombres de la Laguna aran sus campos, tienen dinero, pero no saben imponerse, exigir responsabilidades a funcionarios ineptos y cínicos. Torreón seguirá progresando con el mínimo de los esfuerzos por la riqueza de sus tierras, y por ser un centro ferrocarrilero de importancia, no por que sus ciudadanos tengan amor desmesurado por el progreso cultural, ni por que sus funcionarios públicos sean ejemplares dignos de aplauso. Torreón seguirá progresando comercialmente, pero culturalmente está en pañales y seguirá estándolo por mucho tiempo. Sus hombres están tan ensimismados en la agricultura, que no hay un centro fabril de importancia en una región que es productora de algodón; la misma manteca de algodón es traída de Monterrey, y en cuanto al comercio, está acaparado



por árabes que no han fundado siquiera un centro de recreo digno de visitarse; se casan entre ellos, hacen sus casas para vivir, y paremos de contar; el español, no; el español, espléndido por naturaleza, tiene su casino, se mezcla noblemente con el pueblo y si va y deja su dinero a España, en viaje de placer, vuelve a la Laguna y muchas veces aquí muere, aquí queda su familia, su espíritu, su dinero. Así pues el capital, casi en su totalidad, es extranjero; queda a los naturales el recurso de la empleomanía, o del campesinaje anónimo. Esta es la principal causa de que la Laguna no tenga perfiles de carácter ni alma propias; la clase media está integrada por empleados, y la clase media culta, integrada por profesionistas, sigue como de costumbre, estancada, abarrotada de prejuicios, todo mundo tiene miedo a decir algo, se concreta a vivir, a comer, a dormir...

Si todos los habitantes del país tuvieran el amor por su patria como los hombres de Monterrey, el país estaría salvado; pero en Monterrey la industria es floreciente porque en su mayoría el capital es mexicano, y todos los habitantes en general son fuertemente regionalistas, no perdiendo esta cualidad ni siquiera cuando dejan el terruño; así es como a pesar de la competencia cercana de Laredo han podido vencer al coloso del Norte y lo han dominado de tal modo, que muchos americanos vienen a dejar su dinero a Monterrey, que cuenta con magníficos alrededores.

En la Laguna hay hombres de trabajo, con cualidades muy grandes, pero el capital es extranjero, y en la mayoría enorme

de los habitantes, falta lo principal: inteligencia y carácter.

A pesar de que la Laguna es rica, gran número de sus habitantes no gozan de riqueza, y por lo general, principalmente en los campos, llevan una vida miserable.

El reparto agrario había comenzado a hacerse. Grandes latifundios se habían repartido, a pesar del disgusto de sus dueños que estimaban injusticia lo que sólo era necesario: repartir el capital, dejar que los hombres tuvieran todos el derecho enorme de vivir, pero a pesar de la buena voluntad del gobierno, fueron redondos fracasos agrarios los de Gilita y la Goma; los agricultores no sólo dieron las haciendas, sino medio millón de pesos para norias, dinero que no se supo dónde quedó, porque las norias no se hicieron, y los campesinos continuaron trabajando estilo jornal, por 1.50 diarios o un poco más, pero de todos modos, no se obtuvo el fin que se persiguió, por la falta de preparación de los que obtuvieron las tierras. Al agricultor no lo hace solamente la tierra.

Como toda obra administrada por el gobierno, el reparto de tierras se prestaba a muchos negocios completamente sucios, y la filtración del dinero, como siempre, incontenible.

No tardaría en estar repartida la Laguna por entero y el problema agrario solucionado; pero eso no era todo, era el principio de una época mejor, si sólo los que manejaban el dinero lo hicieran con honradez.

Mientras que el gobierno sostuviera al agricultor improvisado, todo iría bien, con excepción de que los aperos, administración,

etc., costarían “un ojo de la cara”, ya que entre los empleados del gobierno siempre reina el desbarajuste y el abuso; es indudable que el dinero, al estar repartido en muchas manos, tendría una circulación mayor, pero ¿cuánto tiempo podría el gobierno sostener al agricultor improvisado? ¿A cuántos abusos se prestaría el nuevo modo de distribuir la riqueza? ¿Cuántos apasionamientos serían perjudiciales como antes lo eran los latifundios?

El hombre que siempre ha perseguido el dinero como una de las principales causas de su existencia, torcería cualquier programa y se formarían nuevos latifundios, y surgirían nuevos déspotas del poder y del dinero.

Muchos de los hombres, que fueron viejos trabajadores, quedarían sin empleo, y sin dinero, y en su lugar se instalarían otros con escasos conocimientos y derechos.

Los artículos de primera necesidad ya empezaban a subir, y las cosas tomaban un cariz que presagiaba la tempestad.

Cuando la labor meritoria del gobierno llegara hasta su hacienda, ella ya habría hecho el reparto, con justicia y con cariño, entre sus peones: a los que merecían más, se les daría lo justo; a los más perezosos se les entregaría menos; a los más capaces y con gran número de hijos, se les darían mayores seguridades.

En su hacienda había norias, aperos de labranza, y sus hombres estaban suficientemente organizados para vender directamente sus cosechas; el gobierno se encargaría de mejorar los precios.

Muchos batallarían, como siempre, al contemplar sus campos

lentos de algodón, con la plaga incontenible del gusano rosado, o agotados por la sequía, y si perdían cuando se jugaran sus esfuerzos y sus esperanzas en un albur a jugarlo todo, o a perderlo todo, sabrían decir como los viejos laguneros:

“Puede que’lotro año...” Y con la misma fe, volverían a volcar su corazón sobre los campos; y si ganaban dirían de todos modos, esperando el año mejor, la eterna frase optimista de la Laguna: “Puede que’lotro año...” “Puede que’lotro año llueva más.” “Puede que’lotro año levantemos mejor cosecha.” “Puede que’lotro año suba el precio del algodón...” “Puede que’lotro año...” ¡Mientras haya laguneros, siempre se tendrá a flor de labio esta frase, se jugará la vida entera en un albur a ganar o a perder, y se morirá de pie, pero luchando.

Si faltaban hombres, siempre quedarían mujeres, mujeres de la Laguna con el corazón bien puesto, en las que no se podía desmentir la herencia valerosa de aquellas que acompañaron a los viejos *pioneers* laguneros en sus luchas tremendas y en sus triunfos clamorosos.

Los pensamientos de doña Eustaquia fueron interrumpidos por los gritos de uno de los peones.

—¡Mi ama!

—¿Qué?

—Allí en el jacal de los López, que una mujer se desangra.

Doña Eustaquia caminó a pasos largos y entró al jacal donde la mujer, tirada en un jergón, con estoicismo nacido

de la inconciencia, veía fluir su sangre, sin que se moviera uno solo de los músculos de su cara.

Los López eran de las familias que no pertenecían al rancho, de las que venían en tiempo de abundancia, en tiempo de pizca, a la Laguna, por eso no tenían casa propia como los demás campesinos.

Doña Eustaquia con la piedad retratada en el rostro, ordenó:

—Prepara el camión, que se lleven a esta mujer a la ciudad, al sanatorio y que se le cure rápidamente.

Los campesinos se miraron atemorizados. Temían al médico y al sanatorio; para estas pobres gentes, poco acostumbradas a curar sus enfermedades en forma científica, significaba demasiado ir a un sanatorio, donde se prohibía la visita diaria y en donde en muchas ocasiones, sólo se les entregaba el cadáver de los seres queridos.

Temían al médico y al sanatorio, y tenían razón en temer. Obligados por la Ley del trabajo, los hacendados tuvieron que dar médico y medicinas al campesino, y para lograr esto en la forma mas económica posible, firmaron igualas con los sanatorios de la ciudad; igualas miserables que materialmente, por mucho que lo deseara el médico, poco servicio podían dar en pagas tan raquílicas. En casi todos los sanatorios se obsequiaba el trabajo del médico, y mal se cobraba por la curación de los campesinos enfermos; pero no podía ser de otro modo. Ninguno de lo hacendados había propuesto jamás que se instalara un sanatorio con todos los adelantos modernos,

con médicos exclusivamente dedicados a los enfermos de las haciendas, bien remunerados; en todas las haciendas se cuidaba escrupulosamente del ganado más de lo que se cuidaba de los hombres.

Doña Eustaquia pensó que ella también había cometido ese pecado, el de firmar una iguala, pero poco podía hacer ella sola, aunque haría algo. Al recibirse su sobrino de médico, como era hombre de corazón, podría instalarse aunque fuera un pequeño sanatorio donde los campesinos de su hacienda tuvieran lo que necesitaran para su mejoramiento.

En el hogar de los López, los hijos de la enferma la lloraban, anticipadamente, como muerta.

A lo lejos, entre el polvo, se perdía el camión como un carro fúnebre...

## VII

Los enormes tableros de los campos se veían como delicioso jardín. El algodón abría sus copos en forma de polvera femenina. La tierra producía, a pesar de que en 105 de los ranchos existían huelgas por la falta de voluntad de los patrones de firmar los contratos colectivos de trabajo, a pesar de los líderes explotadores de la ignorancia del campesino, a pesar del egoísmo del hacendado, de la ambición de los acaparadores, ¡a pesar de todo!

La ciudad estaba toda de fiesta. El comercio cobró nuevo brillo, y por las calles asfaltadas de Torreón, se veía desfilar la enorme caravana de labriegos venidos de lejanas tierras —de Zacatecas, de San Luis Potosí, de Durango— a las pizcas de la Laguna, a la bonanza que inundaba la Comarca, como si cada planta de algodón fuera un costal de plata.

Entraban a la ciudad las caravanas de campesinos sucios y montados en burros, en *troupes* tristes de familias enteras; tras el marido, seguía la mujer taciturna, y luego los chicos.

Atravesaban la ciudad, y se internaban en la carretera gris como sus vidas; luego se desparramaban en las rancherías instalando sus casas compuestas de ramas; a veces parecía casi irónico que junto a la carretera, por donde pasaba elegantísimo y moderno automóvil de marca conocida, se abriera en flor de miseria una choza primitiva, por cuya puerta asomaban sus caras sombrías, dos o tres chiquilines descoloridos, y cuya última visión era una mujer con el vientre grávido, hincada por los siglos, en plan de hacer tortillas...

Allí estaba la realidad; el automóvil poderoso, propiedad del hacendado; la mujer parte representativa y dolorosa del campesino, eternamente hincada sin deseos de levantarse, nunca de caminar...

También llegaban a los ranchos cómicos de la lengua que instalaban carpas, circos trashumantes en que desde la ropa miserable, hablaban de tragedia.

Pero ese año de sindicalizaciones, no hubo pan para los inmigrantes.

Los campesinos sindicalizados se pusieron de acuerdo para no dejar trabajar en la Laguna a aquellos miles de hombres necesitados, porque no se deseaba que todo aquel dinero saliera de la Comarca eso, en realidad, era relativo, ya que los fuereños, compuestos en su totalidad de familias necesitadas, dejaban gran parte del dinero ganado en los comercios de ropa y comestibles.

La caravana se quedó largos días, cruzada de brazos, en estoicismo sombrío, y los hombres y las mujeres y los niños que emprendieron la aventura en busca de trabajo se quedaron sin qué comer, porque al dejar sus casas, lo hicieron en forma desprevenida en absoluto, y en la confianza de que al llegar a la Laguna, por la abundancia de pizcas, no escasearía el trabajo.

El gobierno se encargó de recoger a toda aquella carne miserable, y embarcarla en carros del ferrocarril, como ganado mansurrón, hasta las cercanías de sus pueblos y se vieron los trenes pletóricos de gente miserable, acabada, con el sello del hambre retratada en el rostro.

En la Laguna, los sindicatos manejados por políticos y por líderes tomaban auge. Lo campesinos incultos, aunque trabajadores, al no encontrar mucho de lo que se les hablaba, cometían abusos, que no son más que la locura de la libertad, ganada a base de tanto esfuerzo, como años cruentos de



revolución en que se desparramó mucha sangre hermana; pero todo tomaría su cauce normal y los campesinos con la ayuda de la escuela tendrían no sólo pan material, sino intelectual, y surgiría la raza del futuro, fuerte, poderosa y audaz.

Los tableros de los campos seguían inmóviles; sólo los peones daban “jaque al rey”, al implantar las banderas rojinegras en todas las rancherías y pedir más salarios, contratos colectivos, etc., que los hacendados concedían de mala gana y después de mucho pensarlo, días enteros, en que sufrían enormes pérdidas por su falta de decisión y su poco deseo de hacer justicia.

Lo hacendados seguían tercios y los líderes seguían embolsándose dinero, pues los hacendados esperan todo del líder, que prometía arreglar la situación inarreglable si no era por la vía de la justicia, por la justicia, porque si en todas las ramas había merodeadores del idealismo, este idealismo no podía morir, como no ha muerto, porque el que lo encabeza es un hombre justo, un hombre que ha hecho de su vida un apostolado de sinceridad, como lo es el hombre que vive la vida del general Cárdenas, presidente de la república de México; no importa que los líderes, que los caciques de los pueblos pequeños, que los empleados políticos sigan siendo tan voraces como antaño, lo importante es que la obra no se destruya y que a pesar de todo, siga adelante.

En muchas haciendas y ante la premura de la pizca, se accedió a la petición de los peones y comenzaron los trabajos.

Las familias trabajaron y recogieron su dinero, y en la mayoría de las haciendas corrió el dinero como de costumbre: a montones.

Doña Eustaquia hacía la raya personalmente. Se colocaba con su dinero, en una mesa, y miraba la lista de sus peones con los jornales que habían devengado. Los peones, en fila de uno en uno, como se acostumbra, pasaban dando su nombre y recogiendo lo que les pertenecía.

Cuando acabó la “raya”, doña Eustaquia les hizo seña para que no se fueran.

—¿Continúan comprando en la tienda de Anselmo?

—Sí, mi ama.

—No comprarán más.

—¿Por qué? Allá nos fian.

—Si, y se les cobra a un precio muy caro. Cada domingo podrán ir a Torreón a abastecerse de lo que necesitan, o mejor, llamen a Anselmo.

Llegó éste entre dos peones, y se quitó el sombrero respetuosamente.

—¿Para qué me quería usted?

—Para decirle que, desde hoy en adelante, venderá a mis hombres las mercancías al precio que se expenden en la ciudad.

—Pero eso no es posible.

—¡Y tanto! Continúa usted con una costumbre que hace mucho debería estar abolida; en todas las haciendas las tiendas de raya están prohibidas, pero siguen a mansalva, como la

venta de licores, como la parcialidad del juez, como tantas otras cosas, explotando la ignorancia del campesino; en otras haciendas, la tienda de raya sigue siendo explotada por el hacendado, o se le da como una concesión al rayador o alguno de los empleados de escritorio, para que obtenga utilidades despiadadas que no le puede conceder el patrón por méritos propios. Desde hoy aquí cambiarán las cosas; yo nunca le he hecho a usted concesiones de esa naturaleza; pero usted ha abusado por su cuenta y delante de todos mis muchachos quiero que sepa que le prohíbo terminantemente la explotación de los campesinos, de lo contrario, pondré una tienda en cooperativa, y aquí nadie carecerá de lo indispensable; quiero prevenirlo, porque como usted tiene su negocio, y tiene necesidad de él, no quiero perjudicar a hombres de trabajo, tampoco; pero sí deseo beneficiar a todo mundo, con cosas justas.

Anselmo se alejó y al dar los primeros pasos escuchó una frase más de doña Eustaquia:

—¡Ah, se me olvidaba, y nada de cobrarles réditos, cuando le pidan fiado. Más bien dicho, le prohíbo que les fíe; es la única manera de no hacerlos olvidarse que tienen que llevar su dinero íntegro a su casa.

—En cuanto a ustedes —exclamó, dirigiéndose a los campesinos—: como yo ya estoy vieja, dentro de un mes les cederé la hacienda, con todo y la escuela agrícola necesaria para que se instruyan no sólo ustedes, sino también sus hijos.

Los peones dieron gritos de alegría, y antes de que doña Eustaquia pudiera evitarlo, la levantaron y, colocándola sobre sus hombros morenos, la llevaron en paseo triunfal por los caminos del campo, exclamando uno de los muchachos que iba cerca de ella.

—¿Ya ve mi ama? La pasean como si fuera san Isidro.

Doña Eustaquia rió gozosa y se acordó, con los ojos empañados en lágrimas, de aquellas procesiones que en tiempos de sequía hacían los campesinos encabezados por su marido, con la imagen del santo patrono de los agricultores en gira silenciosa y cansada por todos los ranchos; se acordó de aquellas danzas en que bailaban los hombres tocados en forma pintoresca, días enteros hasta que los pies se abrían en sangre de cansancio...

A veces surtía efecto la fiesta y la oración, pero otras, que era la mayoría, el cielo permanecía mudo a la procesión y a la danza...

De todos modos, el recuerdo la enterneció, y la costumbre olvidada, desde que había norias y el agua no hacía tanta falta como antes, la hizo pensar que, al comparársela con el santo patrono, la hacían sentirse, no santa sino quijotesca.

La masa de hombres del campo caminaba, y doña Eustaquia llevada en hombros, sólo sabía reír y llorar.

Al llegar al umbral de su casa, su sobrina la esperaba con una carta en la mano; era de Manfredo.

Como si aquella carta fuera una paloma con la rama de olivo, doña Eustaquia la encontró casi simbólica, en su

blancura; y ante la expectación de los campesinos, la rasgó y desplegó las carillas blancas, como si fueran alas.

Había escrito a su sobrino el proyecto de instalar un sanatorio con su ayuda, y al leer la respuesta, su rostro se iluminó de alegría.

—Otra nueva —gritó.

—¿Cuál?

—Tendrán aquí en el solar que está en las afueras del rancho, y que he mandado rodear de pinabetes, un sanatorio moderno, y mi sobrino será el encargado de dirigirlo. Ya no irán a la ciudad, ya no irán a los sanatorios de la ciudad; en éste tendrán no sólo medicinas, sino gimnasio y sala de lectura.

La noticia ésta no provocó tanto entusiasmo. El campesino que odia el agua, sabía lo que esto significaba; baño forzoso, medicación forzosa, tener que acudir a conferencias, gimnasio... Todo esto los desconsolaba, pero por no contradecir a la vieja, que era algodón de primera, lo harían todo, hasta lo imposible, y jamás le plantarían la banderita rojinegra. En su hacienda estaban eliminados los líderes...

—¿Cuándo se realizarán sus sueños, mi ama?

—Pronto, Fernando, pronto; el chico ha resultado más aplicado de lo que pensaba, y está doblando años. Terminará la carrera en forma rápida; parece que tiene talento.

## VIII

Aquel día doña Eustaquia estaba feliz. La escuela tipo se había terminado, y el sobrino había escrito que se había recibido de médico. Ya podía morir cuando Dios lo quisiera, su obra estaba casi terminada.

Había que ir a la estación. Ya no pudo, como antaño, marcar el camino terroso, con la huella redonda y precisa de su tacón ya no pudo siquiera ir a caballo; el automóvil, ante la puerta de su casa, la esperaba con la portezuela abierta como una mano tendida.

Dos de los hombres la llevaron casi en brazos hasta él.

Los campesinos alegres, bañados en el polvo que dejaba el automóvil al internarse en el camino, exploraban la distancia, con los pies y con los ojos, devorándola.

Al fin, la masa como un solo hombre, se detuvo en la estación, y cuando de ella bajó el hombre alto, moreno, de ojos verdes, que era Manfredo, 100 manos no lo dejaron caminar, lo alzaron, lo llevaron en hombros, como a la tía, hasta las puertas de su casa. Toda la alegría se sintió turbada cuando tía y sobrino, al penetrar en la casa, encontraron a Elvira con los ojos muy negros, enrojecidos.

—¿Qué te pasa, di?

—Es de alegría.

Pero algo hubo en su mirada, preñada por no se sabía qué

pasiones, que hizo que el ambiente se sembrara de inquietud, que no floreció en el silencio.

La comida fue triste. En la sobremesa, la tía Eustaquia habló ampliamente de los proyectos. La escuela tipo ya estaba construida; faltaba la construcción del sanatorio.

—¿Traes el proyecto, como te lo encargué?— Manfredo extendió sobre la mesa el plano y la fotografía de una clínica moderna, amplia, perfectamente distribuida que, aunque no lujosa, tendría todo lo necesario para prestar un servicio apreciable e higiénico.

—Esto costará...

—Hijo, no me digas cuánto cuesta, tenemos bastante dinero para sostenerla y para instalarla. Además, pienso que los campesinos deben cooperar cada uno con algo para ayudar al sostenimiento de este sanatorio que les prestará servicios; y que en la hacienda se debe implantar una caja de ahorros. Manos puras, Manfredo. No es la humanidad la ingrata; es que si en algún momento la humanidad olvida, ha sido porque no supimos darnos como ellos nos lo pidieron. La multitud es como las mujeres: saben por instinto quién las ama; pero son también como las mujeres, en el sentido de que desean una personalidad muy fuerte como cabeza, y aman la superioridad física, no solamente la superioridad intelectual. Si tú eres un hombre de valer moral, todo está arreglado, seguirás siendo el jefe. Es posible, casi seguro, que lo seas, como lo he sido yo, por... ¡ay!, déjame ver, voy a cumplir mis bodas de oro en

este rancho... y a pesar de mi vejez, todavía se me obedece. Además, hay que dirigir a los campesinos, entre ellos hay hombres de trabajo, de esfuerzo, pero son agricultores, no hombres de negocios. Yo te enseñaré todas estas martingalas de los negocios y tú a tu vez se las enseñarás a ellos: no basta laborar la tierra, hay que vender la cosecha. Para mantener precios y librarse de los acaparadores deben unirse, deben igualar precio, no sólo los de esta hacienda, sino todos los de las haciendas circunvecinas. Hay que mejorar la industria: en la Laguna todavía hay muchas ramas vírgenes que pueden explotarse por las mujeres: la apicultura, la vinicultura, las fábricas de hilados y tejidos; es sorprendente que en el mejor centro productor de algodón de la república haya la más mala fábrica de hilados; la fábrica más pobre; realmente, se debe carecer de fe en todos los negocios ajenos a la agricultura; por que son muy pocos los que los emprenden.

—¡Que amplias ideas tiene usted, tía!

Los ojos de doña Eustaquia miraron a lo lejos, y murmuró sonriendo:

—Siempre he sido una idealista y una imbécil; pero no podría arrepentirme ni aunque me lo pidiera Dios.

Sus ojos se fijaron al fin en las paredes del cuarto y en los ojos de la sobrina, que refulgían como brasas en la obscuridad, fijos en los labios de Manfredo. La tía desechó el pensamiento como una blasfemia pero desde ese instante cuidó de los ademanes de su sobrina celosamente. Había que salvar a aquellos



muchachos. Por las noches los encontraba a veces en el corredor, murmurándole Elvira en el oído a Manfredo cosas que la tía no podía escuchar. La devoción de la muchacha pasaba el límite normal de las relaciones entre hermanos. Manfredo, no parecía darse cuenta de esto; se dejaba querer, traía hambre y sed de cariño después de los años de ausencia de la casa.

El hospital comenzaba a levantarse; en la escuela ya había maestros traídos de la capital, bien remunerados, y Manfredo y la tía Eustaquia hacían frecuentemente viajes a la ciudad, para proponer el sostenimiento de una escuela tipo a todos los agricultores. Ninguno parecía escuchar, todos juzgaban loca a la pobre vieja, y sólo al final, los resultados obtenidos en la hacienda podían ser el mejor argumento.

Manfredo había convertido en consultorio dos de los cuartos de la casa grande de la hacienda, donde se recetaba gratis. Elvira ayudaba y sólo ojos observadores veían cómo sus finas manos estremecíanse al tocar las manos del médico y cómo su mirada se hacía honda y sus labios temblorosos.

Cuando quedaban solos ella se ponía pálida hasta parecer agonizante, tanto era así, que él un día le preguntó:

—¿Hermana, te sientes mal?

Ella denegó, con la cabeza, y trémula, cogió su bolsa y casi escapó corriendo. Manfredo se quedó parado, pensativo, y creyó que la muchacha estaba enamorada; pero ni por un instante se le ocurrió la idea monstruosa de que Elvira lo amaba a él.

Pero fue otro día que se quedaron solos y en que se hallaban agotados por el cansancio, cuando ella pasó sus manos por los cabellos de él, y su caricia se detuvo, se hizo larga, se arrastraba, perezosa, insinuante, cálida.

Después, sus labios se detuvieron con delectación en las mejillas.

Sin saber por qué, Manfredo se sentía molesto, y se levantó, quedando los dos de pie. Tan alto el uno como la otra, y la boca de él, frente a los ojos de ella, como una tentación.

Pudo más la atracción, y sin medirlo, sus labios se alzaron y se juntaron con los del muchacho, en forma irrefrenable, de hembra en celo. Horrorizado, ante aquel beso que no era de hermana, él se desasíó, la alejó de sí, cogió sus manos entre las de él, como dos tallos frágiles y le sepultó sus miradas en la conciencia.

La muchacha sollozaba, pero al mismo tiempo sus ojos brillantes y sus labios ya no trémulos, sino firmes, le gritaron:

—Sí, te amo, te amo, te amo. Contra todo y contra todos. La hacienda será nuestra, la vida será nuestra, ¿lo oyes? ¡Nuestra!

Manfredo triste, con el cansancio en el alma, se alejó despacio, por la estancia, mientras oía la voz de la apasionada gritarle su amor, como un martillo que caía sobre su alma, y le desbarataba la existencia.

De pronto, él agigantó el paso, le daba asco aquello, aquello que como un monstruo terminaría con sus sueños. El

pensamiento de la huida llegó a él, como un grito de misericordia por su hermana, por él y por su tía. Con aquello no contaba ella. ¡Con aquello, no! Qué cosas de la vida, floreciendo de aquel modo, en forma materialista, incontenible, desbaratándoles los sueños idealistas, de muchos años de aventura.

Su paso agigantado devoraba distancias; junto a él la mujer con las ropas ciñiéndosele en el cuerpo por el viento del campo, se prendía de su brazo, gemía su delirio, que él ya no escuchaba.

—Te amo. Tú no te irás, ¿verdad? Te quedarás aquí conmigo. Ya solamente somos los dos. ¿No te gusto? ¿No me quieres? ¡Qué importa que seamos hermanos! Los que nos engendraron por primera vez en el mundo, también deben haberlo sido. La humanidad siempre se ha compuesto así, de cosas que son como la vida: dulces y amargas. Nada podrá separarme de ti, nada ni nadie. Si te vas seguiré tu huella y me asiré a tu mano, que no osará aventarme lejos de tu vida, porque si tú no me amas, lo gritaré a los vientos, se enterará la gente, diré que me besaste de otro modo, que has sido mi amante, que me has violado, que me has tenido entre tus brazos; y la gente te verá como a un monstruo de maldad; mientras que si me quieres, ocultaremos nuestro amor, nos querremos los dos para nosotros solos; será más bello este amor que ningún otro, porque de él sólo sabremos nosotros; ya hay una especie de mixtificación cuando el amor que dos se tienen lo aprueban todos. El amor sólo les importa a dos, y dos deben tenerlo, y dos deben saberlo, y dos deben disfrutarlo.

Manfredo seguía adelante, horrorizado. Le parecía que nunca llegaba a la casa, que nunca podría hacer sus velices, que nunca podría alejarse y necesitaba hacerlo. Venir desde tan lejos, acariciando un ideal y desbaratarlo esta cosa pútrida era como para renegar de la vida.

—¿Por qué no me hablas? ¡Una palabra de rechazo o de atracción, pero una palabra! Te quedas mudo, ¿no es cierto? Eres un canalla. Has visto cómo la vieja tenía sus locuras, y te has aprovechado de ellas. No pensaste nunca sino en ti: te has metido a todos en el bolsillo, has dominado, todo será tuyo, la hacienda, la escuela, el hospital, el dinero, y yo viviré junto a ti, como arrimada, ¿no es cierto? ¡Te equivocas, te equivocas! Desbarataré tu obra, o sé mío, un día, una noche, ¡un instante!

Ahora ya no caminaba junto a él prendida de su brazo, sino que tropezaba, y su pecho agitado por la carrera de su paso parecía una ola gigantesca.

—No se realizarán tus sueños, ¿sabes? No se realizarán. Gritaré a todos que me amas, y si es preciso que te odien, me mataré para que te vean con horror.

Manfredo respiró con alivio; entraban a la vereda de árboles que conducía a la casa grande. De pronto, de entre los árboles surgió la figura imponente, aunque encorvada, de la tía Eustaquia. Sus ojos lo miraron todo, lo adivinaron todo, lo supieron todo, porque lo esperaban desde hacía mucho tiempo. Miró a Manfredo pálido con la frente perlada de sudor, y detrás

de él, agitada, pálida también, pero con los ojos brillantes y los labios desgarrados por la sed de palabras y de besos amantes que se olvidaron de todo y le dijeran todo a Elvira, hecha mujer ya, desconocida, transformada por aquella pasión imposible que le amargaba la vida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó doña Eustaquia.

Manfredo no contestó, siguió devorando el camino, pero la muchacha se paró en seco, asombrada por un instante de ver surgir ante ella aquel obstáculo que ella había temido; pero sólo fue un minuto. Luego se irguió la hembra, la mujer, y dispuesta a la batalla, que sabía perdida, sus ojos persiguieron, atraparon al hombre que se perdía en la distancia, y ante la mujer que la observaba, con los ojos duros en desaprobación, pensó en matarle, de un golpe, toda la grandeza de sus sueños, amargada contra todos los que que le destrozaban la vida.

—¡Me ama! ¿Sabe? ¡Me ama! Dejaremos el rancho y nos iremos lejos. Todos sus sueños estúpidos de vieja loca se quedarán aquí y se convertirán en hiedra inútil. No habrá nadie que la secunde. Manfredo ya no podrá escucharla. Ahora mismo va a hacer sus velices y me llevará consigo: ¡me ama!

—Pero si es tu hermano, ¿cómo puede amarte?

—¿Se horroriza, no? Pues sí, me ama. No con amor fraternal, sino como un hombre ama a una mujer; y yo también lo amo, con todo mi sexo y con todo mi espíritu. Hoy he conocido el amor, ¿entiende? ¡Lo he conocido!

—¿Cómo? —la exclamación casi fue un grito. La tía

Eustaquia, por primera vez, sintió el terror de la vida paralizarla, consumirla. Pero luego se rehizo; ella conocía bien al muchacho y no podía ser. Era ella, ella...

—Mientes —gritó—, mientes.

—He sido suya, he sido suya —gritaba Elvira, como si cantara un estribillo—, y si me muero, nada podrá evitarlo, he sido suya; sí, lo amo tanto que si muriera, mis manos arrancarían mis párpados para mirarlo antes de que se comieran mis ojos el polvo y los gusanos.

La tía Eustaquia temblaba, temblaba; de pronto, su grueso bastón se alzó, rompió el aire como un látigo y cayó de golpe sobre la mujer, partiéndole en dos la cabeza. El cuerpo alto, esbelto, cimbreado, se dobló poco a poco, como un tallo.

La tía Eustaquia con los ojos secos, contempló a la muchacha sin pasión; junto a ella, sintió que otra humanidad estaba muda, desafiando al destino. Volvió la mirada y contempló a Manfredo, que la sostuvo en sus brazos, para que no cayera.

—¿No era cierto, verdad?

El hombre negó con la cabeza, y doña Eustaquia respiró con calma. No se pudieron decir una palabra, por muchos instantes; en el sendero polvoso, las ropas de la muerta se distinguían como si fueran una sábana que había replegado el aire; los velices de Manfredo semejaban dos tortugas inmóviles, negras, y la mujer y el hombre, unidos por la pena, se confundían en la sombra, como si fueran el tronco de un árbol bello, que no tuviera una sola rama para cortar el firmamento en forma horizontal.

Allí permanecieron unidos hasta que las luces de la mañana limpiaron la mente de dudas, que la conciencia estaba clara.

—Llévame ante el juez, muchacho.

—Pero, tía, arreglaremos esto de modo que se ignore siempre.

—Calla, tonto. Nunca he sido cobarde, me lo enseñaron en mi casa, y después perfeccionó mi marido en mi alma la ciencia de vivir, que consiste en ser sincero consigo mismo; lo demás, está en segundo término. Llévame ante el juez, ingresaré a la cárcel. No importa que me manden a presidio, mi obra ha sido justa, te he salvado y he salvado mi obra, tú continuarás aquí, no te irás, yo hablaré a los campesinos. Las dos éramos las que debíamos desaparecer; yo por vieja; ella, porque su amor era un amor de pecado. Tú continuarás, porque la vida que he creado no puede detenerse; moriré yo, pero no morirá mi obra. Llévame a la cárcel, me mandarán a presidio por haber matado una víbora.

La tía Eustaquia quedó en silencio, y luego murmuró como si rezara:

—Por haber matado una víbora.

## IX

La hacienda, toda en asombro, supo del crimen. Para los campesinos, aquello no tenía nombre. Pero era indudable que ello había tenido

lugar por algo. Luego, como todo, se pensó lo peor. Se creyó que la tía Eustaquia había perdido la razón y que aquel crimen que ellos estimaban sin nombre, era producto de una mente cruel y de un corazón que abrigaba los sentimientos más negros.

El pueblo olvidó todos los favores que debían a la mujer que supo ser compañera en sus penas; el pueblo olvidó los beneficios recibidos y la mujer que gastó su juventud y su fuerza en un apostolado, a su paso no miró sino ojos que se cerraron con el deseo de no verla; y cuando su espalda ya había dejado detrás las cosas que significaron su vida, oía el murmurar que, como un río, iba creciendo...

Llegaron ante el juez y doña Eustaquia, de pronto, comprendió que toda explicación era inútil. Una amargura intensa, horrible, como no la había sentido nunca, se apoderó de su alma. A las preguntas, sólo contestó que ella era la que la había matado.

—¿Pero, por qué?

El silencio se rompió por la voz de Manfredo tensa en desesperación.

—Si no habla usted, hablo yo.

Cuando al fin, en un ánimo ardiente de salvarla, lo dijo todo, contra las protestas de doña Eustaquia, el juez no lo creyó. La gente suspicaz sospechó de él; no pensaron que lógicamente la avaricia no había sido el móvil de aquel crimen, porque la mujer, en su apostolado de mejoramiento, lo había dado todo, lo había repartido todo. El pueblo chismoso hizo del crimen una leyenda y en su empeño de no ver, todos juzgan... e inventaron



las cosas más ilógicas, las cosas más tremendas, las menos creíbles, pero que todos aceptaban sin examinar, sin defender, sin discutir, con una inmisericordia que hacía que los ojos de doña Eustaquia, que nunca supieron ser lavados por lágrimas, tuvieran de éstas empañada la vista.

—¿Y quiere usted que me quede, tía? Todo está perdido, todo está roto. ¿Qué, no lo ve usted? Si les sacrificó su vida y ahora no tienen misericordia cuando usted tanto la necesita, si no comprenden, si no juzgan, ¿qué esperanza ni que dicha quiere que tenga mi corazón para quedarme y amarlos?

—Yo los amo aún.

—Pero yo no puedo. No quiero amarlos.

—La obra debe continuar; sólo enseñando al hombre a vivir y a mejorarse sabrá juzgar y tener misericordia; sólo enseñándole lo que es tener corazón, sabrá darse cuenta de que por él vive.

—¿Y usted? ¿Qué ganó con dilapidar su corazón? ¿Qué ganó con su sentido de humanidad? ¿Qué ganó? ¡Qué ganó!

—Por Dios, no digas tonterías. Cuando hacemos un bien no pensamos, yo al menos nunca pensé que aquel bien se me agradecería; pensé que encontraba un gozo puro de hacer vivir a los otros con una poca de mi vida; fue como si este don de la maternidad que se me negó, se hubiera extendido a todas las cosas, y he visto en cada uno de estos seres, un hijo, un hijo mío, que como todos los hijos, cuando se han enseñado a caminar, tienen que abandonarme y recorrer su mundo.

—Pero yo no puedo estancarme aquí. El recuerdo de usted

en la cárcel será horrible. No podré amarlos como los amaba. Su ingratitud podrá más que mi razón.

—Los amarás, si comprendes. Comprender, es casi perdonar; tolerar.

—Pero, ¿cómo quiere usted que tolere esto, que es intolerable?

—Cuando hagas una obra, no te acuerdes de las piedras que quedaron en el camino, ni de los ingenieros que la llevaron a cabo; ni tú ni los demás se acuerdan de esto, pero la obra está allí, imperecedera, haciendo justicia al deseo del que la llevó a la práctica, en una realidad que supera a la ingratitud. Te quedarás aquí, engrandecerás la hacienda; yo soy la piedra que me quedé en el camino, y señalo la ruta. Elvira fue la equivocación. Tú, sé el símbolo y más que el símbolo, sé la realidad. Todo en la vida tiene su precio, y esta cosa viva que tuvo perfiles de tragedia era el precio justo que teníamos que pagar al encerrar a esa muchacha en un medio que no podía ser el de ella. Su furor erótico no encontró otro hombre de selección más que tú; se tenía que morir, porque era lo necesario; a mí me eliminará la muerte dentro de poco... tú quedarás y haz obra olvidándote de ti, volviéndote impersonal, puro de alma y de cuerpo, sé de cristal, no de fierro...

El juez interrumpió a la tía y al sobrino, y con un ademán en el que no había respeto, sino un poquito de horror, le comunicó que se le trasladaría a Torreón, para ser encarcelada por lo que le quedara de vida.

Manfredo ahogó un sollozo. Doña Eustaquia, impasible, sólo

murmuró: “Sea por Dios”. Su cabeza doblada se irguió en conformidades de tranquilidad increíble, y preguntó en un suspiro: “¿Cuándo saldremos?”

En sus labios tristes y marchitos aquel: “¿Cuándo saldremos?”; así tenía la insinuación de una partida como tantas otras, como aquellas múltiples que emprendió a la ciudad, para, en pelea por una existencia mejor, dignificar la vida con acciones que no serían perecederas.

El juez, sin saber la causa, se sintió un poco avergonzado y también, como en un suspiro, sólo murmuró: “Mañana”.

Al día siguiente, doña Eustaquia, las esposas en sus muñecas delgadas, subió al camión de la hacienda, sin que una sola mano amiga revoloteara cerca de ella con misión de paz y de amistad. La mañana gris y lluviosa le azotaba el rostro, en caricia de lágrimas. De sus ojos verdes se perdió la fotografía de los campos. Todo lo veía a lo lejos, vago con tristeza de inutilidad y de fracaso.

Su sobrino, parado junto a ella, mudo, no pudo alzar en altivez la frente: lo agobiaba la tristeza.

El camión comenzó a rodar por el camino, despacio, muellemente; la mujer y el hombre parados atravesaron la distancia, y de las casas cerradas asomaron caras curiosas y hostiles, pálidas y tristes, sin que alegrara sus labios una sonrisa ni de amistad ni de desprecio. Los perros del rancho, flacos, hambrientos, rompían el silencio de la mañana con sus ladridos.

Doña Eustaquia no tenía valor para hablar. Cada hogar tenía

algo que deberle. Muchos de los chicos del rancho eran sus ahijados. A numerosas de las ancianas las había acompañado el día de sus bodas, en calidad de madrina.

¡Cuántos, cuántos de ellos acudieron en horas de amargura a pedir protección, a pedir dinero!...

Todos eran sus hijos y la abandonaban; no le importaba la cárcel ni el morir lejos de la hacienda, que era como renunciar y renegar de toda su vida; sino que de aquella vida, no quedara ni un alma para alegrarle la ausencia.

El pueblo hosco, se quedó en silencio... En las afueras, donde comenzaban los sembrados, alzaban las paredes de cemento del hospital...

En la distancia se perdía la escuela. Ante la vista se extendía el tablero de los campos, blanco, como un sudario; y en ese instante, doña Eustaquia agonizó en su alma y en su moral; allí quedaba su vida; bajo el sudario de los campos, su alma había muerto para siempre, pero resucitaría en sus obras.

Lejos, divisó a los peones...

Cuando llegó a la ciudad, cuando las rejas de la prisión se cerraron y su sobrino cruzaba ya el umbral que lo retornaba a la vida ordinaria, oyó el grito de doña Eustaquia:

—¡Manfredo!

Volvió la cara, asombrado, y retornó, como retorna el pensamiento: rápidamente.

—Sigue mi obra, no importa que yo me muera; no importa que esté en la cárcel: no importa que ellos no comprendan.

Después de la pizca, prepara la tierra. ¡La vida no puede detenerse; somos nosotros los que, inútilmente, queremos siempre detener a la vida!

FIN

---

Versión tomada de Magdalena Mondragón, *Puede que 'lotro año...* (*Novela de la Laguna*). Editorial Alrededor de América, México, 1ª edición 1939.

*SI MIS ALAS NACIERAN*

## No me dejes, amor

No me dejes, amor, que estoy viviendo  
esta fluidez de sentimiento puro;  
luz convertida en ligazón perfecta,  
coral de tu sonrisa en la paloma  
de mi palabra esperanzada y cierta;  
calla mi labio enmudecido a todo  
ante el asombro de tenerte cerca.  
Si es cierta la distancia, ésta no existe  
en el color que señaló la aurora,  
y así la gracia me besó en silencio,  
tan dulcemente, que ignoró, su fuego.  
¿En dónde estás? En todo: en amaranto  
de emoción que convivo en los misterios  
de las estrellas que durmió la noche,  
y el vertical silencio conmovido  
de amor hacia ti se hace luciérnaga  
para besar tus ojos y ponerles  
mi corazón, donándote su ritmo.  
Así oirás latir en las miradas  
el amor, este amor, mi amor entero,  
todo mi amor a ti,  
llama anhelada.  
No me dejes, amor, que estoy soñando

en una eternidad que sé que existe  
y que nunca encontré, mas que hoy palpita  
al tomarme la mano entre las tuyas,  
al contemplar tus ojos, al mirarme  
de tu pensar en mí, que se hace verbo,  
carne hecha luz, que enmudeció mi boca.

¿Es necesaria la palabra a solas?

Te siento que respiras

en la tierra que toco, en lo que miro,  
en la rosa de pétalos de párpado,  
en la oruga que vuelve mariposa  
el polen de tus labios.

No me dejes, amor, que estoy viviendo  
como nunca viví y hay vida tanta,  
que quisiera morir por no sufrirla  
ni tenerla en ninguna de sus marcas.

¿Olvidarme? ¿Por qué? ¿Cómo podrías  
romper el ritmo de tu propia sangre?

¿Olvidarte? ¿Por qué? ¿Cómo sabría  
mi corazón de espejo no mirarte?

¿Ignora el agua el beso de la luna,  
o el mar bravío el ancla de las playas?

¿El sol no besa al despertar la rosa  
y el pájaro no trina en las mañanas?

Tú eres mi sol, mi playa y mi presencia.

Por ti quiero estar cerca de la vida



e ignorante de todas las distancias.  
Así aunque muera me verás en todo  
y seré gota de agua en tu pupila;  
reflejará tu sol mi sangre ardiente  
y mi amor ser el fuego de tu llama.  
No me dejes, amor, que estoy muriendo  
de la urgencia de amar  
que es la campana  
de oro que grita sin cesar tu nombre  
hecho cristal del viento en que reposa  
tu corazón de alas.  
No me dejes, amor, que no te dejo,  
que no te dejaré, mientras yo viva  
y dudo que aun la muerte rompa el canto  
de mi pasión que tu pasión respira.  
Aposentada quedaré, en tu alma  
que soy parte de ti, rescoldo vivo,  
sellada por el fuego de tu sangre.  
Para apartar mi amor que tanto te ama,  
no bastará borrar hasta mi nombre  
ni el ignorar mi rostro ni el olvido  
de todo lo que fue nuestra palabra.  
Para apartar mi amor que tanto te ama,  
tendrías que morir tú y así matarme.

## Amor en varios tiempos

Dulce es amar que el corazón tendido  
tiene en sus alas el plumaje abierto;  
y cielo y corazón abrigan nido  
del soñar en tu ser con ritmo cierto.

Es forzoso llevarte entre mis venas  
como sangre que corre y se detiene;  
siempre pensando en ti conmigo penas  
y encuentras soledad que me sostiene

del cielo azul en tristes lejanías;  
obtendré de tu nube estrellas mías,  
gotas de luz, diamantes en las aguas...

Y tornaré, llorándote, a ser nube,  
como gota de ensueño que a ti sube  
en escala fugaz que en llama fraguas.

## II

Si mantuviera paz sabría quererte  
sin este ritmo que tu paz fatiga;

mas robo luz al sol para tenerte  
y olvido oscura sombra que me hostiga.

Hay espinas en todas tus estrellas,  
tienes claro y vibrante el sentimiento;  
mas yo sigo los pasos por tus huellas,  
en la niebla de todo lo que siento.

El tiempo quiere desatar el tiempo  
cual Pandora la caja de los males.  
De ellos me viene el mal de padecerte.

Estoy, Amor, amando a desatiempo  
mecida por el mar de mis saudades  
el contrapunto de por fin tenerte.

### III

Silencio del silencio de la muerte  
asido en la pupila de la vida.  
Busco tu amor, más nada, por mi suerte,  
llevo en el alma ahora consumida.

Laguna del silencio las palabras  
gráciles cosas que en mi ser despeñas

como piedras en lago que tu labras  
en olas que se pierden en pequeñas

ondas que me reflejan todo símbolo  
de vida que gira en el disímbolo  
anhelo del amor que mi alma empece.

Mas un hondo vacío me llena el paso  
como sepulcro vivo que el ocaso  
del rojo corazón en muerte crece.

## Canto de amor y muerte

### I

Te amo, siento que te amo  
cuando al pensar en ti pienso en la muerte...  
en la diaria existencia de estas muertes  
en que el alma y el cuerpo renovados  
se funden en la dicha de tenerte.  
Dejaremos la vida que en nosotros  
en cauce corra hasta que el alba llegue;  
y en el ave, en el mar y en toda cosa  
el alma se difunda y en ti quede,  
esencia en muerte que la vida acosa;  
llama en lo eterno que no desaparece,  
canto en la aurora que en la noche duerme.  
Te amo, siento que te amo  
cuando, al pensar en ti pienso en la muerte.  
Y siento como nunca que es mentira  
que la muerte no existe y que perdura  
esta vida que en vida a ti se prende.  
Esta vida que es pura y tan gloriosa  
que cada gota de mi sangre canta  
y cada poro de mi cuerpo enciende.  
Y duermo, que no muero, que en ti vivo,

y sólo muero en mi cansancio leve;  
y renazco después para quererte,  
llama en la llama que calcina el día,  
corazón hecho sol, naranja dulce,  
zumo vital que entre tus labios quede,  
oro lícuo, que todo lo conmueve.  
Tiembla tu labio así, pájaro herido,  
en la sangre del beso desgarrado  
y sabes como nunca que te amo.  
Tu corazón, mi corazón, alas tendidas,  
pétalos suaves, nubes, hojas de árbol...  
Dime en voz baja que por mí te has muerto  
para vivir en la total entrega  
de tu alma y mi alma confundidas  
en la esencia vital que me estremece;  
que en cada gota de sangre canta  
y cada poro de mi cuerpo enciende.  
Te amo, siento que te amo  
cuando al pensar en ti pienso en la muerte.

## II

Amo la vida voluptuosamente  
y paladeo mi muerte anticipada  
con toda la sapiencia misteriosa

que un niño tiene al devorar un dulce;  
mi vida está en la comba de mi lengua,  
como un dulce aquí está, mas derritiéndose  
con el gusto de todos mis sentidos.  
Me penetra su ardor hasta la sangre  
y potros desbocados me atraviesan  
cabalgando sin límite ni espacio.  
Me pierdo entre las ramas de los árboles  
que son todas mis venas extendidas,  
los nervios con que grita en mí la tierra  
conmoviendo la entraña, al desnudarla.  
Desnuda estoy así, a toda muerte,  
con mi muerte desnuda y descarnada,  
hecha de azúcar mi osamenta frágil  
derretida en el vino de mi sangre.  
¡Qué borrachera ya, siento al gustarla!  
Qué borrachera que me causa risa,  
risa que me disuelve hasta los dientes  
fundidos por el fuego de mis lágrimas.  
Llanto por dentro, así, trágico y mudo,  
que nadie ve, pero que cubre todo:  
mi lágrima calando hasta los huesos,  
la pena y sus palabras sin sentido.  
Llanto en el que mi barro se moldea  
para adquirir tu forma, oh, vida clara.  
Y aquí está, viene ya, desnuda y frágil,

con su muerte triunfal desesperada,  
pero naciendo en mí todos los días.

### III

Que me bajen la luna para incendiarla,  
quiero hacer de ella sol de mis noches.  
Las estrellas dispersas voy a beberme  
para que luces tengan ya mis entrañas.  
Luminosa quisiera volverme ahora:  
¡que me bajen la luna, para quemarla!  
Dicen que las estrellas nunca se alcanzan,  
pero son como peces dentro del agua.  
Han temblado en mis manos que las tomaron  
y sus cenizas todas de viento y alas  
se deshojan cual flores rojas y lacias.  
Que me bajen la muerte bajo tus párpados,  
luna entera de noche desnarigada.  
¿Cuántas lunas quisieras para morirte,  
tú que en sus luces tibias te me desangras  
como un niño tendido con varios cirios  
en cascadas de flores, cohetes y gala?  
La noche está vestida para morirnos,  
rayos equis de luna traspasan tu alma  
y en papeles de china tornan los dedos:



pulquería de la noche, siempre adornada.  
¡Que me bajen la luna, para incendiarla!  
Pirotecnia en colores habrá en el cielo.  
Que me baile la muerte sobre los hombros  
mientras tocan las risas de mis charangas.  
¿Bajarásme la luna para incendiarla?  
Sol será de la noche mi cuerpo todo  
consumido en el fuego de tanto amarla.  
Por su color de muerte que todos vemos,  
que me bajen la luna, ¡para quemarla!

## Hemos de morir...

Hemos de morir juntos sin morirnos  
en el multicolor silencio de tu carne  
en que el recuerdo a llanto desprendido  
dejó mutilada mi alegría  
en sonrisas nostálgicas.  
Mi compasión a todos los que amaron  
es trágica esta noche;  
y siento que es oscura cada hora  
sin un amanecer de maravilla.  
La risa abierta y la canción sin lágrimas,  
abren un surco al dolor de no tenerte;  
y las voces ajenas, tan lejanas,  
son oídas por mí en el subterráneo  
en que la tierra de todos estos mundos  
me da una anticipada sepultura.  
En esta hora trágica comprendo  
a las mujeres que en cada puerto esperan  
que las llamen al fin, ay, por su nombre,  
el verdadero, que es nueva piel dolida  
en la perpetua soledad callada  
de la ausencia, llorar sin que tú veas  
el esqueleto a secas con su carne.  
En esta hora fría yo comprendo

a las mujeres que vagan por las calles  
con distintos anhelos escondidos;  
a las que esperan, detrás de las ventanas,  
el amor que llega o el amor que huye.  
Comprendo a las mujeres,  
aquellas que con niños en los brazos  
saben así del mundo entre sus manos;  
a las madres ancianas y a las jóvenes,  
a la mujer en fin, sin esperanza,  
que ha destemplado su dolor en risas  
y en mentiras sus labios por la ausencia  
de una verdad que le negó la vida.  
Tal vez, tal vez, ¿quién sabe?  
Los hombres también sufran estas horas  
en que sin vino y sin amor comprado,  
a carne limpia y con dolor de espíritu,  
uno contempla todo, tan pronto,  
que es necesario hundir hasta el cogote  
los ojos espantados.

## Nueve gritos y un alarido

Retorna olvido, este pesar callado  
quiero vivir en la alegría constante  
que por amarte, amor te sé llamado  
a encender en mi espíritu anhelante

llama que todo quema con su fuego.  
Retorna olvido, que mi amor te cante,  
que olvidarte yo a ti, mísera ruego,  
aunque morir de amor quisiera anhelante.

Pregunta mi alma por demás pequeña  
criatura que se acuna entre tus brazos  
si fue tu amor lo que mi sueño quiso;

si es mi vida amorosa dulce leña  
que consumo afianzándome en tus lazos  
en rescoldo de roto paraíso.

## II

Soledad majestuosa en desvarío,  
tiembla en las horas tu presencia ignota:

en el alma, cristal límpido y frío,  
la imagen del amor se mira rota.

Enraizada mi luz a tu presencia  
me robo al tiempo y con mi voz porfiada,  
ato amargura en tu implacable ausencia  
que a cenizas reduzco en desafiada

contienda en que amor por ti se crece  
y es un abrazo que mi llanto mece  
como a niño en los brazos de su madre;

que es tu pecho viril ansiado cauce  
donde lágrima viva sueño encaucé  
para incrustar el sol que a tu alma encuadre.

### III

Cerúleas vides del amor ardiente,  
blancas palomas del amor callado  
surcan el alma que tu espacio siente  
hecho infinito en ilusión guardado.

Sonrisa del ayer, nostalgia dura  
en vertical silencio convertida.

Semilla germinal de tierra impura  
que es una rosa en mi pasión nacida.

Clara se quiebra en la emoción la idea  
y mudo queda el labio sin que sea  
la voz sonido ni el silencio un hecho.

Mis recuerdos son lenguas redivivas  
y tus manos la tierra con que avivas  
clavel del corazón dentro del pecho.

#### IV

Murmuran que pecar es la sonrisa  
de tenerte sin leyes ni materia;  
porque el tiempo sin ti no tiene prisa,  
carrousel detenido en plena feria.

Tú sabes del amor que se desliza,  
serpiente tentadora que pasea  
tu corazón enhiesto en clara liza:  
para quererme, tu amor tiempo desea;

para quererte yo no necesito  
hora ni día ni noche ni musito  
pena de amor, que por amor tenerte,

siento pasar la vida en mariposa  
y transformo cada hora en nueva rosa  
aunque espinas me impidan poseerte.

V

Muy suave el gesto y en el labio altivo  
cierta virtud que la palabra apresa.  
Tal vez yo te amo porque en ti convivo  
todo lo que he admirado y me embelesa.

Tienes un modo de decir las cosas  
que puedo adivinarte el pensamiento;  
y tu mirada afirma rumorosas  
burlas burlando, que reír consiento

aunque el humor no aguante tafetanes;  
porque me aquietas aunque no te afanes,  
sigo pensando en ti y en lo perfecto,

vuelves mi tempestad arroyo claro,  
y eres un sol que en luminoso aro  
hace vibrar mi corazón afecto.

VI

Ignoramos la noche del pasado  
y el futuro reír que así convierte  
mi corazón en siervo bien amado,  
que hasta en tu ausencia calidad advierte.

Como fuente que vuelve rumorosa  
el agua que aprisiona la mañana:  
espejo en que contéplase la rosa  
de tu amor que en mi amor el tiempo engaña.

Y si deseara al fin beber despacio  
el cielo abierto en su grandioso espacio  
de amarte por amor que fuente alcanza,

el fuego de tu luz lleno de vida,  
transmutará en rocío la muy sentida  
hondura de mi amor sin esperanza.

VII

Luna me llega en luces de tu rostro,  
nube que se hace lluvia en mis lagunas.  
Rayo de azul en que el infierno arrostro  
por oasis buscados en tus dunas.



Quiero vivir en paz con tus distancias  
y respirar las noches de tus días;  
paz infinita que en mi ser tú escancias  
con las eternidades que porfías.

Y sabes del cansancio que en mí crece  
en descanso perfecto que me empeece  
recuerdo diario que en mi ser consiento.

Quiero medir la estrella en tus pupilas  
y anhelo así beber lo que destilas:  
uvas de amor para mi ser hambriento.

## VIII

Cada rosa en espina se transforma.  
Así tu luz retome en las pupilas  
encegueciendo de mis días la forma  
y haciendo de las vides que destilas

cicuta amarga que marcó mi boca  
en agonías que no llegan a muerte;  
sabes que de verdad tengo muy poca  
paciencia porque mi alma en ti se vierte

y deja toda la ansiedad incauta:  
mariposa clavada en loca pauta  
de tu ausencia llorar sin que tú veas

más que una risa serpentear a solas,  
jugando con mis lágrimas como olas  
en las playas de todas tus mareas.

## IX

Abriéndose las palmas de mis manos  
las contemplo vacías, aunque están llenas  
de ansias de dar; y todos los arcanos  
de tu voz en mi espíritu disuenas.

Cristales que rompiste y que ahora vuelven  
sus aristas de luz que te reflejan  
y que en nimbos de amor tu rostro envuelven  
a pesar de los tiempos que te alejan.

Destrozo el corazón por olvidarte,  
todo el amor que pude y quise darte  
se me convierte en llama perturbada.

Cenizas quedarán del sentimiento  
y hielo volverá lo que yo siento  
esta muerte que llevo aproximada.

*Alarido*

Esclavo el viento que dobló la savia  
de los frutos maduros de tu nombre  
que sabe a tierra en clima de nostalgia  
y a flamíferas luces tu palabra.  
Contemplo nubes que recortan cielos  
marcando en cada nota los espacios  
que deben ser los huesos de mis muertos  
danzando danzas que en mi ser lloraban  
ritmos de azúcar en azogue viejo.  
Esclavo el pensamiento que contóme  
los minutos, midiéndolos exactos.  
Avaro el tiempo que sin fin me tienta  
¡como un tesoro que se gasta a diario!  
La tierra me atraviesa los contornos  
y como ella tengo áridas espinas  
y lodo puro y tierra que florece  
cuando me vibra primavera en rosas  
y cuando el sol mis ansiedades quema  
produciendo reflejos en mis aguas

y humedad en mis labios y pupilas;  
porque se baña en mí la claridad de luna  
de la gracia en tu nombre florecida.  
Qué fragante es el loto sobre el cieno  
y qué dulces los ritmos del sentido;  
de todos y cada uno en los inciensos  
de tus manos, que adórnanse en las cosas  
y tus labios gustando las manzanas  
de palabras redondas cual las manos  
de mujeres hermosas o de hombres  
que sostienen el mundo y sus cuidados  
como vides ardientes que rezuman  
vino hecho ardiente de amorosa savia.  
Qué hermosos los sentidos de las cosas,  
y de las cosas, ¡todos los sentidos!  
Déjame retenerte como el agua  
que se va, pero afirma los frescores  
del campo que se anida entre los dedos  
bordando la canción de locos pájaros.  
No me preguntes nada del mañana.  
¿Qué sé yo si he vivido cada hora  
como mi amor la tiene presentida?  
Cada calle es minuto de esperanza,  
cada hombre atraviesa los destinos  
y en las miradas prenden mis pupilas  
anhelos que perduran aunque pase

presurosa, mirando las distancias.  
No creas mi indiferencia hecha de uñas;  
garras tendidas a la vida inerme  
para darle zarpazos de codicia.  
Desconfía de mi labio aprisionado,  
de mi risa burlona y de mi quieta  
reserva que no dice lo que siente.  
Es mi temor de rebasar las horas;  
de hundirme en tempestadas y en los vientos  
del huracán que llevo encadenado.  
No soy de nadie ni quiero poseerte.  
Amo mi libertad y mi desnuda  
y solitaria trabazón de sueños.  
No me pesan las horas ni la vida.  
No puedo darme a nadie porque nada  
es extraño a mi ser apasionado.  
Todo es mío, y puedo deshacerme  
de las cosas, como la mar tremante  
deja en las playas las perlas de la espuma  
que retorna a las aguas, recogidas,  
y se eleva en la cresta de sus olas.  
Esclavo el tiempo que doblóse en curva  
redondez de la tierra hecha semilla  
que abrigará mi espíritu desierto  
como un cactus bordando el infinito  
mar quieto de la arena desolada;

de esta mi tierra en que el fragante barro  
hace moldeable hasta la propia vida.  
Esclavo el tiempo porque en mí lo tengo  
eterno, en el deseo que lo perdura;  
yo he de matarlo, y a que no me mate  
apuesto toda la existencia amada.  
Porque espíritu y carne se han mezclado  
como la brasa ardiente que mantiene  
el fuego eterno, para el alma mía.

A mi madre muerta,  
en el cumpleaños de su regreso a la tierra

¡Te has quedado sola!

Tú que tanto la temías,  
ahora la miras cara a cara.

¿Cómo es su rostro frío?

¡Te has quedado quieta envuelta por el polvo!

Tú que la odiabas tanto, te ahoga su perfume;  
se mete entre los poros de tu piel, en abrazo  
indisoluble y turbio, como quieto sudario.

¿En dónde la palabra quedó que no responde?

Tú que me amaste siempre con un amor de alifio,  
mis cabellos ponías como anillo en tus dedos  
y ahora sólo tienes la yerta mano fría.

Te has quedado tan sola, tú, que tanto la odiabas,  
que en todas las personas buscabas compañía  
y eras un ser tan joven que a la vida anhelas  
descubrir sus secretos, con ansiada porfía.

El tránsito ignoraste, tú que en la misma hora  
de clausurar tus párpados para la luz del día,  
aún hubieras luchado aciaga y duramente,  
porque odiabas la muerte, pero amabas la vida.  
La noche se prendió en tu mano aquietada;  
en tu labio se hundió la última sonrisa.

Ignoraste la angustia, después, de que, angustiada,  
pasar querías la muerte como las aves Fénix:  
resurgiendo del polvo de tu propia ceniza.

## II

Los muertos nos acompañan siempre.  
Escuchamos sus pasos perdidos en los nuestros  
y en el reír de la boca, como un eco,  
están sus propias risas.  
Y este lunar que me enjovaba el cuello  
como obsidiana oscura cual pupila  
vigilante de mis perdidas alas,  
¿no es el mismo que brillaba  
en la espalda de mi padre?  
Carezco de la gracia que cabrilleaba luces  
en los labios sonrientes de mi madre;  
pero debe haber alguna gracia oculta en mi palabra  
que se nutre en el polen  
y se riza en mis lágrimas.  
Los muertos siempre certifican  
su presencia olvidada.  
Es algo inesperado,  
como un zarpazo súbito  
o una simple sonrisa



que empalidece rápida  
al cruzar una esquina  
y nos huele a perfume vagamente perdido  
que despliega su vaho  
amarillento en rosas  
como aquellas, amadas, que olvidamos en libros  
y señalaron páginas de un momento querido.  
Los muertos se quedan siempre  
en sus lechos tendidos...  
Pero se acuestan en la cama  
y respiran los aires  
que en nuestro ser vivimos;  
respiran anhelantes en todos los sentidos  
y se aferran al alma  
que vaga con la pena de haberlos conocido.  
Nos visitan en sueños y casi siempre dicen que atesoran la vida  
y nos sueltan palabras  
que un día les oímos.  
Los muertos se quedan siempre  
en sus lechos tendidos;  
pero están con nosotros  
al habernos dormido;  
y entonces parecemos otro muerto como ellos,  
como todos los muertos que sueñan con la vida  
que sin morir tenemos;  
y entonces, sólo entonces,

al despertar,  
sentimos en las horas que no tocan a muertos  
que la vida se aferra  
y que todos los niños  
son la raíz de un muerto;  
y que toda canción es su ígneo alarido;  
es su esperanza viva,  
porque para la vida  
la muerte no ha nacido.

## Así te quiero

Todavía queda una esperanza  
para vivirla en la rosa de tus párpados.  
Besar tus pensamientos, mis anhelos,  
claros como la luz de las mañanas.  
Tu corazón, gracia canora,  
luciérnaga en la noche,  
estrella luminosa,  
desierto de mi vida,  
corazón sin olvido,  
dedo sin mi destino  
señalando mi hora.  
Así te quiero, con ausencia,  
con laguna espejismo,  
con espinas sonoras,  
alas de mis tormentas,  
corazón de mis noches,  
sábado en mis domingos.

## Canciones del espíritu

### I

La mirada, cuánto alcanza,  
pero no más que el corazón  
a pesar de la envoltura de mi cuerpo.  
Qué cosa de maravilla:  
¡sentir tanto y estar quieta!

### II

Qué raíz de tu palabra  
que penetró tan hondo  
que para arrancarla  
sería necesario  
destrozar mi cuerpo.

### III

Te amo tanto  
que ignoro por qué  
te recuerdo cada día;  
pues eres en mi ser  
como mi propio corazón ardiente;

sin embargo él vive tanto en mí,  
que no lo siento.  
Cuando lo extrañe  
será porque mis ojos  
están cerrados  
en mi carne muerta.  
Te amo, tanto,  
que ignoro por qué  
te recuerdo cada día.

IV

Le sonrío, le sonrío,  
y él me contempla, triste.  
Los dos quedamos rendidos:  
él con su tristeza,  
yo con mi ternura  
de cosas mal, bien dichas  
que no se dijeron nunca.

V

Veo a las rosas ascender sobre la tierra  
como a mi espíritu de mi cuerpo,  
y casi se hacen uno:  
la tierra y las rosas,  
mi cuerpo y mi espíritu;  
y todo es polvo fino

que llevará el viento  
en viaje por el mundo  
hasta llegar al cielo;  
y así, besando la tierra humilde,  
me elevo infinitamente dentro de mí.

VI

Clara, como la aurora,  
la idea se hace oscura como la noche  
cuando sale a la vida.  
¿Por qué pareció maravillosa  
cuando estaba en silencio?

VII

Toda la vida es una  
pasión gloriosa:  
ansia fugaz  
que respiramos  
en el amor que vivimos;  
pero sólo en la serenidad  
somos nosotros.

VIII

Qué bello es todo  
y qué clara es la luz  
de la esperanza;  
siento que cada gota de tu sangre  
es como un fuerte perfume  
que llena el aire con tu cuerpo;  
y que todo tú  
eres como vino rojo  
para que lo tome yo  
y sienta que el mundo  
me da vueltas  
y que la tierra dura  
no existe bajo mis pies.

X

Quedaste tú en mis pupilas  
como el rocío en las hojas.

¿Pero es posible?

¿Pero es posible que el amor sea esto  
que hace que seamos transparentes  
y nos vuelve maduros  
con la clarividencia profunda de los ciegos  
que borra en nuestra voz escepticismo  
haciéndonos mirarlo todo nuevo  
al voltearlo al revés?

Todo nuevo miramos, todo nuevo:  
desde el mundo pequeño hasta la risa  
que hace ondas de luz en las inquietas  
bocas sin voz, sin nuestra voz y extrañas,  
tan extrañas que no nos pertencen  
y no obstante sentimos en nosotros  
como amistosas almas blancas,  
dulces, amadas, familiares.

Toda inquietud, toda quietud  
nos vuelve redonda el alma como un arco  
en las manos de niños inocentes.

¿Es posible que amor  
sea esta cosa divina  
que hace que creamos en todo  
aunque nos digan que lo blanco es negro?  
Bien, así debe ser, pues que lo siento;



¿y para qué acordarse del llanto  
que vendrá después?

## II

El alma está llena de canciones  
como los bosques de pájaros.  
¿Será por todas las palabras que me has dicho?  
Se confunde tu ser en la distancia  
y en ella y tras ella no distingo  
qué puede más en mí: tu palabra o tus ojos,  
tu alma o tu corazón.  
Cielo y tierra se mezclan con la lluvia  
como tu cuerpo y espíritu en el recuerdo.  
Cómo me extraña que las gentes  
no sonrían aspirando el perfume de tu voz.  
Lluvia es que hace que todo  
huela a tierra mojada.  
En los ríos de mi dicha  
juegas tú como un chico  
con todas las cosas de este mundo.  
¿Verdad que son barcos de papel?

## Estaciones de amor para mi ciudad

### *Primera estación*

Torreón:  
vienes a mí  
como un niño de barro  
que ha inventado la vida en joven aire  
que me ofrece los limos de tus campos  
en dulce corazón de blancas nieves  
pues cada copo de algodón la luna  
me mide el tiempo con estrella clara:  
cirios para velar mi vieja muerte,  
cual luciérnagas bellas de mi vida.  
¿A dónde las tristezas me llevaron?  
El fuego de los leños de tus árboles  
quema incienso de copal y cactus  
y tus ilimitados horizontes  
—medidas verticales de tus hombres—  
alegre hacen el sol del mediodía.  
Si la música extraña yo aprendiera  
del viento que se vuelve tempestades,  
la sinfonía de tu recuerdo vivo  
me enraizaría los ojos con el llanto  
hecho laguna, o del Nazas brazo

en sutil espejismo convertido.  
¿Quién oye de tu lucha los tambores?  
¿Y quién en la siembra su coraje arroja  
en apuesta de vida y a que el tiempo  
le robe al tiempo su perpetua sombra?  
Te has jugado a vivir ya la camisa  
y eres feliz, oh pueblo sin historia:  
sin más historia que el trabajo diario  
que has mantenido con grandeza heroica.

Torreón:  
como un niño de barro a mí llegaste.  
Ha quedado la lumbre de tus soles  
en inocente llama de ternura  
que es tan sólo mi lámpara votiva.  
Del norte soy, y la franqueza abierta  
es un ópimo fruto;  
la vid del corazón que en rojo vino  
transforma la tristeza de las cosas  
en sal y pan que sobre mesa queden  
para que un caminante las recoja;  
o que las lleve el viento  
como al polen  
la grácil mariposa  
sin pedir el permiso de las flores.

Las huellas de mis pasos se han perdido  
y arenas de los vientos sombras tienden  
hacia todos los puntos cardinales.  
Yo cumpliré mi universal destino  
para volver a ti como una niña  
que ha olvidado los cienos de la tierra  
al lavarlos el agua de tu río.

*Segunda estación*

Girasol del ensueño, rehilete  
que ha cortado los vientos del olvido;  
olas para bordar todas las playas  
con el pañuelo de tu amor perenne.  
Ecos de mi silencio en que las aguas  
han dejado el perfume del incienso  
hecho copal que engrandeció el recuerdo  
y afirma el arcoiris de tu vida.  
Los huesos de mis muertos me acompañan  
al pisar los umbrales de las cosas;  
el agua de mi cuerpo se mantiene  
oasis del desierto que acumula  
hundida soledad, arena triste,  
mar de nostalgia que enjoyó la aurora.  
Pájaro del silencio conmovido,

jaula de luz y anémona que añoro;  
marca el minuto con la fuerza viva  
del rubí de mi sangre coagulada  
por el frío de tu ausencia que es mi muerte  
y por llama fugaz que es propia vida.  
¡Qué batalla linchando la existencia!  
Hoy llegaste a mi vida, mariposa  
de alas abiertas como dos corales  
extendidos en gracia de mi sueño.  
Arrecife del viento, clara ubre  
que amamanta mi cuerpo desnutrido.  
Hoy llegaste a mi vida, mariposa  
de alas abiertas como dos corales  
extendidos en gracia de mi sueño.  
Arrecife del viento, clara ubre  
que amamanta mi cuerpo destruido  
con el viejo vigor de mi terruño.  
En ti la eternidad se ha detenido,  
y en mí, precedera sinfonía,  
la nota se mantiene en el sonido  
de tus ecos nostálgicos de azúcar  
para mis dedos viejos que se afirman  
en tu barro vibrante de inquietudes.  
Quiero vivir el alma hecha de llanto  
en campánula al viento que detiene  
el eco de mi queja en canto puro;

y anhelo poseer eco invertido  
para escuchar silencio asonantado  
en escala fugaz, luna en arpegio,  
de estrella detenida en plenilunio.  
Yo quisiera encontrarte en el sonido  
de la nota escapada a la tristeza  
persistente en las gotas de la fuente:  
llanto divino de la noche a solas,  
nuevo desierto para hallar tu fuego...  
La poesía dará ígneos fulgores,  
y yo sabré valorizar las cosas  
como la abeja al escoger el polen  
toma la miel que labrará la estatua  
en los cirios quemantes del sentido.

## Canto a la vida hermosa

Muerte, cómplice, enemiga  
ay, de todo lo que yo soy.  
En perfección yo me voy  
consumiendo en la fatiga;  
que imperfección es tortura  
de todo mísero entuerto  
y tal vez cuando haya muerto  
vuelva a ser presencia pura,  
mas hoy, todo lo contrario  
prevalece en mi conciencia:  
mi cuerpo quiere la ciencia  
de saber vivir a diario.  
Oh vida, presencia amada  
que bailaste sobre el polvo  
con impiedad que es un torvo  
deseo sensual de gustada  
muerte que llevo escondida:  
mientras mi carne condenas  
a la vida me encadenas  
con más pasión encendida.  
Dicen que a la nada vuelve  
el cuerpo que me amortaja:  
el alma a la nada ataja

de la muerte que me envuelve;  
pero yo sé que es mentira,  
todo a la vida me prende  
y es la raíz con que asciende  
al cielo porque suspira  
el creyente en la oración,  
¡yo he dejado el corazón  
en todo lo que mira!  
Así, no creo en la nada  
que si la existencia triste  
fuera lo que nunca existe,  
mi alma será condenada;  
pero el polvo de mi carne  
florecerá en cada rosa  
y crecerá en cada cosa  
aunque muerte desencarne  
esta envoltura amorosa.  
Si mañana en sepultura  
nos abandona la vida,  
¿por qué pensar en sentida  
muerte que todo tritura?  
Un gusano es mariposa  
que lleva mi sangre presa  
y si comiéndome besa  
el corazón hecho rosa,  
ya no es gusano ni polvo,



es la estrella que conmigo  
ha sido de amor testigo  
de milagro soberano:  
que polvo en la muerte es vida  
y que la muerte no existe:  
el universo subsiste  
en toda llama extinguida.

## Vengo a pedirte

Vengo a pedirte sin cesar que me ames,  
que perdones mis ímpetus tan necios.  
Tú que tienes la paz no la reclames,  
déjame las tormentas hechas besos.  
Enséñame a sufrir bien en silencio  
y ocultarte la voz que desagrada;  
que viva este mi amor siempre poseso  
en la seguridad de ser tu amada.  
Espejo soy que refleja tu imagen,  
anhelo en la pureza de mis aguas  
tranquilas para ti, aunque profundas;  
quiero que tus estrellas más distantes  
sean en mis lagos la visión bien clara  
del amor con que siempre me circundas.

## Mi infierno

Se encienden las calles a mi paso,  
mi corazón desnudo es pisoteado  
y mi sangre retumba en cada piedra,  
río turbulento de callada angustia  
en que nadie presiente que me ahogo.  
Mi fuego quema ahora el aire puro  
y prende las estrellas de la noche.  
Fuego vital que lo consume todo  
agiganta las llamas de mi cuerpo,  
y las cenizas rojas de mis ansias,  
caen en la noche como lluvia: quedo.  
Se encienden las calles a mi paso  
y en esta multitud desaparezco.  
Quiero mezclarme al corazón de todos,  
en vida y muerte confundirme en ellos.  
Yo que en llamas viví, quiero morirme  
ardiendo en llamarada a cuatro vientos.  
Pertener a tierra sin fronteras,  
con el sentido universal intenso.  
Se encienden las calles a mi paso  
y extingome viviendo en este fuego.  
Los ríos turbulentos de mi angustia  
con lava magnifican mi universo:  
¡y revivo en el cielo de mi infierno!

## Ahora

¡Ahora! ¡Ahora! Es preciso,  
debes sentir la urgencia a quemarropa.  
No dejes a mis brazos en la espera;  
no puede ser que tengas tanto miedo.  
¡Si supieras que sólo es un momento...!  
Y bien, ya que vacilas,  
¡ojalá se te rompan tus manos  
y en los dedos te nazcan las espinas  
de los deseos frustrados!  
Y ¡ojalá, ojalá que me claves esta espina  
en la lengua hecha flor para decirte  
que ya no soy, ya no soy más que una rosa  
flotando en la corriente de tu sangre!

## Mar

Mar, dame toda tu gracia,  
tu gracia profunda en voces,  
tu espuma, penacho al viento;  
tu brisa dame, que anhelo  
ungir con tu sal mi cuerpo.  
Dame tu azul y tu verde,  
tus rosas locas de viento,  
hechas estrella en tus olas  
perladas de firmamento.  
¡Cómo se quiebra en pedazos  
el sol en ti, mar eterno!  
La arena del tiempo inmóvil  
es arco iris de ensueño.  
Oro regado en las playas  
recogen mis pies inquietos;  
tu voz, mi voz y las voces  
de todos los mares gimen  
en mi corazón, ardiendo.  
¡Qué claras fueron las horas,  
qué claro fue el firmamento,  
qué rojo fue el mar entero  
desangrándoseme dentro!  
¡Qué caracol fue mi cuerpo  
donde las voces del mar  
pudiste escuchar sonriendo!

## La sal del mar...

La sal del mar en tu cuerpo  
y en tu cuerpo todo el mar.  
Las olas de mis ensueños  
en ti rompen su cantar.  
Qué pena de tu recuerdo  
que no se hace realidad;  
estás cerca de mi vida  
como en lontananza el mar:  
pegado a todos los cielos,  
aunque éstos lejos están.  
Toda la sal de mi llanto  
blanca vela volará  
como gaviota en el viento  
que no sabe descansar.  
Luna de todos los mares  
que hace de tus ojos mar.  
Verde color que yo quiero  
porque en tus ojos está;  
transfórmame en flor de ensueño  
para que él me quiera amar.  
Verde, en el mar de tus ojos  
y en tus ojos todo el mar:  
quiero coger las estrellas

milagrosas que se van  
en olas de tus palabras  
y en tu sonrisa fugaz.  
Quiero el verde de tus ojos,  
de tus ojos quiero el mar.

---

Versión tomada de *Magdalena Mondragón de bolsillo*. Presidencia Municipal de Torreón, Coah. Patronato del teatro Isauro Martínez. Universidad de Guadalajara. Guadalajara. 1ª edición 1989.

*EL MUNDO PERDIDO*

Obra en tres actos



## Personajes

ADÁN

EVA

LA SERPIENTE

LA VOZ DE DIOS

## Escenario

*El paraíso terrenal con su árbol del bien y del mal al frente.  
A la izquierda una roca en donde Adán pueda recostarse.  
Adán y Eva deben llevar trajes pegados al cuerpo, al estilo  
de los usados por los cirqueros, para dar la impresión de  
desnudez. Eva lucirá una larga cabellera rubia.*

## ACTO PRIMERO

ADÁN.— Siento la vida en llamaradas y su fuego que me abrasa pone lumbre en mis ojos. Oigo los sonidos circundantes y mi voz no es más que el eco de mi ser que se estremece; mi alma se iguala con la hoja temblorosa, cuyo leve rumor me asusta por la noche. ¿Qué me pasa? Ah, no lo saben los montes ni las rosas ni el cielo ni la tierra, pero lo saben mi cuerpo y mi corazón. Estoy solo. Aquí estoy: solo, solo, solo.

*(Se oye una leve música).*

Ah, poderoso Dios, poderoso Dios que me creaste a imagen y semejanza de ti mismo. Pobre de mí que no sé del alcance ni de la fuerza de tu creación. ¡Ignoro el milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! *(Luces cambiantes cuando Adán repite esta palabra y la música suave continúa).* Pero el milagro, ¿cuál es? ¿Qué es? Yo sólo sé que existo. Tal vez este sea el milagro. Me formaste, sí, pero quisiera renegar de tu barro, porque este barro no es el mío, es tuyo, tú lo hiciste, me sacaste de la nada.

VOCES.— Eres, eres.

ADÁN.— No es cierto... Heme aquí, miserable criatura, inerme criatura. ¿Para qué me sirve la palabra si sólo hablo conmigo mismo? Dios, compadécete de mí, soy tu imagen y semejanza, pero tú eres Dios y yo sólo soy un hombre. La soledad no es el paraíso y tú me lo has prometido. Escúchame: estoy cansado de oír el eco de mis palabras.

*(Adán se sienta sobre la piedra, luego se va recostando poco a poco, hasta quedar con su cabeza sobre una roca, suponiéndose que está dormido. Mientras esto ocurre, suena la música con una dulce canción y el escenario queda envuelto en la semioscuridad. En lo profundo del escenario se escucha la palabra de Dios).*

—Mi criatura, hecha a mi imagen y semejanza, sí, pero no eres Dios, eres la imagen pobre de mí mismo; y no posees el cielo, tienes la tierra y tú has de luchar en ella dando tus propios combates para obtener la gloria. Llevas en ti, en tu cuerpo, sujeto a miles de podredumbres, la capacidad divina con la miseria humana, todo en mezcolanza increíble. Jugué un poco con la tierra e hice algo parecido a mí, parecido a Dios; pero tú no eres Dios, eres un hombre, es por eso que sientes la soledad. ¡Cómo estás solo! Tu materia tiembla al vagar por estas inmensidades del mundo creado por mí, y el paraíso ya no existe porque no puedes vivirlo por ti mismo. Bien, crearé de tu propio cuerpo a la mujer, para que alegre tus días; pero si incurren en el pecado, serán expulsados del paraíso. Tú ganarás el pan con el sudor de la frente y ella parirá con dolor. Esa es mi maldición, tenla presente.

*(La mano de Dios aparece en lo oscuro, haciendo una especie de señal de la cruz, y Dios dice):*

—¿Qué parte de tu cuerpo será la más propicia, tu mano o tu pie, para que de ésta tu materia emerja la Eva primitiva? Yo te creé a ti, pero tú darás vida a la mujer. ¿De dónde será

bueno que parta esta vida, que nazca este ser? ¿De la voz que dice de tus anhelos o de los ojos que desean descubrir otros mundos que éste en el que te he creado? Tomaré uno de tus huesos y así apreciarás a tu compañera como aprecias la armazón de tu propio cuerpo.

*(Las manos de Dios hacen una señal y detrás de la roca, junto al cuerpo masculino, por el lado derecho, va surgiendo poco a poco la mujer, que, al compás de la música, se pone en pie pero muy lentamente. Eva viste como Adán, su traje de malta rosa a semejanza del que se ponen encima los cirqueros, para dar el efecto, en la semioscuridad, de que ella y Adán se encuentran desnudos).*

EVA (*acercándose a Adán*).— ¿En qué mundo estoy? Mis pies no conocieron este suelo. Antes de hoy mi cuerpo era el de una bella ave y mis alas, convertidas en brazos, acariciaban el cielo que se reflejaba en los lagos. Y este que yace aquí dormido, ¿quién es? Su cuerpo es diferente al mío. ¿Tendrá voz semejante al canto de la alondra, por las mañanas?

*(Se acerca y lo toca, posándole las manos por la cara y los cabellos).*

EVA.— ¡Qué bello es!

*(Al contacto de los dedos de Eva, Adán abre los ojos, luego se los frota y se sienta, sorprendido, para contemplarla mejor).*

ADÁN.— ¿Quién eres?

EVA.— Eva.

ADÁN.— ¿Ése es tu nombre?

EVA.— ¿No te gusta?

ADÁN.— Sí. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no te había podido contemplar antes?

EVA.— Yo misma no sé cómo he llegado hasta aquí. No hace una hora mi cuerpo era el de una ave; de esto, del ave, he tomado mi nombre, sólo que, por parecerme más bonito, lo utilicé al revés. ¿No te fijas? Ave, Eva. ¿No es lo mismo... casi lo mismo? ¿Te gusta?

ADÁN.— Mucho, y tú eres hermosa. Tu pelo es diferente al mío y tus manos, tu pecho, tu garganta... (*Toca los cabellos de Eva y se acerca a su rostro para contemplarla mejor. Eva sonríe.*)

EVA.— Y tú, ¿cómo te llamas?

(*Adán piensa un instante y dice:*)

ADÁN.— Yo, como tú, he tomado mi nombre y lo he vuelto al revés. Surgí de la nada, por esto me llamo Adán.

EVA.— ¿Cómo veniste aquí?

ADÁN (*gravemente*).— Dios me creó a su imagen y semejanza.

EVA.— (*Ríe burlonamente.*)

ADÁN.— ¿De qué te ríes?

EVA.— De que eres semejante a la Divinidad. No lo creo. Dios no puede ser como tú.

ADÁN.— Es como yo, tiene mi figura.

EVA.— Pero no es perecedero. Tú tienes que morir...

ADÁN.— La muerte... ¿qué es eso?

EVA.— La desaparición, ¿no lo sabías? ¡Qué tonto eres!

ADÁN.— No tengo que morir. Dios me ha dado la felicidad eterna, la vida eterna. Solamente podríamos perderla si caemos en tentación.

EVA.— ¿Cuál tentación?

ADÁN.— Ninguna. ¿Quieres callar? Dios me atiende. Hace poco me lamentaba de mi soledad; luego de mi lamentación, me venció el sueño y al despertar vi que Dios había escuchado mis ruegos. Tú estas a mi lado para recrearme contigo; yo soy semejante a Dios y tu eres mi criatura.

EVA.— A mí no se me dijo tanto. Yo volaba feliz por el paraíso, no me sentía sola, sino libre, cuando, en un momento dado, me volví una pequeña costilla y de ella fue emergiendo este cuerpo que ahora ves.

ADÁN.— Mi costilla (*Se tienta el costado*). Dios te ha hecho de mí y tú eres cuerpo de mi cuerpo, y carne de mi carne. Eres una prolongación de mí mismo. Dios, en su infinita misericordia, me ha dado la potencia para que fueras creada con mi humilde sustancia.

EVA.— Tonterías.

ADÁN.— ¿No te gusta el cuerpo que te he dado?

EVA.— Qué soberbio eres. El cuerpo que me ha dado Dios, el Dios que tú conoces y que yo aún no he visto.

ADÁN.— Él formó al mundo y a nosotros. Él es el Creador de todas las cosas.

EVA.— Puede ser...

ADÁN.— No hay duda alguna sobre ello. Pero aún no respondes a mi pregunta. ¿Te agrada el cuerpo que te he dado? ¿O que Él te ha dado?

EVA (*se mira a sí misma y responde con suma coquetería*).— ¿Te gusta a ti?

ADÁN.— Para ser parte de mí mismo, no está mal. Tú eres mi costilla, ¿sabes?

EVA.— Bien, no discutamos.

ADÁN.— Al fin has dicho algo en razón. Hace poco me preguntaba: ¿por qué he pedido la compañía de alguien y por qué Dios me ha traído esta mujer que me vuelve loco con sus alegatos?

EVA.— Ya no discuto, comento.

ADÁN.— Hablas, hablas... Ah, si pudieras estarte en silencio... pero, bueno, es explicable: antes de ser mujer eras un pájaro...

EVA.— Eres imperioso.

ADÁN.— Es diferente.

EVA.— ¿Por qué?

ADÁN.— Porque tú dependes de mí.

EVA (*bostezando*).— Tal vez eso sea mucho mejor. Cuando era ave tenía que buscar mi alimento, pero ahora tú me protegerás, por que dependo de ti, soy tuya, ¿no es cierto? Y bien, ya que tú dices que soy tu mujer, debo confesarte que tengo hambre, y no sólo hambre, sino sueño. Cuando yo era



ave sabía dónde encontrar comida, agua, un nido donde dormir, mientras que ahora...

ADÁN.— Ahora dependes de mí...

EVA.— Sí, me siento completamente inútil y me desagradan caminar por el paraíso. Quisiera estar sentada aquí, peinando mis cabellos con las ramas más altas y el viento más suave de la mañana.

ADÁN.— Y, ¿por que no lo haces?

EVA.— Lo haré, lo haré, tú irás a buscar lo que necesito, ¿no es verdad?

ADÁN.— Ni siquiera debes pedírmelo. Ahora mismo voy a encontrar tu alimento. ¿Qué te gustaría comer?

EVA (*con impaciencia*).— Cualquier cosa.

ADÁN.— Pero, escucha. Oye el rumor de la fuente, y el canto de los pájaros que antes fueron tus compañeros.

EVA.— Ellos se vendrán a posar sobre mis hombros, por las mañanas.

ADÁN.— Aún no te das cuenta de lo bonita que eres. Lo sabrás cuando al despuntar el alba vayamos al río, a la fuente más cercana, a la laguna de cristal movible, en donde podrás contemplar tu rostro que es tan hermoso como las estrellas.

EVA.— Vamos ahora mismo.

ADÁN.— Espera, espera, no se puede hacer todo en un solo día. Arregla tus cabellos mientras yo busco tu alimento. Son suaves y largos, con ellos podría cubrirme el cuerpo entero. Hoy, quédate. Mañana recorreremos el paraíso. Verás qué lindo

es. No te apercibiste de ello en tu vida de pájaro, pero como eres ahora mi mujer, sabrás descubrirlo al mirarlo en mis ojos.

EVA.— Dime qué hay en el paraíso.

ADÁN.— Todo. Existe la felicidad, ¿te parece poco?

EVA.— ¿Qué es la felicidad?

ADÁN.— La que estamos viviendo. Así estaremos por toda la eternidad, como ahora, sin vejez y sin muerte.

EVA.— Entonces yo seré hermosa siempre.

ADÁN.— Y yo conservaré mi vigor para poner a tus pies el sol y las estrellas.

EVA.— ¿Cómo me los ofrecerás?

ADÁN.— Las estrellas, en el agua que las retrata; y el sol, al mirar tus cabellos.

EVA.— ¿Tú me enseñarás el paraíso?

ADÁN.— Lo tendrás conmigo. Antes no veías más que a las flores, a las rosas más extrañas, al césped oscuro, a la montaña que semeja una barrera infranqueable; ahora descubrirás cuántos y cuántos animales existen cerca de nosotros. Todos con vivos colores, con extraños aditamentos, con cuerpos tan diferentes al nuestro, que te quedarás maravillada. Sólo hay un animal...

EVA.— ¿Cuál es?

ADÁN.— El mono. Éste se nos parece. Probablemente Dios lo tomó en sus manos para ensayar a hacer un hombre, a hacerme a mí, y le salió esa primera versión completamente absurda.

EVA.— Quiero conocerlo.

ADÁN.— ¡Qué tontería! Me tienes a mí, ¿para qué deseas un animal de esos?

EVA.— Como tú digas.

ADÁN.— ¿Podrás caminar sin cansarte?

EVA.— No lo sé. Todo, en este mundo que nos circunda, me es desconocido; pero mis pies caminan, son iguales que los tuyos. ¿Tú te cansas al atravesar el paraíso?

ADÁN.— No. Jamás me he cansado. ¿Tú sabes, Eva? Aquí seremos eternamente felices. Antes me encontraba solo, pero ahora, tú estas conmigo para compartirlo. Día tras día y hora tras hora me harás feliz. Tu presencia es semejante a la de los árboles y las flores; y eres dulce como la miel. Nunca pensé que de mi costilla pudiera resultar algo tan bello. Por las noches contemplaremos la luna que se hará viva en tu rostro, y tus dedos, semejantes a los pétalos de la rosa, tendrán, al posarse sobre mi cara, la frescura del agua cristalina.

EVA.— Me encanta la forma en que hablas y siento mucho interrumpirte, pero debo recordarte que tengo hambre.

ADÁN.— Te traeré alas de mariposas.

EVA.— Imposible. ¿Deseas que coma alas de mariposas? Sentiría como si me devorara a mí misma.

ADÁN.— Entonces te traeré frutos de los árboles del paraíso. Aquí podemos comer y disfrutar de todo, menos de las manzanas del árbol del bien y del mal. Ese fruto está prohibido para nosotros, ¿entiendes? Jamás lo toques.

EVA.— ¿Por qué?

ADÁN.— Las explicaciones no vienen al caso, pero tú me debes obediencia, como yo se la debo a Dios.

EVA.— Así lo haré.

ADÁN.— Y yo en recompensa pondré el mundo a tus pies.

EVA.— Entonces, ve pronto, y te esperaré aquí.

ADÁN.— Mientras que regreso, puedes recostarte.

EVA.— Así lo haré.

*(Adán la conduce hasta la roca. Eva se sienta. Al salir Adán la contempla. Adán sale por el lado izquierdo. Eva se acaricia el largo cabello y se mira las uñas, luego dice, como consigo misma):*

EVA.— Adán pondrá el mundo a mis pies. Todo el paraíso es para mí. ¡El mundo a mis pies!

*(El telón baja).*

## ACTO SEGUNDO

EVA (*displicente*). — ¿Has vuelto?

ADÁN.— Sí, te he traído frutas y flores. Ah, pero quisiera bajarte las estrellas para adornar tus cabellos.

EVA.— Dentro de poco tendrás que hacer un lecho. Esta roca está muy dura. ¿Quieres bajar aquellas ramas para mi comodidad?

ADÁN.— Fuertes son mis brazos y débil es tu cuerpo. Yo soy un árbol y tú eres una flor.

EVA.— Entonces tráeme las hojas más altas porque en ellas, por las mañanas, llora la primavera.

ADÁN.— Y tú amas su perfume.

EVA.— Toda yo, cuando me envuelva en su manto, oleré a tierra mojada.

ADÁN.— ¿No quieres aguardar un poco para que te haga tu lecho? Podríamos luego jugar con las mariposas.

EVA.— Yo las tengo prisioneras en los pétalos de las flores.

ADÁN.— Debo dar gracias infinitas a Dios, que me dio tu compañía.

EVA.— Mientras que estabas ausente oí una voz...

ADÁN.— ¿No vino del árbol del bien y del mal?

EVA.— ¿Cuál es ese árbol?

ADÁN.— Ya te lo dije antes. Ése, el que está allí enfrente, cargado de frutos tentadores. Te repito: nunca los comas, porque si lo haces...

EVA.—¿Qué pasaría?

ADÁN.— Nada, nada... Piensa en las estrellas, en las hojas más altas, en las flores semejantes a mariposas... ¿Qué voz me decías que escuchaste? Aquí sólo hay tu voz y la mía.

EVA.— Tal vez fue un sueño, pero me dijo que si probaba los frutos de la sabiduría, es decir, los frutos del árbol del bien y del mal, y que si tú probabas también estos frutos, pondrías otro mundo a mis pies, un mundo que no conocemos.

ADÁN.— Calla, calla.

EVA.— Sin embargo, tú me prometiste...

ADÁN.— Que calles, digo. Tu defecto es que hablas demasiado.

EVA.— Mira qué hermosos son sus frutos: rojos y encendidos como mi boca. La voz me dijo en el sueño que si comemos de esos frutos, nacerán de nosotros nuevos seres; que el mundo se poblará de imágenes, de animales, de hombres, de cantos y de luchas; que tendremos en ese mundo nuestro cielo y nuestro infierno, y que tú sabrás de la gloria de Dios cuando vengan al mundo nuevos seres desde lo profundo de mi vientre hasta la fuerza de la tierra. Yo daré a luz otros seres a tu imagen y semejanza...

ADÁN.—¿Qué, qué? ¿Es que te crees semejante a Dios?

EVA.—¿Por qué dices eso? Yo sólo te hablo con la voz de mis entrañas.

ADÁN.— Pero no quiero escucharte.

EVA.— Sí, tú me escucharás con el corazón.

ADÁN.—¿Pretendes que transformemos el paraíso? No en balde tuve un sueño completamente extraño.

EVA.— Pero yo oí voces, voces de la serpiente.

ADÁN.— Es el viento que silba entre los árboles, pero mi sueño es semejante al rocío de las mañanas. Vino para darme un nuevo mundo, un mundo que está dentro de mí.

EVA.— Yo formo parte de él, ¿no es cierto?

ADÁN.— Desde que tuve el sueño, la vida se ha vuelto diferente.

EVA.— Yo estoy a tu lado, soy tu compañera, ¿por qué no me cuentas tus sueños?

ADÁN.— Porque tengo miedo.

EVA.— Yo no tengo miedo a nada. Mi curiosidad me ha impulsado a husmear en todos los rincones.

ADÁN.— Cuando partí en busca de comida, creí que estabas cansada.

EVA.— Un poco, pero oí la voz y me puse de pie para ver de dónde provenía. Nunca antes de nosotros ha vivido nadie tan plenamente en este paraíso; por un momento pensé que otro hombre...

ADÁN.— No podría soportarlo.

EVA.— ¿Por qué? Tú y yo solos hemos visto muchas lunas y aún veremos muchos soles.

ADÁN.— Pero tú eres parte de mí; ni soles ni lunas, ni la tierra ni el paraíso parecerían completos si no estuvieras a mi lado; y si pensaras en otro hombre...

EVA.— ¿Qué pasaría? ¿Pero de dónde va a surgir un nuevo ser? Sólo que tu y yo lo formáramos.

ADÁN.— ¿Insistes en eso?

EVA.— Me lo ha comunicado la serpiente. Como te digo, mi curiosidad me obligó a buscar al que emitía la voz.

ADÁN.— ¿Y cómo sabías que era la serpiente?

EVA.— No lo sabía. Escuché voces que me llamaban por mi nombre y me dirigí en la dirección del sonido. Comprobé luego que era la serpiente, que me hablaba.

ADÁN.— ¿Qué más te dijo?

EVA.— Nada más.

ADÁN.— Tienes cara de guardarte algo.

EVA.— ¿Crees que te engaño? Yo busco nuestra felicidad.

ADÁN.— Pero la tenemos. Estamos en el paraíso. Sólo podríamos perderla si...

EVA.— Eres tú el que guarda secretos... Ah, la serpiente me ha dicho...

ADÁN.— Calla, yo tuve una visión, un sueño. Vi como éramos arrojados tú y yo del paraíso por hacerle caso a la serpiente. Cómo, después de nuestra expulsión, creyéndonos dioses, dábamos vida a otros seres, y cómo este mundo que hoy por hoy sólo es habitado por nosotros, iba poblándose; pude contemplar de cerca el sufrimiento de los hombres, su dolor, sus enfermedades; como agonizaban consumidos por el descontento, y cómo reían redimidos por un supuesto amor.

EVA.— ¡Qué bello!



ADÁN.— Espera... Oh, debías haberlos visto como yo los vi en mi sueño, batallando por el poder, por la gloria, por el dinero. Deberías haberlos visto hundidos en su mezquindad, atormentados por la glotonería, esclavizados a necesidades materialistas; deberías haberlos contemplado con la cara ausente de nobleza, sufriendo con ideas fijas y precisas, que se distinguían por su pequeñez.

EVA.— Yo creo que el mundo que podríamos formar no puede ser así.

ADÁN.— La visión era clarísima. En ella, durante mi sueño, vi a los hombres luchando como unos dementes; disparándose unos a otros con toda clase de armas mortíferas; deseando exterminarse para el beneficio de unos cuantos demonios que deseaban disfrutar del poder del mundo; esta lucha llevaba el nombre de guerra y en ella los que salían ilesos terminaban con su esperanza y se refugiaban en el cinismo, pero los que no... ¡Hubieras visto qué ejército de inválidos, de heridos, de muertos! Cruces, cientos de cruces sobre sepulturas inacabables, donde los hombres enterraron su esperanza.

EVA.— Yo quiero otra clase de mundo.

ADÁN.— Ese mundo sería el resultado de que tú y yo pecáramos; sería el mundo formado por ti y por mí; creo que mi sueño fue una advertencia de Dios para evitarme caer en tentaciones.

EVA.— Pero, dime, ¿cómo eran esos hombres? ¿Iguales que tú?

ADÁN.— Más o menos igual que tú las mujeres e igual que yo los hombres. Ah, pero espera, iban vestidos con extraños ropajes y lo que los distinguía a unos de otros era esta especie de señal colectiva. Así, en la guerra unos hombres uniformados de cierta manera disparaban contra otros que vestían en forma diferente.

EVA.— Eso se podría evitar si todos continuáramos desnudos...

ADÁN.— ¡Calla! ¡No sabes qué dices! En el aviso divino que he recibido, sin duda alguna un aviso de Dios, todos los hombres vestían de distinta manera, y eso los hacía distinguirse unos de otros. Parece que formaban diferentes grupos, razas, según el sueño, y unos eran negros, otros blancos, otros amarillos, otros cobrizos. No se por qué salían gentes de tan diverso color, pero era así...

EVA.— No puede ser; todos los hombres deben ser iguales si vienen de ti y de mí.

ADÁN.— ¡Pero no lo eran! ¡Y se odiaban unos a otros! ¡Cuánto se odiaban! Tú ni siquiera te lo imaginas.

EVA.— Yo sólo recibí la invitación de la serpiente.

ADÁN.— A ti no puede hablarte Dios, eres mi mujer.

EVA.— Por eso mismo...

ADÁN.— ¡Y bien! De acuerdo con la visión que he tenido, todos los hombres de diferente color y de diferente raza luchaban para oprimirse unos a otros; pero casi siempre los blancos oprimían a los negros, a los amarillos y a los cobrizos. ¡Tú no

tienes idea en qué forma! Yo no pude menos que indignarme, ¡y eso que no era más que un sueño!

EVA.— ¿Pero los oprimidos qué hacían? ¿No protestaban?

ADÁN.— Sí, pero era inútil.

EVA.— ¿Y tú crees que si esos hombres anduvieran desnudos, existirían diferencias? Fíjate, el sol caería a plomo sobre todos, y las pieles se volverían oscuras... Ya no habría hombres blancos, sólo negros. Negros de sol, de luz, de vida natural y hermosa.. Nosotros nos volveremos negros con los siglos.

ADÁN.— Ya lo estamos, tú no lo has notado porque el agua del río viene lodosa por las recientes lluvias, pero ya lo estamos. Fíjate en mi piel... ¿qué color tiene?

EVA.— Yo la veo del color de la tierra, cuando llueve; y como amo la tierra, la color de tu piel me parece hermosa.

ADÁN.— Gentes como yo, de este color, había en un lugar que en mi sueño se llamaba India, y en lugares nombrados Perú, Brasil, Uruguay, Chile y otros más; pero abundaban en un sitio llamado México. Gente muy bella, sin duda alguna; llenos de paz y de espíritu... Otras gentes, del color del sol cuando empalidece por la amenaza de los días grises, vivían en un lugar llamado China. Estos hombres amaban el refinamiento. Cientos de individuos, de piel dorada como las hojas de otoño, vivían en Arabia, y de allí nació la civilización y la cultura de muchos pueblos. Sería largo contarte, Eva, todo lo que vi en el sueño. Fue un sueño que duró toda la noche.

EVA.— Pero lo que me dices no es alarmante.

ADÁN.— Los hombres de mi sueño descubrieron submarinos y barcos, volaban sin ser aves y se hundían y flotaban en el mar sin ser peces; atravesaban el cielo sin encontrar a Dios, y destruían y construían las cosas que la Divinidad creó, transformándolas a su manera; sin duda alguna son hombres que, carecían de humildad.

EVA.— ¡Pero cuántas de esas cosas podrían evitarse si sólo se mantuviera el principio de la desnudez! Mira, Adán, los hombres en tu sueño luchan por joyas, automóviles y otras cosas igualmente superfluas; pero todo esto se debe a que las necesitan para lucirlas con determinados ropajes. Hacen las guerras porque disparan no sobre otro hombre, sino sobre un uniforme que representa enemistad y se olvidan que dentro del uniforme hay un cuerpo humano; quieren transformar las cosas porque desean la gloria, pero si aprendieran a vivir sencillamente... si pudiéramos enseñarles...

ADÁN.— ¡Calla! ¡No digas tonterías! ¿Y por qué hablas de vehículos y de joyas, y de uniformes? ¿Qué sabes de todo eso? Tú no tuviste una visión, un anuncio celestial.

EVA.— Pero tengo mi intuición... La serpiente me ha enseñado muchas cosas; después de oír su voz puedo adivinar el pensamiento que cruza por tu frente y el deseo que te muerde el corazón.

ADÁN.— ¿Y qué es la intuición?

EVA.— El aviso de la serpiente dentro de mí; en cierta forma, sabes, Adán, yo tengo su alma.

ADÁN.— La serpiente, si continúas como vas, se apoderará de tu alma. No te acerques más al árbol del bien y del mal, Eva, si no quieres que salgamos del paraíso.

EVA.— ¿Y qué más viste en tu sueño?

ADÁN.— El mundo siempre infeliz; los hombres eternamente descontentos y ambiciosos; los hombres sin paz... en guerra consigo mismos, que es peor que la guerra armada, porque no pueden sonreír de frente a la vida... ¡Demasiadas preocupaciones!

EVA.— Pero hombres así deben haber tenido un pensamiento fuerte, una palabra cálida...

ADÁN.— Sí, un pensamiento fuerte, pero negativo.

EVA.— ¡No lo creo! ¡No puede ser! ¡No es lógico!

ADÁN.— Las mujeres no tienen lógica.

EVA.— Pero los hombres no tienen sentido común, Adán, y tú eres un hombre.

ADÁN.— ¡Eva, estamos peleando!

EVA.— Tú, en cuanto no opino absolutamente como tú, peleas. ¡Creo que en realidad no mantienes diálogos conmigo, sino que monologas constantemente! A veces me pregunto cómo no te aburres de semejante cosa!

ADÁN.— ¡Eva, por favor!

EVA.— Es cierto. Para no alterar la paz, y, sobre todo, porque tengo alma de pájaro y soy dueña de la fantasía, me divierto con muchas cosas sencillas y cuando estás cerca de mí soy como la sombra de tu cuerpo. Entonces, sonrías lleno

de satisfacción. ¡Ah, pero si te contradigo! Debías de olvidarte de tu soberbia, es humillante, ¿sabes?

ADÁN.— Desde que hablaste con la serpiente analizas demasiado... ¡Ah, si pudiera encontrarla!

EVA.— Acércate al árbol del bien y de mal, allí la descubrí yo.

ADÁN.— No me atrevo; estoy temeroso por nuestra felicidad.

EVA.— Yo estuve hablando con ella y aún no hemos perdido el paraíso.

ADÁN.— Ah, porque Dios me avisó a tiempo el mundo que podríamos formar con nuestro pecado; y es debido a esto que no he hecho el menor caso de tus invitaciones para comer las manzanas del árbol del bien y del mal.

EVA.— Pero yo tengo hambre... y las manzanas me apetecen.

ADÁN.— Te traje frutas y flores.

EVA.— ¡No basta! Date cuenta que soy una mujer, ¿cómo quieres que me conforme con tan poco?

ADÁN.— Antes de hablar con la serpiente no pedías tanto; tu apetito era moderado.

EVA.— Pero ahora no. A veces sueño con un pedazo de carne asada, un pedazo de animal cazado por ti y al que diste muerte con tus propias manos... yo comería la carne y usaría la piel para mi cuerpo...

ADÁN.— Por Dios, Eva, guarda quietud. Hace poco decías que si anduviéramos todos desnudos...

EVA.— La piel de leopardo no es más que para adornar mi cuerpo como lo hago cuando coloco flores sobre mis cabellos. Yo estoy segura de que las mujeres jamás haríamos una guerra a pesar de andar bien vestidas, ni dispararíamos unas contra otras.

ADÁN.— Yo no estoy tan convencido de eso. Después de hablar contigo, como estoy haciéndolo, creo que las mujeres son capaces absolutamente de todo.

EVA.— En cuanto a la carne asada...

ADÁN.— Jamás, ¿lo oyes? Jamás podré asesinar a un habitante del paraíso para que comas su carne. Acuérdate que aún no existe la muerte.

EVA.— ¡Qué lástima que no sea posible matar! Hay demasiados animales en este mundo. Y, bien, podría comer la manzana. Dicen que da un apetito especial, un apetito que anhela el descubrimiento de lo perfecto, de la sensualidad, de la belleza que hace hermosa la vida.

ADÁN.— Eso sería nuestra desgracia. (*Acercándose y tocándola por los hombros*). Espero que no hayas comido de esos frutos. Dime la verdad, ¿has comido?

EVA.— La serpiente me dio un fruto y lo guardé cuando tú llegaste. (*Como él la continúa apretando, ella dice, gimiente*): Adán, que me haces daño.

ADÁN.— Dime, dime dónde la escondiste.

EVA.— ¡Qué cara tienes! ¡Si pensaba compartirla contigo!

ADÁN.— ¡Jamás, jamás! He decidido que no comeré de

esos frutos nunca, ¿lo oyes bien? ¡Nunca! No dejaremos por mi culpa el paraíso. ¿Dónde has dejado la manzana?

EVA.— ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Devolvérsela a la serpiente?

ADÁN.— ¡No! Destruirla con mis propias manos.

EVA.— No puedes destruir la sabiduría. Sería un acto de barbarie, y tú no eres bárbaro, eres un hombre hecho a la semejanza de Dios.

ADÁN.— También Dios se indigna cuando lo juzga necesario. Pronto, Eva, ¿dónde está esa fruta maligna?

EVA.— Aquí, la escondí debajo de mis cabellos. Pero déjala allí, ya que no has podido notar ni siquiera su perfume.

ADÁN.— Sí, ya notaba un extraño perfume en ti, pero pensé que era provocado por las flores silvestres que adornan tu pelo.

EVA.— ¡No, es la manzana!

ADÁN.— ¡Dámela!

EVA.— Espera, charlemos antes un poco más... Después de todo, el tiempo no cuenta para nosotros. Mira, las nubes que pasan son semejantes a tus pensamientos; tienen distinta forma y color... Esto hace que cambie tu semblante a medida que transcurren las horas, y yo sé del color de tu alma.

ADÁN.— No converses más.

EVA.— Cuando estoy callada me preguntas por la causa de mi silencio. Otras ocasiones dices que te encanta mi voz porque es igual que la de los pájaros; y mientras que te digo



cosas y más cosas, tú cierras los párpados, y sonríes, no me respondes, y juegas con mis cabellos. Durante muchas noches te he dormido con mis palabras...

ADÁN.— Pero hoy no quiero escucharte.

EVA.— ¿Deseas que guarde silencio? ¿Y, por qué? ¿Por qué esa impaciencia? A lo mejor lo que anhelas es ver de cerca la fruta de la sabiduría y por eso quieres tenerla entre tus manos.

ADÁN.— ¡Mientes!

EVA (*con gran dulzura*).— ¿Por qué te excitas? (*Pasándole las manos por los cabellos*). Todo lo tendrás a su tiempo. Una mujer como yo no sabe de impacencias. Yo creo que para ser justos, debería exigirte algo a cambio.

ADÁN.— ¿Qué, por ejemplo?

EVA.— La piel del leopardo y la carne del cordero.

ADÁN.— ¡Imposible!

EVA.— Nada hay imposible para ti.

ADÁN.— Pero es necesario que tengas confianza, mucha confianza en que cumpliré mis promesas, porque no pienso alejarme, Eva, no pienso ni quiero alejarme porque no deseo que caigas en la tentación. Es necesario que te salve.

EVA.— Yo no tengo miedo de la tentación, de la serpiente, ni de la verdadera vida.

ADÁN.— Pero yo tengo que velar por ti. Todo lo que pidas lo daré con el tiempo.

EVA.— Pero ¿cómo vas a lograr la piel del leopardo ni la

carne del cordero si en el paraíso no existe la muerte?

ADÁN.— Yo la inventaré.

EVA.— ¡No puedes! Sólo comiendo los frutos del bien y del mal...

ADÁN.— Entonces no será posible descubrir a la muerte... Pero ¿para qué deseamos la muerte? En el mundo que yo vi no sabes cuánto le temían los hombres. La muerte era algo que les daba horror; y yo los contemplé en mi sueño con los ojos en blanco, los labios entreabiertos, pálidos, descompuestos, horribles. Ah, y existía también en ese mundo que tú tanto anhelas, la enfermedad, la vejez.

EVA.— ¿Cómo se veían los hombres ya viejos?

ADÁN.— ¡Tan cambiados! ¡Tan cambiados! Renegando de los ideales de toda su vida, claudicando, ahorrando hasta el último centavo por miedo a la pobreza; y ésta, a pesar de todo, devorando a la mayoría; mintiendo, peleando... Tú no sabes el mundo que yo he visto, porque no lo has soñado. Eva, es necesario no hacer caso de la serpiente ni de sus tentaciones. ¡Dame la manzana! Dámela, o me veré obligado a quitártela por la fuerza.

EVA.— Mejor quítamela con cariño.

ADÁN.— Deja, pues, acariciar tus hombros que son más blancos que la leche; déjame recrearme en tu rostro que es como el valle: da quietud a mi espíritu; deja acariciar tus cabellos iguales que la cascada que forma el río en la época de lluvias, durante la primavera. *(Mientras esto dice le pasa*

*las manos por el rostro, los hombros, y los cabellos*). Déjame ver tu sonrisa que tiene el encanto de la espuma que se pierde en las playas; déjame acariciar tu cuello, grácil como una estalactita, de la que pende la roja manzana.

*(Diciendo esto, pasa sus manos a través del cuello y se detiene en su nuca, debajo de la gran mata de pelo, y cuando las retira, lleva en sus manos la manzana).*

ADÁN.— ¡Qué hermosa es! Semeja un corazón, así debe ser el corazón, porque en mi sueño lo vi al descubierto en el pecho de muchos hombres heridos en el campo de batalla de la vida y de la guerra.

EVA.— ¿No se te antoja comerla? ¡Debe de ser tan suave entre nuestros dientes!

ADÁN.— ¡Calla!

EVA.— ¡Muerde!

ADÁN.— ¡No!

EVA.— ¡Sí! Es voluptuosa al tacto, porque tiene la suavidad de mi piel; muérdela... es... es como si mordieras mis labios.

ADÁN.— No sigas. ¡Dios mío, antes que caer en tentación, he jurado destruirla! ¡Dios mío, tú me has dado un aviso, me has enviado un sueño revelador! ¡Gracias, Dios mío! Ayúdame a no caer en tentación, ayúdame a terminar con el mal. ¡Ayúdame! ¡Dame fuerzas, Señor!

EVA.— No invoques más a Dios! También el árbol del bien y del mal fue creado por él.

ADÁN.— ¡No es verdad! ¡No puede ser verdad! Ahora,

con mis manos, destruiré el mundo del pecado. ¡Dios me dará fuerza!

*(Diciendo esto, oprime entre sus dedos la manzana, que se deshace en un líquido rojo, efecto fácilmente lográble.)*

EVA.— ¡Has matado a la vida! ¡Tú, que no sabías lo que era la muerte, has matado a la vida!

ADÁN.— He obedecido a Dios.

*(Cuando él está destruyendo la manzana, se oyen truenos que se elevan en sonido cuando él termina: "He obedecido a Dios").*

## ACTO TERCERO

EVA.— ¡Adán!

ADÁN.— ¿Qué quieres?

EVA.— No me respondas tan fríamente. Ahora es el aniversario de nuestra dicha. Cumplimos dos mil años de felicidad y todo sigue lo mismo.

ADÁN.— ¡Qué sabes tú del tiempo!

EVA.— Las mujeres estamos siempre pendientes de él.

ADÁN.— ¿Cuáles mujeres?

EVA.— Las que viven en mí. ¡Todo sigue lo mismo!

ADÁN.— Absolutamente igual: los pájaros son aquellos que existían en un principio, las flores, los ríos, el césped y los árboles, tú y yo.

EVA.— Hemos sido felices.

ADÁN.— Sí, lo hemos sido. Nada ha cambiado. Anochece y amanece, hago cosas iguales todos los días, tu rostro sigue bello; comemos alas de mariposas, desnudamos el alba; un día transcurre siguiendo al que le antecedió y el de hoy es igual, será igual al día de mañana. Tú me haces coronas de rosas y yo bebo el rocío de tus ojos.

EVA.— Has cumplido tu ofrecimiento. Me dijiste al principio de nuestra dicha: Yo tejeré coronas de rosas para ti con las ramas de los árboles más altos y humedeceré mi boca con el rocío de la mañana para que tomes, cuando tengas sed, el agua

en mis párpados ignorantes de lágrimas... ¡Y has cumplido!  
¡No lloras, no lloramos, no lloraremos nunca!

ADÁN.— Odio el sufrimiento.

EVA.— En el mundo que soñaste se sufría, se gozaba, y se moría. Tú y yo, aquí en el paraíso, no tendremos nada de eso. Estamos condenados a la dicha perpetua, a la alegría inalterable, al goce puro de lo que nos rodea.

ADÁN.— Veo que quisieras reír y llorar, pero ya no podremos comer los frutos del árbol del bien y del mal.

EVA.— ¡Si pudiéramos llorar!

ADÁN.— Ahora que hemos vivido dos mil años de felicidad, me aterra la dicha. ¿No te das cuenta, Eva?

EVA.— ¿De qué?

ADÁN.— Que así continuaremos por siglos y siglos, tú y yo, solos, en este mundo, solos y felices con nuestra vida eterna. ¡Felices!

EVA.— ¡Te aburres!

ADÁN.— Se supone que debía ser dichoso. ¡Se supone!

EVA.— ¿Cuánto tiempo durará esto?

ADÁN.— ¡Siempre, siempre! Es horrible. Ya he contado los cabellos que adornan tu frente, el número de tus pestañas, los poros de tu cuerpo, las hojas de los árboles; he vagado por todos los caminos, jugado con la arena y con el mar, y aún sobra el tiempo. Siempre sobrá el tiempo. Eva, ¿cuál fue la maldición si comíamos los frutos del bien y del mal?

EVA.— Que ganarías el pan con el sudor de tu frente y que

yo pariría con dolor; pero esto no podrá ser. No hemos comido la manzana.

ADÁN.— Y la serpiente, ¿ya no te ha hablado?

EVA.— Jamás. Cuando le platicué de tu sueño rió a carcajadas, rió mucho...

ADÁN.— ¿Y qué te dijo?

EVA.— Que ya verías lo que era la verdadera maldición, la de ser feliz sin contraste; la de aburrirte por el método más tedioso: la dicha perpetua sin el escape único, o sea la muerte.

ADÁN.— ¿Y qué es la muerte? ¿Nunca te enteraste?

EVA.— Tú me contaste de ella porque la viste en el sueño que tuviste, pero la serpiente me habló de la muerte en forma distinta. Me dijo que la muerte es descansar, no ver ya este mundo; no contar las hojas de los árboles ni contemplar este cielo azul... no permanecer... El fin, el término de la jornada.

ADÁN.— ¡Qué dicha! ¡Oh, qué dicha!

EVA.— ¿Después de dos mil años de paraíso, crees que la muerte es lo mejor? ¿Es que te aburres conmigo? ¡Lo esperaba!

ADÁN.— No, no es contigo, es con la vida. ¿Dices que si creo que la muerte es lo mejor? Sí, y el sufrimiento, y el dolor, y la enfermedad. Eso, eso es la verdadera vida. No importa que los hombres se maten mientras que tengan por qué luchar y mientras haya otros que los substituyan

EVA.— Ya es tarde para todo eso. Aquí estamos nada más tú y yo, yo y tú... ya es muy tarde...

ADÁN.— Siempre habrá un medio de escape: ya no puedo continuar así. ¡Ya no puedo!

EVA.— Si hubiéramos comido la manzana habríamos creado un mundo en que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, hasta la eternidad, nos hubieran sobrevivido, habrían luchado, descubierto cosas, transformado la vida; la hubieran gozado y sufrido en una forma infinita. Tú te habrías maravillado de las cosas que se les hubieran ocurrido, si no a unos, a otros; hubieras visto qué mundos creaban con su imaginación, con su inteligencia... ¿Y qué importancia tenía la destrucción? Esta no es más que una forma de la vida renovable: destruir para crear. Adán, con todo respeto, permíteme que te diga que hemos sido unos tontos por no haberle hecho caso a la serpiente.

ADÁN.— Mía fue la culpa. Eva, yo soy el responsable. Soy el hombre, ¿te enteras?

EVA.— Desde hace tiempo estoy enterada, presumes demasiado con ello. Pero yo debí haber empleado, para convencerte, mi sutileza y mi intuición. Ya ves, tu, por ser el hombre, por haber obrado de acuerdo con tu egoísmo, estás, palpando los resultados de tu miedo de vivir. Y ahora, cuando ya no hay remedio para nuestros males, no haces otra cosa desde hace días que lamentarte y aburrirte.

ADÁN.— Reconozco que es desagradable.

EVA.— Deseo dejarte solo.

ADÁN.— Frecuentemente me abandonas.

EVA.— Si pudiera te abandonaría para siempre. No me



gustas desde aquel día que tuviste miedo de comer los frutos del bien y del mal. Pero no te abandonaré, estamos condenados a vivir juntos por los siglos de los siglos, en perpetua soledad, sin descendencia, es decir, sin futuro. Ah, cuando vine junto a ti, era tan feliz...

ADÁN.— ¡Y yo! ¿No te recibí con los brazos abiertos? Había pedido a nuestro Creador una compañera y te puso junto a mí; pero luego han pasado los días, los años, los siglos, y no hay nada que hacer. Vagamos en pena por todo el paraíso, sin muerte y sin hijos, y todo es eternamente igual. Eva, ¿por qué no te disgustas conmigo?

EVA.— ¿Y por qué me había de disgustar? Estamos condenados a ser felices. ¿No te das cuenta de lo que tal cosa significa? ¡Fe-li-ces!

ADÁN.— ¡Ah, si te hubiera hecho caso!

EVA.— Ya ves lo que resulta cuando la mujer permite al hombre hacer el mundo a su manera: ¡el desastre!

ADÁN.— También ocurriría el desastre en el mundo que íbamos a formar. Lo vi en el sueño.

EVA.— Claro, porque ese mundo estaría manejado por ustedes, los hombres. Ah, cuando el hombre se siente tan poderoso termina siendo abatido por su soberbia. Tú no eres Dios, ya te lo dije desde un principio. Sólo Dios sería capaz de vivir eternamente en el paraíso terrenal, por los siglos de los siglos sin aburrirse... Feliz siempre, candoroso siempre... Pero tú no eres más que un hombre, Y un hombre...

ADÁN.— Es verdad. Un pobre hombre que quiso imitar a Dios.

EVA.— Probablemente Dios, sabiéndolo, nos envió a la serpiente para la perfecta dicha; por eso nos dejó la tentación, ¿comprendes?, a fin de que tuviéramos el trabajo, el dolor... es decir, lo humano, ya que no somos divinos.

ADÁN.— ¡Que tonto he sido!

EVA.— Menos mal que lo reconoces.

ADÁN.— Si pudiera comer los frutos del árbol del bien y del mal! Pero desde que destruí la manzana, el árbol está sin frutos. Si la serpiente viniera para aconsejarnos...

EVA.— Bien lo necesitamos. Nosotros no sabemos nada de la vida.

ADÁN.— Y menos de la muerte que debe ser tan hermosa.

EVA.— Vamos en su busca, en busca de la serpiente.

ADÁN.— Es más amiga tuya que mía. Ve, aquí te espero ojalá pudieras traerla contigo. Ah, si la serpiente nos hablara, Si nos transmitiera el secreto para vivir una verdadera vida...

EVA.— Ya no te atormentes ni me atormentes; yo encontraré a la serpiente.

ADÁN.—¿No tienes miedo?

EVA.—¡Jamás me asustó la vida!

ADÁN.— Yo anhelé la dicha perfecta.

EVA.— No la tenemos. Hay que buscar a la serpiente.

ADÁN.— Si tuviera más valor te acompañaría.

EVA.— No. Quédate, es necesario. A lo mejor Dios, dolido

de tu impotencia para la dicha, te envíe otro mensaje en que puedas hallar el sufrimiento.

ADÁN.— Entonces, aquí te espero.

*(Eva sale).*

*(Adán se queda meditando sobre la roca. De pronto, se escucha una voz).*

SERPIENTE.— Adán.

ADÁN *(mirando a todos lados, sin ver a nadie)*.—¿Dónde estás? Oh, mi soledad, escucho tu voz por la necesidad de oírte, te escucho aunque no estés a mi lado.

SERPIENTE.— Adán.

ADÁN.— ¿De dónde llega esa voz? Es allí, en el árbol del bien y del mal. ¡Ah, si fuera la voz de la serpiente!

SERPIENTE.— Adán, estás sufriendo el castigo mayor que pueda sufrir el hombre: el descontento.

ADÁN.— Es verdad. Estoy descontento del paraíso, aburrido del paraíso. Tanta felicidad cansa.

SERPIENTE.— Es mi culpa. Yo te he vuelto descontento.

ADÁN.— ¡Maldita! ¡Debía matarte!

SERPIENTE.— No podrás. Mi cuerpo está muerto, es sólo mi voz lo único vivo que queda de mí, la que tú escuchas. Pronto, muy pronto ya, tampoco escucharás mi voz...

ADÁN.— Dame un consejo... Dame el secreto de la muerte...

SERPIENTE.— *(Ríe a carcajadas).*

*(Desesperado, Adán tiende los brazos al árbol del bien y del mal y entre sus manos toma el cuerpo de la serpiente).*

ADÁN.— ¡Es cierto! ¡Está muerta! ¡Ah, no! ¡No puede ser! ¿Por qué? (*Casi gime*). ¿Por qué? ¡Yo que pensé que moriría al infiltrármese tu veneno en la sangre! Ahora entiendo: al provocarme el descontento eterno, lo hiciste con el sacrificio de tu propia vida, para matar en vida a la mía; pero yo estrangularé mi cuello con tu cuerpo. Tú, sólo tú debes tener el secreto para hacerme morir, como antes lo tenías para hacerme supervivir. (*Se la pone al cuello*). ¡Ah, qué dulce es tu frialdad! Tu cuerpo es mi propio deseo. Tu cuerpo es semejante a mi sexo que no vivió, que es una cosa estéril. Tu solo contacto me vivifica. Serpiente mía, deseo estrangulado, agotante y necesario... Si sólo pudieras vivir para darme el secreto de la verdadera dicha, del dolor, de la alegría, del encanto de amar... Pero aquí estás yerta entre mis manos; pues bien, que se ahogue mi garganta, que mi voz no sea más, que el descontento termine, que ya que no quise que me proporcionaras la vida, proporcióname la ansiada muerte.

EVA (*entrando*).— Adán, Adán, ¿qué haces?

ADÁN.— Voy a descubrir la mortalidad, su secreto está en el cuerpo de la serpiente, como antes, también, en el cuerpo de la serpiente estuvo el secreto de la vida.

EVA.— Ah, entonces muramos juntos.

ADÁN (*con júbilo*).— Sí, sí, muramos. Déjame pasar por tu cuello el lazo mortal.

(*Pasa, uniendo a ambos, el cuerpo de la serpiente en forma de ocho, de tal suerte que se forma un nudo corredizo.*)

EVA.— Siento algo tan distinto a lo vivido hasta hoy... Veo con claridad, ahora que me atas con la serpiente, las profundidades de la belleza del goce que nunca tuvimos.

ADÁN.— Pero ya podemos escapar del paraíso donde tanto nos hemos hastiado. ¿Sientes venir la muerte? ¿Cómo es para ti?

EVA.— Debe ser semejante al goce. Dulce, muy dulce. Sólo un espasmo... un descanso agotante, una paz... Y sin embargo, aún me gusta el paraíso. Quisiera no abandonarlo sin poblar el mundo. Parir con dolor, ¡qué dicha hubiera sido! ¡Qué prolongación del goce!

ADÁN.— Y ganar el pan con el sudor de mi frente, para ti y para nuestros hijos, me habría hecho apreciar el descanso y la paz encontrados en tus brazos.

EVA.— ¿Cómo es la muerte para ti?

ADÁN.— Una liberación. ¡Me liberé al fin del paraíso! Ya no contaré tus cabellos fingiendo una satisfacción cuando en realidad sentía aburrimiento; ni comerás pétalos de rosas traídos por mis manos siempre llenas de polvo de oro; ya no haremos lo mismo todos los días.

EVA.— ¡No conocimos el amor!

ADÁN.— Aprieta más el lazo serpentino alrededor de tu cuello. Así conocerás nuestros deseos estrangulados. Eva, Eva, me estoy muriendo. ¡Al fin, me estoy muriendo!

EVA.— ¡Gracias a Dios!

ADÁN.— O al diablo, ¿qué más da? Ya casi estamos fuera

del paraíso. Nos hemos expulsado a nosotros mismos. ¡Y pensar que si hubiéramos tenido, creado un mundo, los hombres hubieran añorado en la hora de su tristeza, el paraíso perdido!

EVA.— ¡No habrá jamás hombres para que sepan hasta qué grado nos expulsó del paraíso nuestra aburrida felicidad!

ADÁN.— ¡No los habrá!

EVA.— Tú, que tan orgulloso estuviste de estar hecho a imagen y semejanza de Dios, no te permitiste el lujo de crear a otros seres...

ADÁN.— Debí haberles proporcionado la vida y la muerte, la dicha y el descontento, todo lo que ahora descubrimos nosotros...

EVA.— Pero ellos hubieran tenido también el amor...

ADÁN.— Ya estamos saliendo del paraíso.

EVA.— Pero sin el mundo, sin el mundo que debimos hacer.

ADÁN.— Nos conservamos puros. ¡Ah, qué tontería! Eva, lo único que verdaderamente siento y de lo cual jamás me arrepentiré bastante, es...

EVA.— Dímelo antes de morir. ¿Qué es, Adán? Ya serán tus últimas palabras, dílas pronto.

ADÁN (*casi agónico*).— ¡No haber mordido la manzana! (*Mientras sucede esta última parte del diálogo el telón va cayendo poco a poco, para que la escena final de Eva y Adán, abrazados mortalmente, sea rápidamente desaparecida*).

## ÍNDICE

Prólogo. El vertical silencio .....VII

### Puede que'lotro año Novela de la Laguna

I .....	1
II .....	12
III .....	23
IV .....	36
V .....	47
VI .....	56
VII .....	68
VIII .....	76
IX .....	85

### Si mis alas nacieran

No me dejes, amor .....	95
Amor en varios tiempos .....	98
Canto de amor y muerte .....	101
Hemos de morir .....	106
Nueve gritos y un alarido .....	108

A mi madre muerta, en el cumpleaños de su regreso a la tierra .....	119
Así te quiero .....	123
Canciones de espíritu .....	124
¿Pero es posible? .....	128
Estaciones de amor para mi ciudad .....	130
Canto a la vida hermosa .....	135
Vengo a pedirte .....	138
Mi infierno .....	139
Ahora .....	140
Mar .....	141
La sal del mar .....	142

### El mundo perdido

#### Obra en tres actos

Acto primero .....	149
Acto segundo .....	159
Acto tercero .....	175



Esta edición se terminó de imprimir en Junio de 2003 en AGISA.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nadya Garza y Gerardo Segura.

